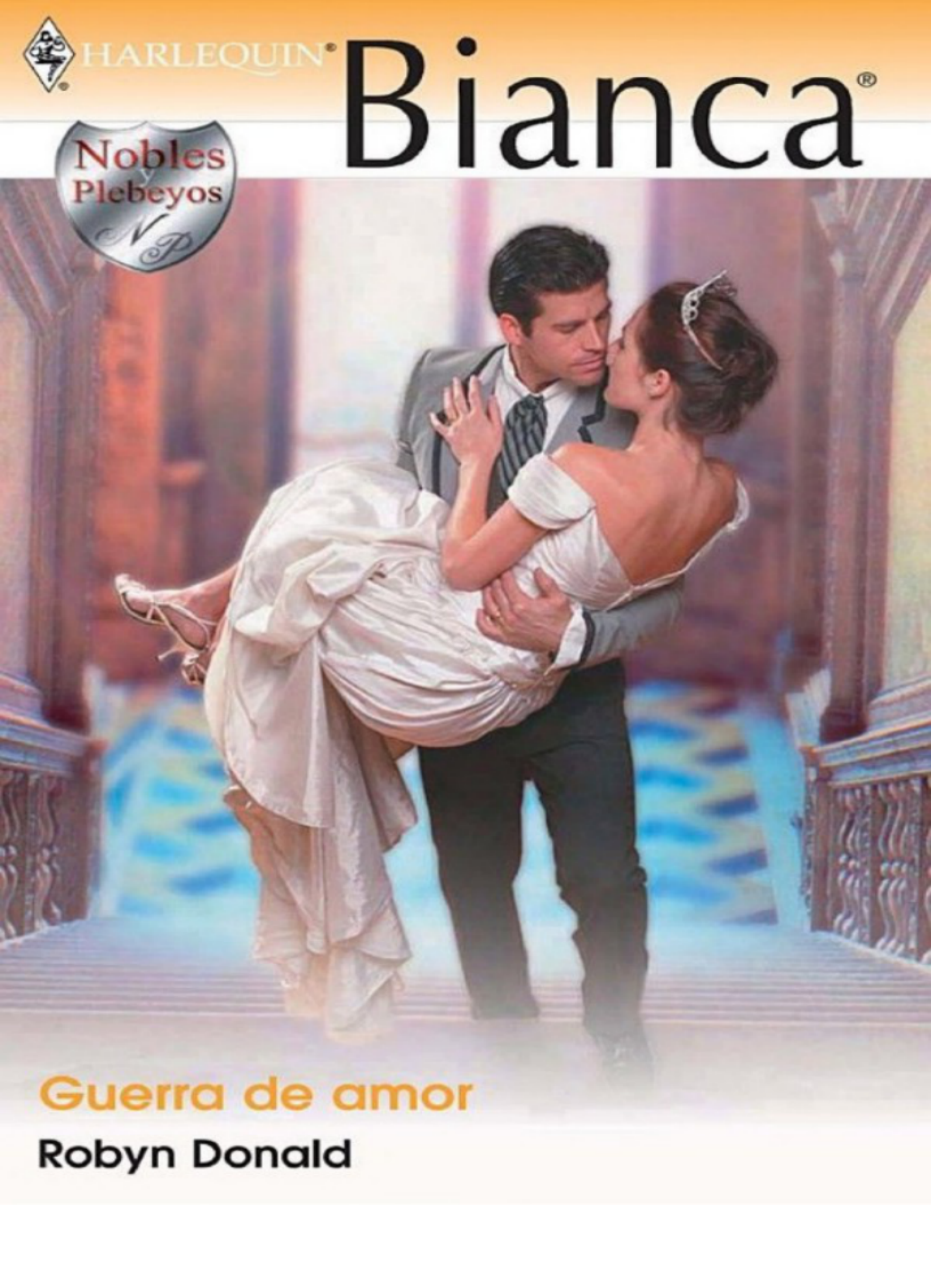

HARLEQUIN
Bianca
Nobles y Plebeyos
Guerra de amor
Robyn Donald

Guerra de amor

Debía casarse de nuevo con él por mandato real.

Sólo había un modo de huir de aquella isla destrozada por la guerra: Lauren tendría que casarse con Guy, un guapísimo desconocido… eso sí, todo sería mentira. Al menos al principio…

Cuando se reunió con Guy en terreno más seguro, Lauren se quedó anonadada por la química que surgió entre ellos de manera inmediata. Pero lo que más la sorprendió fue enterarse de que sus votos matrimoniales eran completamente legales. Además, Guy resultó ser el príncipe del reino de Dacia.

Prólogo

A Guy Bagaton se le erizó el pelo de la nuca, terminó de contarle un chiste al barman y se puso en pie para mirar hacia la arena blanca.

Una mujer se acercaba al bar. El sol del Pacífico se reflejaba en su pelo mientras emergía de entre las palmeras. Guy admiró, oculto tras los paneles del bar, el modo en que su pareo color carmesí dejaba al descubierto unos hombros blanquísimos. En ella, aquel atuendo parecía extremadamente sofisticado, sobre todo combinado con unas sandalias que enfatizaban sus piernas largas y elegantes. Aun así, Guy estaba seguro de que esa mujer no había ido al complejo para tumbarse al sol. A pesar del pareo y de su erótico movimiento de caderas, caminaba con decisión.

—¿Quién es ésa? —le preguntó Guy al barman con interés.

—Es la señorita Lauren Porter. Llegó en el avión procedente de Atu hace un par de horas. Se va a quedar dos noches.

—Ya veo —dijo Guy sin expresión alguna.

Cuando el director había telefoneado a Guy una hora antes, molesto porque su nueva huésped había declarado su intención de visitar un pueblo en la montaña, el nombre le había resultado familiar. No le había llevado mucho tiempo recordar de qué le sonaba. De una conversación, meses atrás, con una de sus primas, una anciana princesa bávara que tenía un olfato especial para los cotilleos y un buen ojo para los hombres guapos.

—Vi que estabas hablando con Marc Corbett y su encantadora esposa —dijo su prima tras una de sus famosas cenas—. Me pregunto si Paige sabe que tiene una amante inglesa.

—Lo dudo —dijo Guy secamente. Paige Corbett parecía muy enamorada de su marido, un magnate con diversos intereses y una tendencia hacia los tratos honestos.

—No mucha gente lo sabe. Son muy discretos y nunca se los ve juntos pero, claro, la gente comenta, siempre hay alguien que lo sabe. Es una tal señorita Lauren Porter, que tiene las piernas largas, es hermosa e inglesa. Trabaja en su compañía. Muy lista, según tengo entendido. Ha estado cerca de él durante años.

Guy alzó las cejas pero no dijo nada.

Su prima asintió con la cabeza.

—Y ahora no lo soportas. Incluso de niño siempre tuviste un estricto sentido del honor. Me gusta eso en un hombre; Es poco

corriente.

Él le dirigió una mirada cínica, pero su respeto hacia Marc Corbett había disminuido. Cuando Guy hacía una promesa, la cumplía.

Ahora, entornando los ojos a causa del sol tropical, observaba a Lauren Porter acercarse al bar. Todos los preparativos de su viaje los había hecho la organización Corbett, así que tenía que ser la misma mujer.

¿Qué diablos hacía allí?

Cuando se acercó a él lo suficiente como para que pudiera verle la cara, Guy parpadeó sorprendido. Era como una hechicera. Sin duda mantendría a Marc Corbett atado con una correa. Piel como la seda, unos ojos grandes de un gris tan claro que brillaban como dos critales, y una boca tan caliente que podría incendiar el planeta. Eso, junto con un cuerpo que daba un nuevo significado a las palabras «química sexual». Lauren Porter tenía todos los atributos necesarios para ser una amante.

¿Por qué planearía visitar un pequeño y pobre pueblo en las montañas? Tendría que ser por negocios, y sería algo relacionado con Marc Corbett, que tenía la cabeza metida en todo tipo de sectores industriales a lo largo del planeta.

Ignorando el martilleo provocado por la lujuria que sentía por todo el cuerpo, Guy frunció el ceño y la observó atravesar el bar y desaparecer en la zona de recepción. Sería mejor que fuera a averiguar lo que se proponía.

No debería ser difícil persuadirla para que no abandonase el complejo. Las chicas que parecían sacadas de una revista de moda se asustaban con facilidad. Le mencionaría que las cucarachas de la montaña eran enormes, y seguiría con una alusión a las sanguijuelas. Seguro que cambiaba de opinión.

Sin embargo, aunque sonreía maliciosamente, aquella sensación de incomodidad, de peligro inminente, recorrió su cuerpo. Aunque no tenía información como para contrastar, sus tenues premoniciones habían sido correctas en demasiadas ocasiones como para ignorarlas. Un par de veces le habían salvado la vida.

Debería haber llevado encima su móvil en vez de haberlo dejado en la oficina antes de ir al complejo.

—¿Así que no has oído nada sobre ningún problema? —le preguntó al barman.

—Se comentan cosas –dijo el barman encogiéndose de hombros —. Pero en Sant'Rosa hablamos mucho.

—Sentarse al fresco, beber ron con agua y cotillear —contestó

Guy—. Muy bien, olvida que lo he preguntado.

El barman había estado abrillantando los vasos. Se detuvo y miró a Guy con preocupación.

—¿Qué has oído?

—Nada —le dijo Guy—. Nada en absoluto, pero ya me conoces. A mí también me gusta cotillear.

—Guerra —dijo el barman mientras limpiaba otro vaso—. Teníamos la esperanza de que hubiera terminado, pero desde que ese predicador comenzó a hablar de que John Frumm iba a traer comida, bebida, cigarrillos y todas las cosas buenas de América, la gente se está poniendo nerviosa.

—Lo sé. Simplemente mantén los ojos y los oídos abiertos, ¿de acuerdo? —dijo Guy, y apuntó con la cabeza hacia la zona de recepción—. Creo que voy a ir a conocer a la señorita Porter.

Una vez que la hubiese convencido de que su viaje a las montañas no era viable, hablaría con la recepcionista. Venía de un pueblo cerca de la frontera, así que quizá habría oído algo que pudiera explicar esa sensación de alerta que recorría su espinazo como un dedo helado.

—Esa señorita Porter es preciosa, pero escuálida. No sé por qué a vosotros los europeos os gustan las mujeres escuálidas –dijo el barman—. Es simpática. Te sonríe cuando le llevas las bolsas.

Pero no estaba sonriendo cuando Guy se detuvo en la puerta de entrada al vestíbulo. Estaba hablando tan intensamente que no se había dado cuenta de su llegada.

Recordando un cuento que su niñera inglesa le había contado una vez, Guy pensó:

«Pelo negro como el carbón, piel blanca como la nieve, labios rojos como las rosas».

De cerca no era hermosa, pero tenía una boca que incitaba a sueños eróticos. ¿A quién le importaba? A su cuerpo desde luego no. Estaba completamente alerta.

Pero, a pesar de esa boca y sus pequeños pero firmes pechos, y su delgada cintura bajo el pareo, Lauren Porter era todo aplomo y control, aunque no estuviese consiguiendo lo que quería.

Guy decidió que era hora de hablar de las cucarachas, y entró en el vestíbulo.

Capítulo 1

—¿QUIERE decir que es imposible acceder a ese pueblo? —preguntó Lauren con el ceño fruncido. La recepcionista dudó antes de decir cuidadosamente:

—No es imposible, señorita, pero es difícil.

—¿Por qué?

—La carretera es demasiado peligrosa, señorita -dijo la recepcionista tratando de evitar la mirada de Lauren.

En Sant'Rosa la palabra «carretera» se usaba raramente. El recuerdo del minibús tambaleándose violentamente hizo que Lauren se estremeciera. Y eso había sido en la carretera del aeropuerto al complejo.

La idea de meterse por una ruta peor no era muy agradable. ¿Pero qué novedad era ésa?, pensó Lauren. Nada en ese viaje había sido fácil.

Una vez más, volvió a desear no haber prometido investigar la entidad benéfica favorita de Paige. En Londres le había parecido sencillo, una simple cuestión de interrumpir sus vacaciones en Nueva Zelanda durante un par de días en una isla tropical.

¡Ja! El vuelo a Singapur se había retrasado, así que había perdido la escala. Y como no había podido llegar a Sant'Rosa hasta después de medianoche, había tenido que esperar al avión de la mañana hacia la costa sur.

Después de un descanso de sólo dos horas de sueño, le dolía la cabeza, tenía los ojos hinchados, y la sonrisa le dolía en los labios. Y encima eso. Se apartó un mechón de pelo negro de la mejilla.

—¿Qué pasa con el transporte público?

Aún evitando su mirada, la recepcionista dejó de rebuscar entre los papeles.

—Señorita, no hay nada apropiado para usted.

—Puedo ir perfectamente en el autobús local —dijo Lauren.

—No es apropiado —repitió la recepcionista—. Y el pueblo está muy… apartado.

El pueblo había abierto una empresa de exportación que incluía una fábrica, así que no podía estar muy incomunicado.

—En ese caso, ¿dónde puedo alquilar un coche? —persistió Lauren.

—No puede —dijo una voz masculina a sus espaldas—. No hay empresas de alquiler de coches en la costa sur.

Lauren se puso rígida. Aquella voz masculina, profunda, irónica, derrochaba seguridad.

Se dio la vuelta lentamente. Aunque era alta, tuvo que mirar hacia arriba para poder contemplar aquellos ojos color topacio rodeados por pestañas tan oscuras como su propio deseo. Su estómago, un órgano obediente no dado a la acción independiente, le dio un vuelco.

—¿Hoy hay empresas de alquiler de coches? —repitió ella.

—Señorita, el alquiler de coches más cercano está en la capital, y eso, como ya sabrá, está a una hora de vuelo sobre una cadena montañosa.

Pronunció la palabra «señorita» con una sensualidad que recorrió el cuerpo de Lauren como el aliento cálido de un amante.

—¿Entonces cómo puedo llegar a ese pueblo?

Como no podía pronunciar el nombre, sacó el trozo de papel que Paige le había dado.

La expresión de aquel hombre se alteró ligeramente al examinar el papel, pero su tono no cambió.

—Dudo que pueda. Las últimas lluvias produjeron un derrumbamiento de la montaña sobre la carretera.

—Pero seguro que ya lo han arreglado.

Él alzó una ceja como expresión de sorpresa.

—La gente del lugar va caminando y, como se habrá dado cuenta, Sant'Rosa no está muy inclinada al turismo. Aún trata de sobreponerse a una guerra civil.

—Ya lo sé.

Alguien debería haberle dicho que el propósito de una barba incipiente de diseño era enfatizar los rasgos cincelados, no emborronarlos. Y además su pelo negro necesitaba un buen corte.

Una segunda mirada la convenció de que la sombra que recorría su mandíbula y sus mejillas no era por efecto. Ese hombre no se afeitaba porque no le importaba lo que la gente pensara de él. Por el rabillo del ojo catalogó el resto de sus atributos, admitiendo que aquella melena había estado bien cortada, y la barba no disimulaba los rasgos fuertes y una boca que combinaba la belleza esculpida con cierta falta de compasión.

De pronto un recuerdo pasó por su mente. Lo había visto en algún lugar, o a alguien que se parecía a él.

Sobresaltada, sonrió ligeramente. Claro que no lo reconocía. Un expatriado descuidado en una isla en medio del Océano Pacífico estaba tan lejos de su mundo como un alien. Los hombres que conocía siendo ejecutiva llevaban traje y se esforzaban por ser

hombres de mundo. Aquella especie de náufrago con vaqueros y una antigua camiseta negra, parecía no conocer el concepto «sofisticación».

Lauren tomó aliento y habló con claridad.

—¿Puedo volar? La señorita Musi —dijo indicando a la recepcionista, que miraba al recién llegado como si la hubiese salvado de un tiburón— dice que el transporte público no es apropiado.

—Dudo que pueda. Las últimas lluvias produjeron un derrumbamiento de la montaña sobre la carretera.

—Pero seguro que ya lo han arreglado.

Él alzó una ceja como expresión de sorpresa.

—La gente del lugar va caminando y, como se habrá dado cuenta, Sant'Rosa no está muy inclinada al turismo. Aún trata de sobreponerse a una guerra civil.

—Ya lo sé.

Alguien debería haberle dicho que el propósito de una barba incipiente de diseño era enfatizar los rasgos cincelados, no emborronarlos. Y además su pelo negro necesitaba un buen corte.

Una segunda mirada la convenció de que la sombra que recorría su mandíbula y sus mejillas no era por efecto. Ese hombre no se afeitaba porque no le importaba lo que la gente pensara de él. Por el rabillo del ojo catalogó el resto de sus atributos, admitiendo que aquella melena había estado bien cortada, y la barba no disimulaba los rasgos fuertes y una boca que combinaba la belleza esculpida con cierta falta de compasión.

De pronto un recuerdo pasó por su mente. Lo había visto en algún lugar, o a alguien que se parecía a él.

Sobresaltada, sonrió ligeramente. Claro que no lo reconocía. Un expatriado descuidado en una isla en medio del Océano Pacífico estaba tan lejos de su mundo como un alien. Los hombres que conocía siendo ejecutiva llevaban traje y se esforzaban por ser hombres de mundo. Aquella especie de náufrago con vaqueros y una antigua camiseta negra, parecía no conocer el concepto «sofisticación».

Lauren tomó aliento y habló con claridad.

—¿Puedo volar? La señorita Musi —dijo indicando a la recepcionista, que miraba al recién llegado como si la hubiese salvado de un tiburón— dice que el transporte público no es apropiado.

—Tiene razón.

—¿Por qué?

—¿Acaso querría viajar en una vieja furgoneta agujereada por las balas y sin asientos?

—Si tuviera que hacerlo —dijo ella secamente.

—Y las cucarachas. Son grandes y negras. Si te duermes te mordisquean las uñas de los pies.

Esperando que él no notara cómo se le ponía la piel de gallina, Lauren contestó:

—Puedo hacerme cargo de la fauna local.

—Lo dudo –dijo él—. Si está realmente decidida a ir allí, podría intentar ir caminando. Pero si va vestida así, será mejor que se ponga protección solar.

¿Quién era aquel sarcástico recién llegado con ojos burlones y demasiada presencia? ¿El director? Difícilmente, pero era típico de aquel viaje tener que enfrentarse con un vividor desaliñado con un desconcertante atractivo físico que hacía que todas sus terminaciones nerviosas se alteraran.

Lauren se puso rígida al notar cómo su compostura se evaporaba por el efecto de su sonrisa. De acuerdo, aquel pareo dejaba ver más piel de lo que ella deseaba, pero no era idiota.

—¿Cuánto tiempo me llevaría eso? —preguntó ella.

—Depende de lo rápido que camine. No se detenga durante mucho tiempo o las sanguijuelas la morderán. ¿Sabe cómo quitarse una sanguijuela de la piel? Primero quite el extremo pequeño...

La recepcionista lo interrumpió.

—El señor Guy le está gastando una broma, señorita, porque está demasiado lejos para ir caminando. Se tarda dos días en ir caminando, señorita.

«Señor Guy» no le daba mucha información sobre quién era aquel hombre, pero al menos el nombre era una pista.

—Su agente de viajes debería haberla avisado de que esta región no está muy civilizada –dijo él—. Como ya sabrá, de todas formas.

—Como usted no sabe nada de mí, voy a ignorar esa puntualización –dijo ella, furiosa consigo misma por dejarse afectar de aquella forma.

Por fortuna la recepcionista comenzó a hablar en el idioma local y él se giró para escucharla, comprendiendo cada palabra.

Lauren dirigió una mirada fría hacia la camiseta y los vaqueros del hombre y, al observar sus piernas musculosas y sus caderas firmes, tuvo que revisar su primera impresión. Aquél no era un perdedor. Su estructura ósea indicaba una total falta de compromiso.

Y, una vez que hubo abandonado su actitud burlesca, ni sus

ropas gastadas ni su barba podían ocultar una formidable autoridad. Bajo su aspecto de náufrago yacía una esencia puramente masculina y arrogante. Para alguien a quien le gustaran los hombres con aspecto de poder enfrentarse a todo, aquel hombre podría parecer intrigante.

En otras palabras, era el hombre adecuado para llevarla al pueblo que Paige le había dicho, si era capaz de luchar contra los instintos que le decían que saliese corriendo en la otra dirección.

Él miró hacia arriba y la observó de forma especulativa.

«No es mi tipo», pensó Lauren. Prefería a los hombres que al menos tuvieran habilidades sociales. Comenzó a sentir calor en las mejillas mientras se ponía colorada, pero el color desapareció al ver el tono de desesperación en la voz de la recepcionista.

Alzando sus cejas negras sobre una nariz que recordaba a la de los gladiadores romanos, el recién llegado le formuló a la recepcionista una serie de preguntas a las que ella contestaba cada vez con más vacilación.

Lauren se sentía como si estuviera escuchando por detrás, así que comenzó a ojear una serie de postales. Los ventiladores zumbaban sobre su cabeza, mandando ráfagas de aire sobre sus brazos desnudos. El pequeño complejo prometía relajación, y lo que le faltaba en cuanto a lujos modernos lo suplía con su belleza y su paz. Hasta que no había aparecido aquel hombre, no había echado de menos el aire acondicionado.

A pesar del calor, deseó haberse puesto una camiseta ancha antes de dejar su habitación.

Finalmente la extensa explicación de la recepcionista, intercalada con miradas de preocupación a Lauren, llegó a su conclusión.

Claramente había algún inconveniente. Una sensación de vacío recorrió las costillas de Lauren, pero no había llegado hasta allí para ser disuadida.

—¿Por qué quiere ir a ese pueblo? —le preguntó el hombre—. No tiene instalaciones para turistas, no hay nada que hacer. El único baño es una piscina en el río. No están acostumbrados a visitantes.

Lauren notó que tenía cierto acento, pero era tan débil que no podía decir si existía o no.

—Ya lo sé, pero no planeo quedarme. Sólo quiero pasar una tarde allí. De hecho por eso he venido a Sant'Rosa.

—¿Por qué?

—No creo que eso sea asunto suyo —dijo Lauren sin tratar de

ocultar su frialdad.

—Sea cual sea su razón —dijo él encogiéndose de hombros—, no es lo suficientemente buena. Venga conmigo a tomar una copa y le explicará por qué.

Lauren se sintió decepcionada y miró a la recepcionista, que enseguida comenzó a hablar.

—El señor Guy la ayudará —prometió la mujer señalando al hombre.

De acuerdo, así que no era ningún violador ni un asesino en serie. Al menos no allí.

—En ese caso, aceptaré la copa, gracias –dijo Lauren con calma, deseando haber llevado algo más elegante y que no revelase tanto.

Y habría sido bueno si tuviese algo de maquillaje. Protección solar y una fina capa de brillo de labios no parecían ser suficientes ante la mirada intimidante de aquel hombre.

El hombre caminaba con el silencio y la delicadeza de una pantera, y sus movimientos controlados daban la sensación de una ligera amenaza.

Así que su nombre era «señor algo Guy», o «señor Guy algo». Y ella no pensaba decirle quien era. Si él no tenía la educación de presentarse correctamente, ella no iba a hacer el esfuerzo.

Como si hubiera sentido su juicio, él la miró. Una carga de alto voltaje circuló entre ellos, parte de antagonismo y parte de evidente química.

Lauren miró hacia el pequeño bar y pensó que aquel hombre allí estaba desperdiciado. Un hombre que desprendía tanta electricidad como para derretir la mitad de los iceberg del planeta debería estar en un lugar donde su talento pudiera ser aprovechado.

El polo norte, por ejemplo.

¿Quién era? ¿Un parado local que buscaba unas vacaciones salvajes? ¿O quizá estuviese buscando a una mujer rica que lo sacara de aquel calor tropical?

No. Era inquietantemente sexy, pero su instinto le decía que era más bucanero que gigoló.

Con una voz que su hermanastro, para quien trabajaba, catalogaba como paciente pero de ejecutiva amable, Lauren preguntó:

—¿Es suyo el complejo, señor Guy?

—No —dijo él—. Pertenece a la tribu local —añadió y, sin tocarla, la condujo a una mesa que había bajo una enorme sombrilla—. Esta es probablemente la parte más fresca del lugar, y tiene una estupenda vista del lago.

Agradecida por la sombra, Lauren se sentó en una silla y siguió insistiendo.

—¿Pero usted vive aquí? ¿En esta parte concreta de Sant'Rosa?

—A veces —dijo él, y señaló a un camarero—. ¿Qué quiere beber?

—Zumo de papaya y piña, gracias.

Él lo pidió, y una cerveza para él. Una pequeña lagartija pasó por encima de la mesa. Lauren vio con una sonrisa cómo desaparecía por el borde. Cuando miró hacia arriba, Guy la estaba observando.

—¿No le dan miedo? —preguntó él.

Una sutil entonación le dio la certeza de que no era inglés.

—Las pequeñas no, pero algunas de las grandes tienen un brillo depredador en sus ojos.

Él se carcajeó.

—No muerden, ni siquiera para defenderse –dijo él, enfatizando el verbo «morder» de modo que Lauren se preguntó si él mordía, y en qué circunstancias—. Pero la sorprendería saber la cantidad de mujeres a las que las aterrorizan, incluso las pequeñas.

—A los hombres también, seguro. Le hace a una preguntarse por qué algunas personas vienen a los trópicos.

¿Sería suave aquella barba, o pincharía? Nunca había besado a un hombre con tanta.

¡Guau!

Él se recostó en su silla con actitud relajada, pero con su mirada fría, era como si la mantuviese prisionera.

—¿Por qué está aquí? Más concretamente, ¿por qué está decidida a llegar hasta una de las zonas más salvajes de Sant'Rosa?

—¿Acaso ese salvajismo es peligroso?

—Es inconveniente —dijo él—. Pero está en la zona de la frontera, y en la frontera entre Sant'Rosa y la república siempre ha habido tensión.

—Pensé que el tratado de después de la guerra civil había acabado con la amenaza de una invasión por parte de la república.

—Un nuevo jugador –dijo él encogiéndose de hombros—, un predicador carismático que parece haber reunido a grupos organizados a ambos lados de la frontera. Predica cosas religiosas y también el culto al cargamento. Que es...

—Sé lo que es el culto al cargamento –dijo ella—. Es cuando los seguidores tienen la esperanza de que un salvador les lleve los beneficios de las civilizaciones occidentales. No sabía que pudieran ser violentos.

—De momento no. Pero en los últimos dos días ha habido rumores de que alguien les está suministrando armas.

Claro que nadie había visto realmente los rifles ni los explosivos de los que todos hablaban. Guy sospechaba que no existían. Sin embargo, a cada isleño le enseñaban cómo usar un machete desde edades muy tempranas, y él había visto el daño que las cuchillas largas podían infligir. Si algunos conversos decidían volver a la carga, serían capaces de matar.

Guy observó cómo ella fruncía el ceño. ¿Qué diablos hacía allí? Y por qué era tan evasiva? Las mujeres elegantes como ella exigían más de sus vacaciones que un pequeño complejo con poca vida social y una tendencia hacia los grupos de familias.

Ella lo miró a los ojos con una mirada incapaz de ser descifrada.

—¿Sólo son rumores?

—Casi seguro. Los rumores, casi todos falsos, recorren siempre Sant'Rosa. La gente no se hace cargo del periodo posterior a una sangrienta guerra civil de diez años, y a pesar de la paz que se deduce del tratado, aún no confían en la república más allá de la frontera —hizo una pausa—. La recepcionista viene del pueblo que usted quiere visitar y acaba de decirme que el predicador ha desaparecido.

—¿Y eso es malo?

—Casi seguro que no —dijo él, esperando tener razón.

Era demasiado fácil observar su cara, así que Guy desvió la mirada hacia una familia, dos padres con dos niños pequeños. Armados con juguetes de playa y con un par de flotadores, los niños se apresuraron hacia el lago, donde comenzaron a gritar y a reír mientras se salpicaban agua entre ellos y a sus padres.

Volvió a tener esa sensación en la nuca que lo ponía alerta y por la cual debía resistir el impulso de meter a esas familias y a la mujer con aire de «no me toques» que tenía enfrente en un avión para irse de allí.

No se atrevía a seguir su impulso porque la tribu local había invertido el poco dinero que tenía en aquel complejo. Una falsa alarma, con la consecuente mala publicidad, podría hacer que se arruinaran.

La mujer que tenía enfrente también observaba a la familia y sonreía ligeramente. Y se maldijo a sí mismo porque su cuerpo reaccionara ante aquella sonrisa con tal ansia.

Lauren Porter frunció el ceño.

—¿Y esos seguidores del predicador serán capaces de volverse violentos si su salvador no aparece con esos bienes occidentales

prometidos?

—Lo dudo. Ya han visto lo que es una guerra, así que probablemente se retirarán a sus pueblos nativos.

Pero estaban molestos y frustrados. La paz no le había llevado a la gente los beneficios que esperaban y muchos eran capaces de manipulaciones sin escrúpulos. Cuando el salvador no trajese lo prometido, puede que el predicador, para salvaguardar su autoridad, los instara a tomar esos bienes materiales del lugar más cercano posible.

No irían a la mina, que tenía seguridad privada. Elegirían un objetivo más sencillo. En otras palabras, el complejo.

Todo eran suposiciones y peros, sin ningún tipo de fundamento en el que basarse. Guy se encogió de hombros tratando de ignorar su premonición.

—Pero puede que no —dijo ella—. Quizá decidan venir y conseguir los bienes por ellos mismos.

—No es probable, e incluso aunque lo hicieran, la policía sigue la situación de cerca. Nos lo comunicarían a tiempo para que pudiera usted escapar.

—Yo y todos los demás, supongo.

—Confíe en mí —dijo él con una sonrisa que esperaba fuese reconfortante.

La llegada del barman con sus bebidas silenció a Lauren. Guy la miró tratando de controlar el apetito salvaje que su presencia le despertaba. La mezcla de purasangre y las curvas de sus pechos y sus caderas componían un paquete explosivo. Si se mezclaba eso con una melena negra y sedosa y unos ojos grises y fríos, habría problemas.

Eso por no hablar de su boca. Era difícil ser objetivo.

Guy alzó la cerveza a modo de brindis y dijo:

—En este momento no creo que fuera muy sensato ir a la montaña.

—¿Y qué pasa con usted? —preguntó ella de pronto.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Usted iría allí?

—Si tuviera que hacerlo –dijo él mirándola.

—¿Así que yo podría ir con usted al pueblo?

Aunque estaba suavizada por su feminidad, su mandíbula era combativa.

—No voy a llevarla allí –dijo él secamente.

—Por supuesto yo le pagaría.

—Señorita —dijo él, furioso de un modo que nunca antes había

conocido—. No voy a ir allí, y usted tampoco. Si quiere ver cómo se vive en el Tercer Mundo, el complejo organizará un tour por el pueblo local.

A ella se le pusieron las mejillas coloradas y se mordió el labio inferior. Guy tendría que tener cuidado, ya que ella no lo tenía.

Fue peor cuando ella comenzó a beber el zumo. ¿Cómo diablos hacía para que un gesto tan inocente como ése pareciese tan sexual?

«Olvídalo», se dijo a sí mismo.

—Quiero visitar ese pueblo y a esa tribu en particular porque… una persona que conozco los ha ayudado a montar una empresa de aceite procedente de las nueces Sali. Yo voy de camino a Nueva Zelanda, de vacaciones, y le prometí a esa persona que me pasaría para ver cómo van las cosas.

Marc Corbett, por supuesto. Guy asintió.

—Entonces tendrá que decirle a esa persona que yo no se lo he permitido.

No se sintió decepcionado por su reacción ante aquella provocación. Su sonrisa se heló, pero la mantuvo mientras se llevaba el vaso a la boca para dar otro trago, sin dejar de mirar a Guy mientras bebía lentamente.

Aunque él sabía lo que ella estaba haciendo, usar su atractivo sexual como arma, se le aceleró el pulso y sintió un anisa camal en su cuerpo. Cuando la lujuria lo golpeaba de aquella manera, normalmente no le costaba mucho disiparla, pero en esa ocasión tuvo que hacer un esfuerzo.

—Bueno, eso es discutible –dijo ella con dulzura, volviendo a dejar el vaso en la mesa—. No creo que usted tenga alguna autoridad para detenerme.

No se relamió el zumo de los labios. No era tan obvia. Guy tuvo que contar hasta diez antes de contestar.

—La detendré aunque tenga que esposarla a mi lado hasta que pueda montarla en un avión. Ir a la montaña puede ser bien peligroso. Si paga bien, puede que consiga que alguien la lleve, pero también los pondrá a ellos en peligro.

Ella lo observó durante unos segundos antes de asentir.

—Sí, realmente lo dice en serio. Muy bien, no iré.

Sorprendido, Guy agarró su cerveza y dio un trago largo antes de darse cuenta de que ella realmente no había dicho que no intentaría ir.

—Deme su promesa de que no abandonará el complejo.

—No tiene ningún derecho a exigir una promesa por mi parte, pero no soy estúpida. No quiero poner a nadie en peligro, y la

persona que me envía tampoco. Ojalá pudiera ponerme en contacto con el director para saber cómo va todo.

—Por lo que yo sé, va muy bien, pero si quiere contactar con él, tengo un teléfono móvil en mi oficina –dijo Guy.

Ella le dirigió una mirada fría como la luz de la luna.

—Gracias, pero llamaré desde aquí –dijo ella educadamente.

—No puede —dijo él, y al ver cómo ella alzaba las cejas, se explicó—. Tras la guerra civil, el jefe de cada pueblo de la zona se hizo con un móvil. Su línea no está conectada al sistema telefónico normal, que no llega mucho más allá de las ciudades.

—Ya veo —dijo ella tras una pausa—. Esto es muy bonito, como un paraíso. ¿Por qué no podrá ser también pacífico?

—Siempre hay alguna serpiente —dijo él lacónicamente mientras se levantaba de la silla—. Y normalmente lo que esa serpiente quiere es poder y dinero.

—¿Cree que eso tiene algo que ver con que haya una mina de cobre enorme en esta zona de Sant'Rosa? ¿Y que la zona lleva siendo reclamada por la república desde hace más o menos cincuenta años?

—Veo que ha hecho investigaciones.

—Siempre hago investigaciones —dijo ella con calma, tratando de disimular sus pensamientos.

—Ahora ya conoce las limitaciones —dijo él.

—Parece interesante que el predicador comenzase a desestabilizar la zona de la frontera justo después de que las fuerzas de seguridad internacionales se marcharan. Si yo fuera cínica, quizá me preguntara si la república tiene la esperanza de utilizar el culto al cargamento para fomentar los problemas, y luego invadir con la excusa de prevenir otra guerra civil.

Él asintió.

—Yo lo llamaría realismo antes que cinismo. Sobre todo ya que el ejército de Sant'Rosa es muy pequeño y está compuesto por unidades que aún no confían las unas en las otras después de haber luchado en bandos diferentes durante la guerra. Nadie sabe cómo se comportarían en combate.

—¿Espera una guerra?

—No –dijo él, apuró la cerveza y dejó la botella sobre la mesa—. Venga, iremos a la ciudad.

—¿La ciudad? —preguntó Lauren.

—Quería usar el teléfono, ¿no? Está en mi oficina en la ciudad –dijo Guy, y al ver que no contestaba, añadió— Estará a salvo conmigo. Tengo una reputación que mantener.

Y, como no esperaba de él nada más que una sobredosis de testosterona, se levantó para irse, no sin antes pasar por recepción para decirle a la mujer dónde iba.

Una vez hecho eso, se colgó el bolso al hombro y dijo:

—Debería llevar algo de dinero.

Una vez que hubo sacado el dinero de la caja fuerte en la que guardaba sus documentos, se puso una camisa sobre los hombros.

—¿Por qué? No espero que me pague, y las tiendas están cerradas a estas horas. Y aunque estuvieran abiertas no creo que encontrara nada para comprar.

—Lo sorprendería —dijo ella con dulzura mientras cruzaba la puerta delante de él.

Capítulo 2

EL COCHE de Guy podría haber pasado por la superficie de Marte sin ningún problema. Era un viejo Land Rover que tenía lo más básico y que nunca había tenido aire acondicionado, pero daba igual, porque tampoco tenía ventanas.

—Al menos no tiene agujeros de bala —dijo Lauren con una sonrisa.

—Porque lo he reparado —dijo él mientras le abría la puerta del copiloto—. Probablemente también tenga cucarachas.

Ella volvió a sonreír y tuvo que resistirse para no buscar insectos mientras esperaba a que él se subiese. Su padre, un entusiasta del motor, le había enseñado a distinguir los buenos motores y se quedó sorprendida cuando Guy metió la llave y el motor arrancó como la seda.

Guy Loquefuera, o Loquefuera Guy, estaba familiarizado con la gente del lugar. La mayoría lo saludaba con la mano amigablemente y con sonrisas que él devolvía.

Lauren observó a dos chiquillos mano a mano a un lado de la carretera.

—¿Es que nacen con machetes bajo el brazo? Parecen muy jóvenes para llevar consigo tales armas.

—Aquí lo llaman cuchillo para la maleza y, sí, les enseñan a usarlos casi a la vez que aprenden a caminar.

Molesta por su tono de indiferencia, Lauren se concentró en admirar la jungla y la cadena montañosa que se extendía más allá. El cielo tenía un color entre azul y morado que indicaba que el crepúsculo estaba cerca. Cuando llegaron a la pequeña ciudad, que estaba a unas millas de la mina y del aeropuerto, las calles vacías proporcionaban una inquietante y casi siniestra atmósfera.

—Hora de cenar –dijo Guy mientras detenía el coche frente al único bloque de tiendas que había en la calle principal. Le dirigió a Lauren una mirada enigmática—. Las mujeres preparan la comida mientras los hombres se relajan.

Negándose a morder el anzuelo, ella se encogió de hombros y abrió la puerta para salir.

—Mi oficina está en la primera planta –dijo Guy señalando un tramo de escaleras que subían desde la calle.

Al ver la eficiencia con la que Guy examinaba las calles y las escaleras, Lauren supo que él sabría cómo actuar en caso de

amenaza. Su aire de seguridad acababa con unos miedos que ni siquiera se había permitido a sí misma aceptar.

Su oficina, una vasta y anónima sala, al menos estaba limpia y ordenada con todo guardado bajo llave en cajas de acero.

—Para mantener a los insectos y a las alimañas alejadas —dijo Guy al ver que ella miraba a su alrededor.

Cuando finalmente se pusieron en contacto con el director de la empresa en el pueblo, Lauren habló con él durante algunos minutos, esforzándose por entender su excesivamente acentuado inglés. El tema de las nueces Sali iba bien. El jefe le habló orgulloso sobre el proceso de extracción del aceite y sobre la cantidad que se enviaba a Nueva Zelanda para hacer jabón y otras productos de higiene. También le habló de la maestra que había ido al pueblo después de construir la escuela.

—Se lo diré a la persona que me ha enviado –dijo Lauren—. Me han dicho que puede que no sea muy buena idea viajar al pueblo en este momento.

—Nada buena, señorita —dijo el hombre—. Hay demasiados pícaros por la zona. Vuelva el año que viene, cuando todo esté tranquilo de nuevo.

—Si puedo —prometió Lauren.

—Me gustaría hablar con él, por favor —dijo Guy.

Lauren le entregó el auricular y se acercó a la ventana para contemplar la sucia carretera, aún desierta, salvo por un par de perros. Los edificios y los árboles comenzaban a difuminarse a causa del crepúsculo. Era una oscuridad profunda que suavizaba la intrusión de los edificios en aquel paisaje tropical.

Observó a Guy mientras hablaba por teléfono, diciendo la que parecía ser una retalía de preguntas, se dio cuenta de que no sabía nada de su cara. Pensó que era grande en todos los sentidos, alto, escultural y musculoso. Sus hombros anchos y sus piernas largas le daban un aire de fortaleza tanto física como mental.

La conversación concluyó, Guy se metió el móvil en el bolsillo y dijo con su inglés casi perfecto:

—Todo parece correcto por allí. Dice que el predicador está con su familia allá en las montañas. Ha habido un muerto.

—Así que ya podemos respirar de nuevo –dijo ella con frivolidad, sorprendida al ver lo tensa que había estado.

—Yo no había dejado de respirar –dijo él secamente mientras abría la puerta.

Lauren precedió a Guy hacia la oscuridad, escuchando sus palabras detrás de ella.

—Me alegro de poder decirle a la persona que me envía que el plan del aceite va bien. Es genial que los aldeanos reciban un beneficio de su tierra sin tener que talar los bosques para sacar madera. De todas formas me habría encantado poder ver lo que están haciendo.

Mientras cerraba la puerta tras ellos, Guy contestó con una franqueza brutal.

—Ya tienen bastante de lo que preocuparse sin tener que mantenerla a usted a salvo. ¿Cuáles son sus planes ahora?

Lauren observó la única bombilla que iluminaba las escaleras. Tuvo que reprimir la tentación de quedarse unos días más en el complejo y dijo secamente:

—Me marcharé para Nueva Zelanda lo antes posible. Mañana, si encuentro plaza en algún avión.

Guy la sorprendió al volver a abrir la puerta.

—Puede, pero no cuente con ello. Sólo hay dos al día, sin contar el vuelo que hay a Valanu dos veces por semana.

—¿Dónde está Valanu? Nunca he oído hablar de ello. ¿Es otra ciudad de Sant'Rosa?

—No –dijo él. De vuelta en la oficina sacó un teléfono y marcó —. Es un grupo de islas al sur, son parte de otra pequeña nación del Pacífico.

—El quinto pino, en otras palabras.

—O el paraíso, según el punto de vista. Está alejado de la modernidad –dijo Guy—. Pero es increíblemente hermoso.

La última palabra la pronunció lentamente.

A Lauren se le pusieron las mejillas rojas y tuvo una extraña sensación en el estómago. Tragó saliva y se concentró en la casa de vacaciones que su hermanastro tenía en Nueva Zelanda, remota, adorable y sumamente tranquila.

Estaba deseando llegar allí. El jet lag le había aturdido la mente. En cuanto consiguiera dormir un poco volvería a ser ella misma.

—¿A quién llama?

—El último vuelo hacia Atu acabará de salir, pero debería haber alguien en el aeropuerto. Reservaré un asiento en el próximo avión.

Ligeramente molesta porque él tuviera tanta prisa en deshacerse de ella, Lauren dijo:

—Muchas gracias.

Había alguien en el aeropuerto, alguien llamado Josef, con quien Guy habló en el idioma local. Cuando colgó, Lauren alzó las cejas.

—Tiene un asiento reservado para el vuelo de mañana por la

tarde —dijo él.

—Ha sido usted muy amable —dijo ella con una sonrisa.

—Un placer —respondió él—. Ahora, como el restaurante chino parece estar cerrado, podemos regresar al complejo y cenar o puedo llevarla a casa y darle de comer allí.

—Al complejo —dijo Lauren instantáneamente, y luego se dio cuenta de que le estaba gastando una broma. Entonces lo miró a los ojos y pensó: « ¿Por qué no?».

Se iba al día siguiente así que ¿por qué no iba a compartir una cena con el hombre más intrigante que había conocido en mucho tiempo? Aunque la ponía furiosa y era demasiado macho y dominante, una vez que lo hubo observado durante un tiempo, esa sensación fue sustituida por una excitación intoxicante.

No tenían nada en común y, cuando Lauren estuviese en casa se preguntaría qué tenía aquel hombre para intrigarla tanto. Pero por una noche se acercaría al lado salvaje. Probablemente toda mujer necesitara una experiencia así una vez en su vida.

Pero, para asegurarse de que no intentaba llevarla a la cama, dijo:

—Pero no durará mucho tiempo. Sólo he dormido dos horas de las últimas veinticuatro y se me está acabando la batería.

Él comprendió la implicación y sonrió mientras abría la puerta.

—La dejaré en su puerta dos minutos después del primer bostezo. Mire dónde pone los pies.

La bombilla de la escalera parpadeó cuando una polilla se posó sobre ella. Siguiendo el sonido de sus pisadas, Lauren se agarró a la barandilla y se enfrentó a las escaleras.

—Ahora que es de noche el aire es más fresco, aunque no mucho —señaló ella mientras se acercaban al Land Rover—. Puede olerse la esencia de las flores.

—Así es el trópico. Una belleza espectacular y una vegetación putrefacta —dijo Guy mientras abría la puerta del coche. Lauren se montó y vio cómo él pasaba por delante del coche. Se sintió expuesta y nerviosa, como si conocerlo hubiera apartado varias capas de piel hasta revelar un mundo de excitación y anticipación.

«Cálmate», se dijo a sí misma. «Las imprudencias no son lo tuyo».

Se había construido una exitosa y satisfactoria vida de discreción y disciplina. No iba a permitir que el trópico lanzara su hechizo sobre ella.

A medio camino del complejo Guy dijo:

—Sería una pena que se marchara de la costa sur sin conocer

nuestro mayor atractivo turístico.

—¿Cuál es? —preguntó ella.

—Una catarata.

Lauren hizo una pausa. Quizá fue el brillo en el cielo, que indicaba la llegada inminente de la luna llena, pero tuvo otro impulso que desafiaba a su sentido común.

—Muy bien –dijo ella, arrepintiéndose de sus palabras en el momento en que las dijo.

Guy giró el coche para meterse entre dos hileras de árboles. A los pocos metros la carretera se convirtió en una ruta enrevesada. En cualquier caso él esquivaba los baches con una facilidad que ella envidiaba. Agarrándose al asiento, Lauren observó a su alrededor. La noche había transformado la vegetación exuberante en una entidad extraña que bordeaba el camino.

Mientras veía cómo las enormes hojas de las palmeras pasaban de largo, decidió que había estado loca al aceptar el desafío de Guy, porque no era otra cosa que eso.

Guy detuvo el coche bajo un enrome árbol cuyo follaje colgaba formando una especie de tienda de campaña sobre el Land Rover. En cuanto apagó el motor, Lauren salió inmediatamente.

—Por aquí —dijo él.

Tras unos metros la opresiva vegetación desapareció para dar paso a una explanada de hierba basta. Los ojos de Lauren se iban acostumbrando a la oscuridad mientras caminaban hacia un murmullo suave, infinitamente refrescante, que inundaba el aire.

—Mire –dijo Guy.

El agua caía desde lo alto formando un velo brillante bajo las estrellas. Abajo se agrupaban las palmeras, cuya silueta se dibujaba a la luz de la luna.

—Es precioso –dijo ella suavemente—. No sabía que estuviéramos tan cerca de la costa.

El amplio lago que se formaba bajo la casada desembocaba en un riachuelo que, unos cientos de metros más allá, daba al mar. A pesar de las palmeras, Lauren pudo ver el blanco de la arena de la playa.

—Me sorprende que no haya arrecife de coral alrededor de la isla –dijo ella, conmovida por la belleza de la escena. Despertaba en ella un deseo que nunca había experimentado, la urgencia de renunciar a las exigencias de la civilización y rendirse a la potente seducción del Pacífico.

—No todas las islas de los Mares del Sur tienen arrecifes. Bien, ya es la hora del espectáculo. Mire la catarata.

La luna brillaba sobre el horizonte y con su luz transformaba la cascada en un manto brillante y dorado.

—Oh —suspiró ella—. Es fantástico. Es como una cascada de seda. Gracias por traerme aquí.

Al no contestar Guy, ella miró hacia arriba. La estaba observando. La luna acentuaba sus rasgos. Tenía la boca apretada y sus mejillas angulosas le proporcionaban cierto aire exótico. Lauren pensó que parecía ese bucanero que había pensado que era en un principio. Sintió la tensión en su cuerpo, llevada por un chorro de adrenalina que la dejaba sin aliento.

Desesperada, con la boca seca, Lauren apartó la mirada para fijarla en la catarata que brillaba con una iridiscente alternancia entre oro, plata y cobre, y trató de describir la situación con palabras.

—La luz de la luna es algo tan familiar y sin embargo alucinante. Pero nunca había visto nada semejante. Parece un manto de oro, casi como si la luz saliese desde detrás de la catarata.

—Como ha dicho, es un milagro muy familiar.

La tomó del brazo y la llevó a la orilla. La luz de la luna aún no había alcanzado el lago.

El tacto de Guy acabó con todas sus defensas y con su fuerza de voluntad, haciendo añicos su autocontrol.

«Magia oscura», pensó ella. Ansiaba poder rendirse a aquella aterradora tentación de tal forma que casi podía saborear su deseo, dulce, potente y desesperado.

Mientras miraba el agua tranquila y oscura, Lauren tuvo que luchar por mantenerse fría y no lanzarse a sus brazos. Él no dijo nada, pero lo escuchó respirar fuerte, mientras la tensión entre ambos aumentaba. Todo lo que hacía falta era que ella hiciese un pequeño movimiento para poder conocer el poder de sus besos y estremecerse por la calidez de sus manos contra sus pechos.

—El agua viene de los manantiales de las montañas, así que está fría —dijo Guy con voz firme.

Lauren pensó que quizá el truco estuviera en el agua fría, porque aquella excitación repentina no le había ocurrido nunca, y los rollos de una noche no eran su estilo. Se agachó e introdujo la mano en el agua, retirándola al instante.

—Está helada.

Hubo algo en la quietud de Guy que la puso nerviosa. Parecía cernirse sobre ella como una amenaza. Ella se incorporó de nuevo y se apartó un par de pasos, girándose para ver el brillo de la catarata que disminuía mientras la luna subía cada vez más en el cielo. La

sangre le palpitaba con fuerza, dándole esa sensación de locura exótica.

El trópico era famoso por ese tipo de cosas.

—Esto es maravilloso —dijo Lauren buscando un tono práctico —. Gracias por traerme aquí.

—Un placer —dijo él sin expresividad—. ¿Nos vamos?

Ella asintió y comenzaron a caminar hacia el árbol bajo el cual estaba el Land Rover. Unos pasos antes de llegar a las ramas colgantes, Guy se detuvo y escuchó, observando hacia la intimidante sombra bajo el árbol. Asustada, Lauren abrió la boca para preguntar qué pasaba, pero él se la tapó inmediatamente con la mano.

«Oh, Dios», pensó Lauren mientras se resistía violentamente.

Sin quitarle la mano de la boca, la arrastró hacia la oscuridad y la colocó contra el tronco de modo que, aunque la hubiera aplastado entre su cuerpo y el árbol. nunca habría sentido dolor. Aprisionada por su fuerza, Lauren sintió el poder de sus músculos.

« ¡Piensa!», se dijo a sí misma, luchando contra el terror que amenazaba con congelarle el cerebro. Intentando pillarlo por sorpresa, se revolvió y consiguió tomar aire.

—Oigo voces y no sé quienes son —dijo él en voz muy baja.

Lauren se paró a escuchar, pero aparte del suave sonido de la catarata, no oía nada.

Finalmente, con el mismo tono monótono, Guy añadió:

—Quédate quieta y no hagas ruido.

Ella asintió y él relajó su fuerza. Instantáneamente, y con los dedos en forma de garra, Lauren le agarró los genitales y abrió la boca para gritar.

Pero la mano cruel de Guy calló cualquier sonido. Con una fuerza brutal, Guy la redujo y la apretó contra su cuerpo, agarrándola con fuerza con su otro brazo.

—¡Cállate! —dijo en voz baja con un tono amenazante.

Cuando ella intentó resistirse con uñas y dientes, él la meneó con fuerza para disuadirla y murmuró:

—¡Escucha, maldita sea! ¿Qué oyes?

Por encima del sonido de la catarata podían oírse voces. Voces masculinas. La tensión hizo que a Lauren se le secara la boca y que la adrenalina aumentara. El miedo primitivo al asalto y a la violación fue sustituido por otro más básico: el miedo a la muerte.

Aunque probablemente serían aldeanos que iban a pescar, y Guy querría asegurarse de que no hubiese testigos de lo que pretendiese hacer.

Lauren se concedió un instante para decidir si confiaba en él o no. Más tarde se convencería a sí misma de que su decisión estaba basada en puro pragmatismo. Tendría más posibilidades de sobrevivir si se tenía que enfrentar sólo a un hombre.

Finalmente fue el instinto lo que la convenció, no el sentido común ni la razón.

—No te muevas, no digas nada –dijo él a su oído.

Ella asintió y lentamente él le quitó la mano de la boca. A pesar de su tamaño, se movía tan silenciosamente como un gato. Se colocó dándole la espalda, protegiéndola de cualquier peligro que pudiera haber.

Las voces se alejaron pero Guy permaneció quieto.

Lauren estaba temblando cuando al fin él se apartó.

—¿Quién...? —susurró ella.

El gesto de Guy hizo que sus palabras se detuvieran. Él estaba mirando en dirección al mar y se movió silenciosamente para apartar una de las ramas que los ocultaban.

—Ahí... sí. ¿Los ves?

Estaban a alguna distancia, pero la luna brillaba sobre sus cuerpos aceitosos. Unos veinte hombres que llevaban lo que parecían ser lanzas.

—Van al mar —dijo Guy.

Entornando los ojos, Lauren miró hacia el mar. Unas figuras negras y pequeñas parecían moverse sobre las aguas.

—¿Canoas? —susurró ella.

—Son barcos hechos con bananeros. Tienen motores fueraborda pero no los están usando esta noche. Y vienen de la dirección equivocada, se dirigen al complejo. Vamos, tenemos que salir de aquí. Sube al Land Rover pero no cierres la puerta hasta que no haya encendido el motor. Luego echa el seguro y agáchate.

Lauren obedeció. En cuanto el coche salió de debajo del árbol, ella echó el seguro de la puerta y rezó para que no hubiera nadie esperando en el coche.

Guy tenía la vista de un depredador en la noche. Sin las luces del coche conducía a gran velocidad a través de la oscuridad siguiendo el camino que Lauren ni siquiera podía ver. De camino a la catarata había disfrutado de la diferencia entre la exótica vegetación y los bosques a los que estaba acostumbrada. Pero a la vuelta la jungla amenazaba, ocultando quién sabría qué peligros.

—¿Crees que iban a reunirse con los de las canoas o a combatirlos? —preguntó ella una vez que estuvieron un poco lejos.

—No lo sé, pero eran gritos de guerra.

Luchando por combatir el miedo, Lauren tuvo que agarrarse fuertemente mientras el coche recorría los caminos llenos de baches. Una sensación de peligro se cernía sobre ellos. Hubo un momento, en un claro, en el que miró el perfil de Guy iluminado por la luna y recordó algo.

Había visto una fotografía, pero entonces la imagen desapareció de su cabeza.

¿Dónde y cómo había visto ella la fotografía de un habitante de Sant'Rosa?

La miró y dijo algo en un idioma que parecía italiano.

—Sácame la camisa de los pantalones.

—¿Qué?

—Vas enseñando demasiada piel. Cúbrete con mi camisa.

—Pero eso te deja a ti al descubierto.

—Yo soy mucho más moreno que tú, así que es más difícil que me vean. Tira de la camisa hacia arriba por encima de mi cintura y yo te diré cuándo me la sacas por encima de la cabeza.

—Después de haber parado, claro.

—No voy a parar –dijo él—. No sé quién más puede haber por los alrededores. Quítame la camisa.

Lauren apretó los dientes mientras tiraba de la camisa hacia arriba, palpando su cuerpo musculoso. Cuando uno de los brazos de Guy quedó libre dijo:

—Hay un tramo recto de carretera. Bien, quítamela, ¡ahora!

Ella le sacó la camisa por encima de la cabeza con un movimiento suave.

—Sácame el otro brazo, ¡ahora! —añadió él. Se lo puso fácil—. Ahora cúbrete con ella.

En silencio, Lauren se puso la camisa por la cabeza, temblando cuando el tejido entró en contacto con sus hombros. La esencia de su piel casi fue capaz de acabar con el sabor del miedo en su boca.

—Agáchate en el suelo y quédate ahí hasta que yo te lo diga. Cúbrete la cara y las manos. Si nos paramos, no te muevas a no ser que yo te lo diga. Si nos paran, no digas nada, trata de no respirar.

Ella obedeció, cada vez más asustada.

—Esos hombres se dirigían al complejo, ¿verdad?

Él no trató de disimular la verdad.

—Esa era la dirección que llevaban.

—¿Crees que pueden ser violentos? —preguntó ella, y al ver que Guy no contestaba añadió— No voy a desmayarme ni a gritar ni a ponerme histérica.

—Te creo —dijo él con una sonrisa, pero la sonrisa desapareció

cuando dio un volantazo para esquivar a algún pequeño animal en la carretera.

Lauren se balanceó y puso cara de dolor al golpear- se el codo contra el suelo.

Él prosiguió hablando con calma.

—No tengo ni idea de lo que estará planeando su líder o líderes. Si encuentran el complejo vacío, probablemente se lleven lo que quieran, se emborracharán con las bebidas del bar y luego se irán a casa.

Ella asintió.

—¿Cuánto tiempo nos llevará regresar al complejo?

—No vamos allí –dijo él cambiando de marcha.

Capítulo 3

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque voy a llevarte directa al aeropuerto –dijo él.

—Pero tenemos que advertirles.

—Ya habrán sido advertidos. Puede que la jungla parezca vacía, pero hay ojos por todas partes, que es por lo que estás agachada ahora mismo. Preocuparse por ellos no va a solucionar nada. No pienso regresar al complejo.

—¿Pero qué pasa con los niños? —preguntó ella horrorizada.

—No pasa nada —respondió él—. El complejo está en contacto directo con la policía. El personal habrá evacuado a los turistas en cuanto hayan recibido las noticias.

—¿Y si no son sólo un grupo de practicantes de culto al cargamento que quieren camas al estilo europeo o equipos de televisión? —preguntó ella casi gritando—. ¿Y si están armados y pretenden armar follón?

—Una vez que os hayamos apartado a todos de en medio, entonces nos ocuparemos de lo que pase.

Lauren se retorció incómodamente contra el asiento, preguntándose si habría gente agazapada con rifles y machetes. Se dio cuenta de que estaba asustada pero no aterrorizada. De algún modo Guy exudaba un aura de autoridad tal que ella confiaba que pudiera sacarlos de aquella situación.

Entonces cayó en la cuenta de algo que acababa de decir él.

—Piensas quedarte y luchar, ¿verdad? —preguntó, pero como Guy no contestaba, insistió—. ¿Por qué? ¿Eres de aquí?

—No —dijo él secamente—. Pero conozco a la gente y tengo mucho invertido aquí. Agáchate.

Antes de que ella pudiera reaccionar él maldijo en voz alta y la empujó hacia abajo mientras pisaba el freno. El coche se detuvo.

Hecha un ovillo, a Lauren le latía el corazón a mil por hora. Pudo escuchar las voces de algunos hombres furiosos. A pesar del asfixiante calor, se le heló la sangre.

Guy contestó tranquilamente, sin miedo. Al oír que alguien se reía, Lauren se relajó ligeramente y miró hacia arriba mientras Guy contestaba una pregunta. Una luz amarilla cruzó sus mejillas y al ver su cara iluminada, Lauren recordó a los jinetes eslavos que habían cabalgado hacia Europa hacía más de un milenio, y se preguntó quiénes serían sus ancestros.

Alguien dijo algo que le hizo a Guy fruncir el ceño y hacer otra pregunta. Parecía tan seguro y con el control de la situación que ella se asustó al ver que sus dedos apretaban con fuerza el volante. Su siguiente comentario produjo aún más risas. Él sonrió y añadió unas cuantas palabras más.

Cómo deseaba poder entender el idioma. La fluidez en el francés y el alemán no le servían para nada en aquella parte del mundo.

Aunque su cuerpo pronto empezó a quejarse, no se atrevía a mover un solo músculo, ni siquiera cuando el coche se puso en marcha de nuevo.

—Muy bien –dijo Guy poco tiempo después—. Estamos fuera de la vista. Puedes sentarte, pero mantén la cabeza agachada.

—¿Quiénes eran? —preguntó ella mientras estiraba los brazos.

—Una patrulla policial. Han dicho que hay bandas de posibles saqueadores merodeando por el camino, así que no correremos el riesgo. El complejo ha sido desalojado. Los huéspedes están en el aeropuerto.

Bueno, al menos allí estarían seguros, y podría retomar su viaje a Nueva Zelanda.

—Me alegro de que estén bien –dijo ella—. Pero dijiste que no había vuelos hasta mañana por la mañana.

—Josef, el director, ha conseguido contactar por radio con un piloto que lleva un vuelo chárter hacia Valanu desde la república –dijo Guy—. Está listo para llevarlos a todos. Tú te sentarás en los pasillos, pero llegarás. El único problema es que quiere marcharse lo antes posible, así que agárrate. Tengo veinte minutos para llegar al aeropuerto.

¿Valanu? Lauren frunció el ceño y recordó cómo había denominado él aquel lugar. Un conjunto de islas.

—¿Pero por qué Valanu? ¿No puede llevarnos a la capital?

—La comunicación con el resto de Sant'Rosa ha sido cortada.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero estoy casi seguro de que no tiene nada que ver con esto –dijo con voz tranquilizadora—. Las comunicaciones aquí son erráticas. Probablemente sea una coincidencia.

—¿Estará segura la mina?

—Contra algo más pequeño que un ejército, sí. Tienen seguridad propia, pero están demasiado alejados para poder ayudamos.

Guy giró el coche en un recodo y tras eso ya no hubo tiempo para charlas. Lauren apretó la mandíbula por quinta vez cuando, por encima del sonido del motor, pudo oír otra cosa, unos estallidos.

Guy dijo algo en voz baja en el idioma que ella no conocía.

—¿Qué era eso? —preguntó ella, temiéndose la respuesta.

—Tiros —dijo él—. Y eso significa serios problemas.

A Lauren se le encogió el estómago.

Guy miró brevemente hacia abajo y dijo:

—Tranquila, te mantendré segura.

Lauren no lo dudaba. Lo que la asustaba era la posibilidad de que él saliese herido. Y eso era extraño porque casi no lo conocía. Muy bien, tenía un efecto importante sobre ella, pero a Lauren ni siquiera le gustaba mucho, aunque había sido amable, a su manera arrogante. Aparte de que era humano, ¿por qué debería preocuparse por su seguridad?

—Aquí estamos –dijo él finalmente. Apagó el motor y miró a su alrededor con la curiosa intensidad de un depredador que sentía a su presa—. Quédate aquí.

Guy salió rápidamente del coche y se acercó a la puerta de Lauren. Ella aprovechó ese momento para colocarse en el asiento, no sin antes notar el resentimiento de sus piernas.

Unas manos fuertes la agarraron por la cintura. Guy la elevó y la bajó del coche antes de decir:

—Has hecho bien. Siento que te veas metida en todo esto.

Cuando Lauren intentó andar, sus piernas se negaron, así que él la elevó y llevó hacia la figura que estaba frente al edificio de la terminal.

Desde allí los disparos parecían inofensivos, casi como fuegos artificiales. Atrapada entre los brazos fuertes de Guy, Lauren deseó fervientemente que nadie estuviera muriendo ahí fuera y que los asaltantes hubieran sido reducidos para cuando Guy abandonara el aeropuerto.

El hombre que los esperaba hizo un gesto y dijo algo con rapidez. Lauren sintió que Guy se ponía tenso antes de lanzar una pregunta.

La respuesta no lo convenció. Contestó con voz seca y luego dejó a Lauren en el suelo, ayudándola con un brazo a sostenerse. El hombre se echó hacia atrás rápidamente para conducirlos a los dos a la zona de recepción.

Era muy pequeña y estaba casi llena con los huéspedes del complejo, muchos de ellos con niños que lloraban y miraban a su alrededor con ojos asustados. Las maletas estaban siendo cargadas en un viejo carro y todos parecían serios y preocupados.

El hombre que los había recibido miró a Lauren y comenzó a hablar en inglés.

—Pasaporte, por favor, señorita.

—Está en el complejo. En la caja fuerte con mi documentación y el resto de mis papeles.

—Lo siento, señorita, pero... —comenzó a decir el hombre con voz sólida.

—Josef, no es tiempo para formalidades –dijo Guy—. Sabes que no puede quedarse aquí.

Un hombre uniformado que Lauren pensó que sería el piloto se acercó.

—¡Guy! –dijo el piloto con una sonrisa—. Debía haber adivinado que estarías aquí. Siempre estás en todos los líos —añadió, y examinó a Lauren.

Guy lo saludó y le explicó lo que pasaba.

El piloto frunció el ceño y dijo:

—Tío, no puedo llevarla a Valanu sin papeles. Sabes que no la dejarían entrar. Están paranoicos desde que el sindicato de la droga trató de infiltrarse.

—La llevarás –dijo Guy secamente—. No hay alternativa.

Josef intervino.

—No puede viajar a Valanu sin papeles.

—Ella abandonará Sant'Rosa aunque yo tenga que secuestrar el avión de Brian.

El piloto miró la cara asustada de Lauren y luego volvió a dirigirse a Guy.

Lauren.

—Sabes lo que harán con ella, Guy. La meterán en prisión con las prostitutas y los adictos, y no saldrá hasta que alguien la reclame o hasta que consiga nuevos papeles. En Valanu eso podría llevar semanas. Todo tiene que pasar antes por las Fiji. Si fueras tú, Guy, no habría problema. Te conocen y te dejarían ir sin pasaporte.

—Miren, está bien, no se preocupen por mí —dijo.

Los tres hombres la miraron con idéntica expresión, y luego se miraron los unos a los otros.

—No seas estúpida —dijo Guy bruscamente. Desnudo de cintura para arriba parecía un guerrero bárbaro—. Josef, eres pastor en tu iglesia, ¿no?

Josef lo miró sorprendido.

—Sí, lo soy.

—Muy bien. Puedes casarnos y yo la reclamaré.

El piloto comenzó a carcajearse.

—Sí, con eso bastaría —dijo—. Pero será mejor que os deis prisa. Salgo en diez minutos. Los disparos suenan cada vez más

cerca.

—Eso es imposible –dijo Lauren—. Ni siquiera sé tu nombre.

—Guy Bagaton –dijo Guy con indiferencia—. Y no tienes elección —añadió, y luego se dirigió al director del aeropuerto—. Muy bien, Josef, vamos a hacerlo de una vez.

Se oyó un sonido de disparos que silenció a todo el mundo. Fue seguido por una explosión que pareció elevar el suelo bajo sus pies. Una mujer dio un grito y un niño comenzó a llorar. El piloto salió corriendo del edificio.

El jefe de seguridad que escoltaba a los pasajeros había dado un brinco como todos los demás, pero pronto se recompuso y dijo:

—Por favor, formen una fila. Las mujeres y los niños primero.

La pequeña multitud se colocó en una fila desordenada y comenzó a seguir al piloto hacia la pista de aterrizaje.

—Josef, vamos –dijo Guy secamente—. No tenemos tiempo que perder.

Tomó a Lauren por el brazo y la llevó junto al director, que ya estaba entrando en la pequeña oficina.

Una vez allí, Josef dijo:

—Soy ministro en mi iglesia aquí, pero quizá este matrimonio no sea legal en cualquier lugar más que en Sant'Rosa. Sin embargo, señorita, significa que usted podrá salir de aquí y no la encarcelarán en Valanu.

—¡No! —exclamó Lauren—. La prisión no puede ser tan mala. Y no creo que se tarde mucho en conseguir otro pasaporte desde Inglaterra. ¿Además, cómo saben que me dejarán entrar a pesar de todo esto?

—Confía en mí –dijo Guy—. Te dejarán. Y confía en mí de nuevo, las prisiones del trópico son más que antihigiénicas, y podrían pasar semanas hasta que consiguieras los papeles, asumiendo que las autoridades de Valanu te dejen contactar con la embajada británica en Fiji —el tono de autoridad en su voz silenció su objeción—. Sólo di que sí en los lugares adecuados, de otro modo te quedarás atrapada en una zona de guerra. Si eso ocurre pondrás en peligro a todo aquel que tenga que cuidar de ti.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

—No te preocupes por mí.

Lauren recordó las horribles imágenes de las pantallas de televisión y lo único en lo que podía pensar era en que él estuviera a salvo.

—No te preocupes —repitió él con un tono cínico en sus palabras—. El matrimonio les dejará claro a los burócratas de

Valanu que no eres una traficante ni nada de eso.

Guy se quitó el anillo de oro que llevaba en el dedo y giró a Lauren para que mirara a Josef.

Medio aturdida, Lauren pasó por la ceremonia, rodeada del ruido de los motores del avión, de los disparos y de dos más de esas fuertes explosiones.

Respondió como una autómata, temblando cuando Guy deslizó el anillo en su dedo y lo mantuvo ahí porque era demasiado grande.

—Puedes besar a la novia —dijo Josef finalmente.

Guy sonrió.

—Si hubiera sabido que hoy iba a casarme, me habría afeitado.

Entonces la besó, pero no fue ni un beso rápido ni uno que denotara lujuria. Su boca tomó la de Lauren con completa maestría, sustituyendo cada miedo por un deseo feroz que se alojó en su corazón.

Y, como ella no sabía si Guy sobreviviría o si volvería a verlo, le devolvió el beso con todas sus ganas.

Demasiado pronto para ella, Guy se apartó y escribió algo en un trozo de papel.

—Mi agente en Valanu –dijo mientras le entregaba el papel a Lauren—. Ponte en contacto con él enseguida y muéstrale los papeles que Josef está preparando ahora mismo. Encontrará un lugar para hospedarte. ¿No tienes dinero?

—No –dijo ella.

Él sacó una cartera de su bolsillo.

—Esto cubrirá tus gastos para esta noche –dijo entregándole unos cuantos billetes—. Y también hay para que te compres otro pareo de ésos en el mercado.

—¡Tu camisa! –dijo ella, y comenzó a quitársela.

—Quédatela –dijo Guy—. Te da un aire de auténtica refugiada.

—¿Y qué llevarás tú?

—Le dejaré una de las mías –dijo Josef.

—Me pondré en contacto contigo tan pronto como pueda —le dijo Guy a Lauren.

—Promesas –dijo ella mientras unas lágrimas inesperadas le nublaban la vista.

Él se rió y le tomó la mano que tenía libre para darle un beso en la palma.

—Siempre cumplo mis promesas.

—Venga, señorita –dijo Josef—. El avión está listo.

—Vete —dijo Guy, y salió a la oscuridad sin mirar atrás.

Una hora más tarde, mientras los motores zumbaban sobre el

oscuro y desierto océano, Lauren giraba el anillo en su dedo y se preguntaba qué estaría ocurriendo en Sant'Rosa.

—Que esté bien —susurró.

Y con la luz de las estrellas disimulada por la luna y el blanco atolón de Valanu en el horizonte, intentó olvidar que, en algún lugar tras ella, un extraño, un hombre al que había conocido ese mismo día, podía estar luchando por su vida.

Y trató de convencerse a sí misma de que no se había enamorado en tres horas.

El ventilador del techo zumbaba, lanzando una débil ráfaga de aire sobre la cabeza de Lauren.

—Así que no puedo abandonar Valanu aún –dijo con dignidad.

El oficial de inmigración negó con la cabeza.

—Me temo que no —dijo—. Es complicado, ya sabe. Vino aquí sin papeles. La dejamos pasar como un favor porque está casada con un hombre que aquí tiene una buena reputación —añadió, y dio un toquecito al archivo que había sobre su escritorio—. Pero nos está llevando más tiempo del esperado conseguir los papeles de Inglaterra, y hasta entonces no puede usted abandonar Valantí porque nuestra única comunicación aérea con el exterior es Sant'Rosa, y dicen que no la dejarán aterrizar allí sin pasaporte.

—Mis padres dijeron que ya habían enviado mi pasaporte por correo hace dos días.

Habían tenido conversaciones similares durante las seis tardes anteriores. Lauren estaba tensa, pero gritar no le serviría de nada. Todo el mundo había sido muy educado y todos estaban decididos a seguir las normas.

Guy estaba en lo cierto. Sin consulado británico todos los asuntos oficiales tenían que pasar por la distante isla que gobernaba Valanu, así que estaba atrapada en aquel hermoso y solitario atolón hasta que llegara cualquier prueba de su identidad o su ciudadanía.

El agente de Guy podría haber acelerado el proceso, pero había viajado a Singapur el día antes de que ella llegara a Valanu y no llegaría hasta varios días después.

Por fortuna el empleado que le había cambiado el dinero de Guy en moneda local en el aeropuerto le había preguntado dónde se hospedaría. Ella había dicho que no tenía sitio y él le había recomendado la casa de su prima, así que media hora después ya había alquilado un bungalow de una habitación situado sobre una plataforma de coral.

Lauren sonrió y se puso en pie.

—Muchas gracias por su ayuda.

—Siento no poder hacer que las cosas vayan más rápido. Al menos espero que esté disfrutando de nuestra pequeña isla. Es posible que, si habla con alguno de los periodistas que están intentando ir a Sant'Rosa, ellos puedan ayudarla a contactar con su familia en Inglaterra.

¡Dios, no! Lauren había estado tratando de evitarlos durante los últimos días. No es que ella fuera interesante para los medios, excepto por el hecho de ser la hermanastra de Marc Corbett, y Marc era importante en el escenario mundial. No quería que nadie comenzase a indagar en el pasado y descubriera la aventura que su madre había tenido con el padre de Marc. Aparte de humillar a su madre, cualquier publicación de ese tipo estresaría a su padre, cuya salud era precaria.

—Estoy disfrutando mi estancia en Valanu, y son todos muy amables —le dijo al oficial—. Sólo estoy preocupada por lo que esté ocurriendo en Sant'Rosa.

—Sí —dijo él—. La guerra es algo terrible, y es una pena ver que los habitantes de Sant'Rosa estén sufriendo de nuevo. Sin embargo, silo que hemos oído es correcto, los invasores ya han sido reducidos más allá de la frontera y su líder ha muerto.

—Eso espero —dijo ella.

Lentamente caminó hacia su bungalow. Una vez que estuvo fresca en su interior se sirvió un vaso de agua de una jarra que había en el frigorífico y se quedó quieta en la pequeña cocina, bebiéndose el agua.

En el dormitorio, una cama bajo una enorme mosquitera dominaba el espacio. Aunque Lauren dormía con sólo una sábana por encima, la colcha era una obra de arte, diseñada con un patrón de flores de hibisco. Junto con una mesa y sillas, el único mueble restante era un armario donde guardaba la camisa de Çiuy, lavada, doblada y esperando su llegada, y un pareo que había comprado a la mañana siguiente de llegar.

Durante el día, los paneles de estera que formaban las paredes se levantaban para que la brisa del océano refrescara el lugar, y por la noche ofrecían privacidad.

Era un lugar sobrio pero limpio y confortable, pensó Lauren mientras apuraba el agua. Lo más importante era que resultaba barato. La llamada que les había hecho a sus padres a Inglaterra le había costado tanto que tenía que mirar cada penique con lupa a la hora de comprar fruta y pescado en el mercado. Pronto se vería obligada a pedirle dinero al agente de Guy, cuando hubiese regresado de Singapur.

Aparte de su viaje diario a la oficina de inmigración, nadaba, preparaba comidas y charlaba con las hijas adolescentes de su casera, tratando de satisfacer su curiosidad sobre la vida fuera de aquella paradisíaca isla. Por desgracia aquella vida tan ociosa le dejaba demasiado tiempo libre para pensar en la posibilidad de que Guy Bagaton hubiera muerto.

Aunque la muerte no hacía distinción entre las personas, era difícil imaginar aquel poder tan vibrante cortado de raíz por una baja.

—Estará bien —dijo en voz alta. Tenía la extraña sensación de que, si hubiera muerto, ella lo sabría—. Ni siquiera lo conoces —añadió, y se fue a la laguna para bafíarse y quitarse el polvo y el sudor del camino de vuelta a casa.

El agua tocó su cuerpo como si fuera seda líquida, calmante y templada, pero un cielo color rojo sangre hacia el oeste indicaba el ocaso, volviendo su piel blanco de un color cobre mientras caminaba de vuelta por la playa. Parecía siniestro, como una mala profecía.

—Madura –dijo Lauren colocando sus sandalias en el suelo—. No eres supersticiosa.

Una vez dentro, se duchó y se quitó la sal del pelo antes de ponerse su pareo nuevo, con flores dibujadas. Gracias a las hijas de la casera ya conocía tres maneras de atarse la prenda. En aquella ocasión lo ató con un simple nudo sobre sus pechos antes de sentarse a un lado de la cama para peinarse. Mientras el peine se deslizaba por cada mechón, una extraña sensación recorrió su piel.

Miró a su alrededor varias veces, pero l espesa vegetación que rodeaba el bungalow estaba libre de ojos cotillas. En cualquier caso, no era la típica sensación de peligro. Era más bien una sensación de expectación, como si algo bueno fuese a pasar.

—Quizá tu nuevo pasaporte llegue mañana —murmuró mientras se miraba la mano. Como realmente no estaba casada, se había colocado el anillo de Guy en el dedo de en medio. Aún seguía quedándole grande, pero al menos no se caía.

Estaba hecho de oro macizo. Era un anillo de sello y el grabado casi había desaparecido. No por primera vez, giró su mano hacia el sol para intentar descifrar lo que era. Era una especie de cresta, ¿un pájaro? ¿Serían eso alas? El contorno era difuso y tuvo que parpadear para aclararse la vista, pero acabó rindiéndose.

Fuera lo que fuera, era evidente que él lo valoraba, así que cuando ella se marchara de Valanu, se lo dejaría a su agente.

Llevada por el cansancio, bajó los paneles de la habitación,

aflojó el nudo de su pareo y se dirigió hacia la plataforma de coral para disfrutar del aire fresco de la noche en sus hombros y en sus brazos. Un bostezo la pilló por sorpresa.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó una voz familiar desde detrás.

Capítulo 4

LAUREN se giró asustada. Una silueta grande y oscura se alzaba contra el color carmesí del cielo. Era Guy Bagaton.

Lauren sintió en su interior una mezcla de alivio y alegría incandescente.

—¿Por qué no estás hospedada en el complejo?

—No tenía suficiente dinero —le dijo Lauren tratando de mantener la voz firme. Aunque estaba de pie a unos tres metros de ella, podía sentir su presencia como una cuchilla contra su piel—. Tu agente está en Singapur. Se supone que vuelve mañana.

—¿Y qué has estado usando como dinero? La cantidad que te di no te habría mantenido una semana.

—Pues lo ha hecho —dijo ella y, cuando sus ojos se ajustaron a la escasa luz, se acercó a él—. ¿Qué ha ocurrido?

Él ignoró el vendaje que tenía en el brazo.

—No es nada. Una bala me rozó. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —dijo ella mientras lo miraba de cerca.

Aún no se había afeitado y sus rasgos autocráticos eran incluso más profundos y había algo en sus ojos que le daba una tremenda vitalidad, como la de alguien que ha pasado por cosas que nadie más podría haber pasado.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó ella.

—Me llevó un tiempo. Finalmente le pedí un favor a alguien que conozco en la oficina de inmigración –dijo él, y miró a su alrededor —. Este no es lugar para ti.

—¿Te ha visto la herida algún médico?

—Sí. Me han cosido y me han dado antibióticos. No es nada —dijo, sacó una bolsa de plástico y se la entregó a Lauren—. Puedes abrirla. Es tu pasaporte.

—¡Mi pasaporte! —rápidamente abrió la bolsa y reconoció el documento. Luego miró a Guy—. ¿Regresaste al complejo?

—Brevemente. Había sido saqueado, pero no habían podido acceder a la caja fuerte.

—¿Cómo... estaba todo el mundo bien?

—No había nadie allí, pero por lo que yo sé, el personal sobrevivió. El pasaporte está intacto.

—Muchas gracias. Ha sido muy amable de tu parte ocuparte de todo.

Aunque lo único en lo que ella podía pensar era que eso

significaba que ya podía abandonar Valanu, justo cuando él había llegado. Una fuerte sensación invadió su cabeza.

Pensó que se trataba de lujuria, pero sabía que se equivocaba. Al principio, sí, había sido atracción animal, pero ya sabía mucho más de Guy Bagaton, y aquella química se había transformado en algo que ni se atrevía a clasificar. La había salvado de lo que podría haber sido su muerte. Ella deseaba poder ayudarlo con la mezcla de emociones que se vislumbraban en su fachada de granito.

Colocó el pasaporte sobre la mesa.

—Vamos a sentamos fuera. Se está más fresco –dijo ella. Era cierto, pero también era menos íntimo—. Parece que necesitas beber algo. Algún huésped anterior dejó un par de cervezas en la nevera. Toma una si quieres.

—Eres una mujer salida de la fantasía de cualquier hombre.

Un chorro de placer recorrió el cuerpo de Lauren. Agarró rápidamente una lata de cerveza y dijo:

—¿Porque te he ofrecido una cerveza? Tienes unas exigencias muy pobres, si crees que eso es lo único que tiene que hacer una mujer.

Él tomó la lata de sus manos, la abrió y se bebió casi la mitad del contenido de un solo trago. Lauren se entretuvo llenando un vaso con zumo de fruta antes de darse la vuelta y ver que él la estaba mirando con los ojos entornados y una intensidad que casi la hizo lanzarse a sus brazos.

—Nada como una lata de cerveza tras unos días peleando en la jungla —dijo él tras un segundo trago.

—Vamos a sentarnos en la terraza —dijo Lauren tras dejar escapar un suspiro inaudible.

Él se sentó en una de las sillas.

—¿Tuviste algún problema para llegar hasta Valanu?

—Al principio no me querían dejar bajar del avión —dijo ella, y dio un trago al zumo—. Los papeles del falso matrimonio y el piloto los persuadieron para que me dejaran. El piloto se quedó el tiempo suficiente para convencerlos de que realmente estaba casada contigo.

—Los maleantes son muy típicos en el Pacífico. Sin la política apropiada, las islas estarían llenas de vividores.

—Fue tu nombre lo que lo consiguió –dijo ella. Quería saber lo que había ocurrido en Sant'Rosa, pero no se atrevía a preguntar—. Y no tienes idea de lo agradecida que estoy por que pensaras en eso. Pasé junto a la prisión el otro día y tú tenías razón, no parecía un lugar en el que me gustaría estar —añadió, y recordó cómo la había

disuadido de ir al pueblo en Sant'Rosa—. Apuesto a que las cucarachas allí son unos especimenes sobresalientes.

—No hay uña del pie que esté a salvo –dijo él, y dio otro trago a la cerveza. La cálida luz de la lámpara enfatizaba las líneas de sus mejillas y sus pestañas.

Reprimiendo el deseo de colocar su cabeza entre sus pechos, Lauren desvió la mirada hacia el cielo, tan negro que era como mirar al corazón de las tinieblas. Las estrellas comenzaban a brillar. Sólo se oía el suave murmullo de las olas.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

El silencio se alargó tanto que Lauren pensó que se había quedado dormido.

Finalmente Guy dijo:

—Se acabó. Queda algo de limpieza por hacer, pero los seguidores del predicador han vuelto a sus aldeas y los invasores han sido asesinados y devueltos al otro lado de la frontera. Las fuerzas de Sant'Rosa están al tanto.

—Debe de haber sido horrible –dijo ella, sabiendo que lo que había dicho él no era exactamente una respuesta.

Él alzó la lata y volvió a beber.

—Pues sí —dijo—. Unas ochenta personas han muerto, la mayoría aldeanos que se cruzaron en el camino. Cosechas destruidas y pueblos incendiados, cuerpos de niños muertos, lo típico de una guerra.

—Lo siento –dijo ella con el corazón contraído.

—¿Por qué? No ha sido culpa tuya.

—¿Buscas a alguien a quien culpar?

La risa de Guy la dejó helada. Se apuró la cerveza y se levantó.

—Probablemente —dijo Guy—. Será mejor que me vaya. No tengo humor para discutir sobre la vida y su injusticia con una mujercita inglesa.

—¿Tienes sitio donde ir? —preguntó ella. Sabía que estaba jugando con algo que podría cambiar su vida para siempre, pero no podía dejar que se fuese a una impersonal habitación de hotel.

—Alquilaré una habitación en el complejo –dijo él.

—¿Y enfrentarte a una maraña de periodistas que no han sido capaces de acercarse a la noticia? —dijo ella—. Aunque, si el conflicto ha acabado, supongo que se habrán ido todos a Sant'Rosa. ¿Cuándo has comido por última vez?

Él no contestó inmediatamente, y Lauren sospechó que su pregunta lo había asustado. A ella también la había asustado.

—Sabe Dios —dijo él encogiéndose de hombros.

—Te prepararé algo —dijo Lauren poniéndose en pie, sin sorprenderse al darse cuenta de que había tomado una decisión, una que no le pegaba en absoluto. Pero su voz permaneció firme cuando añadió—: Y mientras lo hago, ¿por qué no te das una ducha?

Él no se movió. Aunque a Lauren se le habían acostumbrado los ojos a la oscuridad, no podía distinguir ninguna expresión en su cara, pero su silencio era intimidante.

Pero no tan intimidante como su voz. Profunda y grave, casi amenazante.

—No es buena idea, Lauren —la oscuridad no era barrera para él. Cuando ella se estremeció humillada, él le puso una mano bajo la barbilla—. No soy una compañía adecuada. Quizá necesite emborracharme.

Su mano era cálida y tenía los dedos ásperos, como si hubiera estado trabajando duro.

—Entonces lo lamentarías menos mañana si comienzas limpio y con comida en el estómago.

—Realmente eres una fantasía hecha realidad –dijo él con voz aterciopelada.

Le pasó el pulgar por los labios con una suavidad tal que ella casi se derritió, de modo que cuando Guy apartó la mano, Lauren tuvo que agarrarse al respaldo de la silla.

Pero no había nada de suavidad en su mirada. Era caliente y oscura. Reflejaba unas emociones profundas que ella nunca había experimentado.

—Pero no me quedaré a no ser que estés segura.

¿Segura de que quería estar con él? Completamente. ¿Segura de que estaba lista para lo que podría ocurrir? No, pero segura de que, si lo enviaba al hotel, lo lamentaría.

—Estoy segura.

Él asintió y dio un paso atrás, dejándola a ella entrar primero en el bungalow: Lauren encendió la luz y abrió el armario para entregarle la camisa que le había prestado días atrás. Él la tomó de sus manos.

Pero cuando Lauren se quitó el anillo del dedo, los ojos de Guy se oscurecieron. Ella sentía el dedo frío, abandonado, pero su mano no tembló un ápice mientras le ofrecía la joya.

—Gracias.

—¿En eso consiste tu oferta? ¿Gratitud por haberte devuelto el pasaporte? ¿O por sacarte de Sant'Rosa?

Su tono era ligeramente agresivo.

—No –dijo ella.

Guy se colocó el anillo en el dedo y se fue al baño.

Se quedó allí dentro tanto tiempo que Lauren, que preparaba una comida a base de pescado y ensalada, se preguntaba si estaría enfrascado en algún ritual para limpiarse la porquería de la guerra del cuerpo.

Seguro que no le resultaría fácil olvidarse de las horribles imágenes que habría visto.

Ella escuchó el sonido de las olas acariciando la arena y trató de organizar sus emociones. «Mándalo al hotel», le decía su sentido común. «Ahora, antes de que sea demasiado tarde».

Pero ya era demasiado tarde. Él le había lanzado un desafío y ella lo había aceptado. Bajo ese autocontrol de Guy, ella sentía un deseo primitivo que le recordaba a la reacción tradicional de un guerrero.

Pero no le daba miedo. Su instinto le decía que no le haría daño. Y ella lo deseaba con una desesperación que le nublaba la mente, transformando lo impensable en inevitable.

Podía echarle la culpa al calor y al peligro del trópico, pero el trópico no había producido aquella intensidad que recorría sus venas.

Se mordió el labio y continuó con los preparativos de la cena. Deseaba a Guy, pero lo más importante era que aquella noche sospechaba que él la necesitaba a ella.

Cuando él emergió del baño, con la camisa limpia puesta y sus vaqueros, ella estaba sentada en la terraza con la segunda lata de cerveza y un plato con fruta troceada. No lo oyó llegar y colocarse tras ella, pero su instinto le hizo desviar la mirada de las salamandras que trepaban por la lámpara intentando cazar a las polillas.

El corazón le dio un vuelco. Guy se había afeitado y estaba guapísimo con aquella luz. Sus rasgos le recordaban a los de una persona mitad mediterránea y mitad nórdica.

—Esa comida tiene buena pinta —dijo él.

No se lanzó sobre el plato como un hombre hambriento, pero para cuando terminó de contarle la situación en Sant'Rosa, casi había vaciado el plato.

—Así que la república estaba detrás del asunto —dijo ella—. ¿Es probable que vuelvan a intentarlo?

—No creo. Han perdido muchos hombres.

—Y, si todavía no saben que no pueden ignorar la opinión del mundo, lo sabrán una vez que la prensa llegue allí.

—Me sorprende que un conflicto local, por muy sangriento que sea, pueda atraer la atención de corresponsales extranjeros –dijo él —. Será que no hay cosas interesantes ocurriendo en el resto del mundo.

—Acaba de terminar en Australia un encuentro entre líderes de estado –dijo ella, y miró hacia arriba al oír un avión sobre su cabeza.

—Entonces es eso —dijo Guy sardónicamente—. Y Sant'Rosa es un lugar interesante en el que detenerse de camino a casa. Y en cuanto a abrirle los ojos al mundo sobre lo que ocurre aquí, seguro que pasa a segundo término en cuanto salte la próxima noticia.

—Me gustaría estar segura de que el personal del hotel en Sant'Rosa ha sobrevivido. ¿Y cómo se mantuvo el pueblo de las montañas? Seguro que estaba en medio de todo.

—No. Por lo que yo sé, no han acabado peor que cualquier otro pueblo. No vas a regresar –dijo Guy.

—Pero…

—No hay peros que valgan —continuó él—. No podrás acercarte a ningún lugar cerca de la costa sur. Aún es una zona sensible. Los mirones no sirven de nada en una posguerra, a no ser que puedan ayudar a las víctimas.

—¿Tú vas a regresar? —preguntó ella, y contuvo el aliento hasta que contestó.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Cómo puedes ayudar tú?

—Tengo contactos –dijo él alzando su ceja izquierda y sonriendo —. Sé a quién recurrir para el tipo de ayuda que se necesita, y yo puedo actuar como intermediario.

Una extraña premonición recorrió el cuerpo de Lauren, pero la ignoró y se puso en pie.

—La cena está lista. Iré a buscarla.

Durante la cena, Lauren se propuso hacer que Guy olvidase el horror vivido en los días anteriores. Le puso al día de los últimos titulares, que había leído en el periódico, comentó un par de escándalos financieros y luego habló sobre la posible crisis matrimonial de un cantante.

Él sabía lo que ella estaba haciendo, pero le siguió el rollo y, para el final de la cena, se reía de manera que la tensión en su cara era menos visible.

—¿Café? —preguntó ella—. Es instantáneo, me temo.

—Está bien —dijo él, bostezó y se frotó la nuca. Aquel simple movimiento le hizo a Lauren sentir una súbita anticipación—. Pero,

antes de que lo prepares, iré a por el otro paquete que tengo para ti.

—¿Qué?

—Ya verás —dijo él fríamente.

Le llevó unos veinte minutos, los veinte minutos más largos en la vida de Lauren. Cuando regresó, ella estaba sentada en la terraza, esperándolo.

—Aquí tienes —dijo él mientras colocaba un paquete sobre la mesa.

—Oh —era otra bolsa de plástico—. ¿Qué es?

—Ropa.

Su ropa de Sant'Rosa.

—Gracias —dijo Lauren—. Pensé que la habían robado toda.

—Es nueva –dijo Guy, y añadió— Debería irme.

Lauren se levantó y se dirigió hacia la pequeña cocina. De espaldas a él, llenó el hervidor eléctrico y luego preparó en una bandeja dos tazas con azúcar y leche. Cuando hubo terminado de preparar el café y regresado con la bandeja preguntó fríamente:

—¿Por qué?

Guy observó cómo colocaba la bandeja sobre la mesa. Caminaba como él había soñado durante sus noches en la jungla. Esperó a que se sentara y agarrara la cafetera antes de decir con voz prosaica:

—Porque, si me quedo, será en tu cama. Y dudo que ninguno de los dos fuera a dormir mucho.

Guy se arrepintió de aquellas palabras al instante. Su pragmatismo estaba haciendo todo lo posible por convencerlo de que acostarse con aquella mujer a la que había forzado a casarse seria una estupidez.

Por una vez el pragmatismo podía irse al infierno.

A Lauren le temblaba tanto la mano que tuvo que dejar la cafetera de nuevo. Mantenía la cabeza inclinada hacia debajo de modo que lo único que él podía ver era la curva de sus mejillas. Tras un momento, ella sirvió el café, luego se levantó y apagó las luces.

En la penumbra, iluminados sólo por las estrellas, Lauren dijo:

—No te habría pedido que te quedaras si no quisiera.

Maldita sea, Guy podía sentir la necesidad, peligrosa como una droga. Desear a Luren era una pérdida de control que lo excitaba y lo enfurecía al mismo tiempo.

Y por primera vez en su vida estaba obteniendo una proposición de una mujer que no tenía ni idea de quién era. Allí en Valanu sólo lo conocían como Guy Bagaton. Combinada con su apetito sexual, la oferta de Lauren era casi irresistible.

—Ni recompensa ni gratitud –dijo ella.

¿Era un rastro de nerviosismo lo que asomaba tras su fachada? Ella se detuvo un paso más allá y Guy se negó a alcanzarla, aunque tuvo que hacer un gran esfuerzo. Pensó que lanzarse a lo bestia sobre ella no era manera de comportarse con una mujer.

—¿Y qué es? —preguntó.

Los segundos que siguieron a su pregunta no fueron tiempo suficiente para poder imponer control sobre sus instintos primitivos. Se moría de deseo, un deseo que amenazaba su fuerza de voluntad, y él no había ido allí para eso.

Ella se agachó y dijo:

—Esto.

Entonces lo besó.

Lauren sabía a misterio y placer, a sexo y a verdad, a atrevimiento, intensidad y gracia. Una exultante necesidad recorrió el cuerpo de Guy.

—Bien –dijo él—. Porque eso es lo que yo también quería.

Cuando Lauren comenzó a enderezarse, él se levantó a la vez, en silencio.

—Así —díjo él.

La apretó contra él y la besó con fuerza. Lauren se dio cuenta de que era un signo de dominación masculina y disfrutó de ello, demandando de él lo mismo que él demandaba de ella.

La besó como si fuera la única mujer que jamás hubiera deseado, como si ambos compartieran algo más que aquella pasión temporal.

Ella abrió la boca y disfrutó de la oleada de pasión que se produjo en su interior y de la ferocidad del cuerpo de Guy contra el suyo.

—La primera vez que te vi —dijo él—. Te deseé.

—Mmm —murmuró Lauren—. Tú parecías un pirata. Un pirata muy sexy.

Los párpados gruesos de Guy casi le cubrían los ojos, pero ella veía el brillo de alegría en sus profundidades.

—¿Te gustan los piratas?

—La barba le queda bien a alguna gente –dijo ella recorriendo su mandíbula.

Guy se rió de nuevo, con una risa triunfadora y profunda, y la besó donde su cuello se unía a sus hombros y luego los pechos sobre el pareo. El placer se extendía por el cuerpo de Lauren como una inundación. Mientras él le deshacía el nudo del pareo, Lauren supo que nada en su vida anterior la había preparado para algo tan temerario como hacer el amor con Guy.

Cuando el pareo cayó al suelo, él se quedó de piedra. Lauren lo miró a la cara y su corazón dio un vuelco. No sabía que un hombre pudiera tener ese aspecto. Medio conquistador y medio suplicante mientras admiraba las curvas de su cuerpo.

Luego alzó la cabeza, pero ya no había súplica en su expresión, era todo conquistador. Lauren casi se quedó sin aliento cuando él colocó la mano sobre uno de sus pechos, con sus dedos bronceados recorriendo su piel con una seguridad sumamente erótica. Comenzó a mover el pulgar arriba y abajo sobre su pezón hasta que ella gimió de placer.

Lauren no podía hablar, no podía decirle que la estaba matando de excitación. Incluso se quedó sin aliento cuando Guy inclinó la cabeza para besarle el pezón con el que su pulgar había jugueteado. Aquella sensación desencadenó un infierno dentro de ella. Cuando Guy se metió el pezón en la boca, a Lauren comenzaron a temblarle las rodillas.

Él la agarró antes de que se cayera, la tomó en sus brazos y la llevó hacia la cama. Cuando sus pies tocaron el suelo, Guy retiró la colcha y la tumbó boca arriba.

—¿Estás segura? —preguntó, con la mirada acariciando su cuerpo, expuesto totalmente a él excepto por una pequeña pieza de algodón que cubría sus partes íntimas.

No tenían mucho tiempo, pensó Lauren desesperadamente. Pronto se marcharía a Nueva Zelanda.

¿Y Guy? Volvería a Sant'Rosa, y no tenía ningún derecho a pedirle que se mantuviese alejado de allí.

—Completamente segura –dijo ella.

—Yo también –dijo él mientras se quitaba la camisa.

A Lauren se le aceleró más el pulso cuando sus ojos pudieron deleitarse con la belleza de su cuerpo. Pero cuando él se quedó desnudo frente a ella, se quedó sin aliento. Se dio cuenta, con algo de pánico, de que Guy era grande en todos los sentidos, y hacía mucho que ella no hacía eso.

—Relájate –dijo él suavemente, y recorrió con el dedo la distancia que había desde el pecho de Lauren hasta la cálida zona entre sus muslos—. No te haré daño.

El camino de aquel dedo ardía como una antorcha y su seguridad regresó de inmediato. Ella sentía que era un amante sumamente experimentado.

—Lo sé.

Solemnemente observó el juego de músculos bajo su piel bronceada mientras desataba la mosquitera para rodear la cama

como un velo blanco entre ellos y el resto del mundo.

Luego se colocó junto a ella, oscuridad ante su luz, sol ante su luna, fuerza ante su elegancia.

Capítulo 5

LAUREN había esperado que la persuadiera sofisticadamente. Quizá Guy había planeado eso, pero cuando ella deslizó sus dedos por su columna vertebral, sobre su piel caliente, él murmuró una palabra que Lauren no pudo comprender. Y la acompañó con otro beso apasionado.

Una feroz intensidad arrancó lo poco que le quedaba a Lauren de autocontrol. Cuando arqueó su cuerpo, con sus caderas amoldándose a las de él, Guy se metió uno de sus pezones en la boca y lo chupó con fuerza.

Gimiendo, Lauren colocó las manos tras la cabeza de Guy, manteniéndolo cerca de su pecho mientras él continuaba. Llegó un momento en que ella pensó que iba a morir de placer.

—Ahora —murmuró—. Ahora, por el amor de Dios... Guy, por favor.

Él la besó de nuevo y, un segundo después, ya la había penetrado, con el cuerpo tan rígido que Lauren pensó que no sería capaz de controlarse a sí mismo por más tiempo.

Pero Guy tomó aliento y ella volvió a repetir su nombre y a arquearse.

Con un sonido feroz, él se hundió más en ella y Lauren se unió al poderoso ritmo de sus caderas hasta casi perder el sentido ante la maestría de Guy.

Era como hundirse en el éxtasis y por un momento ella trató de resistirlo, preguntándose adónde la llevaría aquello.

—Relájate —dijo él—. Déjate llevar, Lauren. No te haré daño. No puedo hacerte daño.

Sí, sí que podía, pensó ella echando la cabeza hacia atrás, sobre la almohada, pero era demasiado tarde. No podía resistirse más. Nunca antes se había sentido tan mujer, tan ella misma, como en aquel momento.

De todas formas no podía hablar. El placer que la había estado amenazando desde que lo vio por primera vez estalló en una atmósfera de excitación. Abrió los ojos y lo miró a la cara. Parecía un corsario.

Lauren abandonó cualquier inhibición que pudiera quedarle y se rindió a la pasión, restregándose contra él y tensando sus músculos.

Pudo ver el momento en que el control de Guy se evaporó y se hizo pedazos, registrado en su aristocrática cara, y luego el torrente

de éxtasis que recorrió todo su cuerpo.

Ese torrente la llevó a un lugar en el que sólo podía ver el brillo de los ojos de Guy y lo único que sentía era una inefable excitación que duró demasiado, pero no lo suficiente.

Y luego, cuando Guy la siguió a ese lugar secreto y alucinante, un gemido ronco salió de su garganta.

Cuando el deseo físico descendió, Lauren le pasó los brazos alrededor del cuello y lo besó. Su convicción de que la necesitaba la había llevado a un intenso éxtasis, pero había decidido romper una barrera invisible que la conducía a otro mundo donde unas cadenas invisibles la ataban a él.

¿Cómo podría olvidarlo?

Con sus bocas aún unidas, Guy se giró sobre su espalda y la llevó con él para colocarla encima.

Cuando los dos pudieron respirar de nuevo, al igual que hablar, él preguntó:

—¿Cuándo te vas de Valanu?

—Cuando me llegue el dinero para un billete de avión.

—Yo vuelvo a Sant'Rosa dentro de tres días. ¿Querrías pasar esos días conmigo?

Lauren alzó la cabeza y lo miró a los ojos. Vio las pupilas dilatadas y la fractura en su corazón se hizo más grande mientras se apartaba de él. Aunque el calor que quedaba de la pasión aún removía sus entrañas, se dio cuenta de que una vez que hubiera abandonado Valanu, nunca volvería a ver a Güy. Al menos no hacía promesas.

—¿Aquí?

—Un poco más lejos.

—¿En una isla desierta? —preguntó ella.

—Desierta —dijo él con una sonrisa—. Pero no es exactamente una isla.

Aunque dudó por un momento, Lauren sabía perfectamente cuál sería su respuesta.

—De acuerdo. Pero tendré que llamar a mis padres para contarles lo que ocurre.

—¿Todo? —preguntó él tras besarla en el cuello.

—No todo —admitió ella, y bostezó.

—Puedes decírselo cuando lleguemos allí.

—¿Tienes un teléfono en tu no-isla desierta?

—Sí. Ahora duérmete. Nos marcharemos mañana al amanecer.

Pero la despertó una vez más, y poco antes del amanecer ella lo despertó a él, y ambas veces hicieron el amor.

Mientras cruzaban la laguna en una barca, Lauren se giró para mirar a Guy. Había algo en su postura, en su expresión mientras fruncía el ceño de cara al sol, que le hizo sentir un escalofrío.

—¿Dónde aprendiste a llevar una salida como si fuera un ejercicio militar?

La canoa esquivó una ola, pero algo de agua cayó en la proa.

—Hice el servicio militar durante dos años. Es una tradición en mi familia. Mira, ¿ves esos pájaros?

«En otras palabras», pensó ella, «no vayas por ahí, Lauren».

Aquella mañana se había despertado en sus brazos y, durante unos segundos, se había permitido el lujo de sentirse como en casa, hasta que el sentido común la golpeó recordándole que Guy, de algún modo, pertenecía a Sant'Rosa, y ella era una ejecutiva que trabajaba en la organización de su hermanastro. Aparte de la pasión que había entre ellos, no conectaban, algo que Guy comprendía a la perfección y que ella tendría que aceptar.

Aunque la casa a la que la llevó estaba rodeada de palmeras y frente a una playa de arena blanca, no tenía nada de primitivo.

—¿Este maravilloso lugar es tuyo? —preguntó ella tras haber llamado a sus padres.

—No. Es del complejo —dijo Guy—. El dueño quería construir una docena o así alrededor de la laguna, pero sus planes se fueron al traste. ¿Te gusta?

Ella miró a su alrededor, a aquella habitación abierta decorada con el azul de la laguna, el verde de las palmeras y el blanco de la arena de la playa y sonrió. Era evidente que un bucanero no tendría casa.

—Es preciosa –dijo ella.

Durante los días siguientes, Lauren aprendió lo perdida que podía llegar a estar en el deseo. Aquella nueva capacidad para la excitación la entusiasmaba y la asustaba a la vez. Pero como aquéllos eran los únicos días en los que podría disfrutar de Guy, decidió entregarse a sus fantasías eróticas, a los brazos y al cuerpo de un hombre que se había propuesto satisfacer unos apetitos que ella ni siquiera sabía que existían.

Ya tendría tiempo suficiente de pensar en lo que había hecho una vez que estuviera de nuevo inmersa en la rutina del trabajo.

Él era el amante perfecto, inteligente, intrigante, y sabía cocinar. La hacía reír y hablaba sobre cualquier tema que ella quisiese discutir, aunque por mutuo consentimiento ninguno hablaba de sus vidas ordinarias.

Y él parecía saber por instinto cuándo quería ella ternura, o

cuándo quería caminar por el lado salvaje, o cuándo quería dormir. Lauren perdió pronto toda inhibición sobre nadar desnuda o regresar a la casa para ducharse con él en un cuarto de baño enorme.

Los días y las noches se le escapaban entre los dedos como las perlas de un collar, hasta que finalmente llegó la mañana en la que debían regresar. Justo antes de que se marcharan, Lauren habló con sus padres de nuevo.

Guy la dejó sola y se fue a ver que todo estuviera listo, regresando en el momento justo para oír a Lauren decir:

—He pensado en ir directamente a casa en vez de ir a Nueva Zelanda.

Guy había escuchado su voz en diferentes tonos, pero nunca con ese tono tan afectado que usaba con sus padres.

« ¿Y?», pensó él.

Ella escuchó un momento y luego dijo:

—Bien, ¿estáis seguros?

Un largo silencio vino después y luego su boca dibujó una sonrisa que nunca había empleado con él. Sintió rabia. Pero no quería sentirse así. Habían hecho el amor tantas veces que había perdido la cuenta. Con Lauren era insaciable, y la respuesta de ella parecía igualmente inagotable, pero ella había tenido cuidado de hacer cualquier referencia al futuro.

Quizá era un caso extraño, una mujer que trataba a sus amantes con afecto y luego los dejaba ir sin ninguna atadura emocional.

Hasta ese momento él había colocado la sombra de Marc Corbett en el lado más recóndito de su mente, pero en ese momento sintió unos celos de gran intensidad. Guy siempre se había considerado un hombre sofisticado que no esperaba nada más de sus amantes que lo que él estaba preparado para ofrecerles: afecto, respeto y buen sexo.

Sin embargo la idea de Lauren dejando su cama para ir a la de otro hombre traía consigo un sentimiento de posesión que lo ponía furioso.

—Bien, de acuerdo —dijo ella al teléfono—. Me marcho hoy, pero tengo unas horas de escala en Fiji, así que llegaré a Nueva Zelanda tarde. Pasaré la noche en Auckland y volaré a la bahía mañana por la mañana —escuchó de nuevo y volvió a reírse—. Qué pesado. Que sí. Llamaré en cuanto llegue a casa de Marc. Adiós.

Colgó el teléfono.

Una rabia feroz y primitiva consumía a Guy. A pesar de que solía comportarse de manera fría ante las provocaciones, aquélla

pareció acabar con todas sus reservas de autocontrol.

—¿Todo bajo control? —fue todo lo que pudo decir. Aun así su voz sonó gutural y agresiva.

Ella lo miró extrañada. Obviamente no lo había oído llegar.

—Sí, gracias. Me preguntaba si debía ir a casa para asegurarle que su querida hija está sana y salva, pero mi padre no quiere.

—Un padre comprensivo.

Así que se iba a la casa de Marc Corbett. Podría no significar nada más que los dos habían terminado como amigos aunque la relación hubiese acabado. Él mismo se sentía orgulloso de mantener como amigas a sus antiguas amantes. Le habría ofrecido una casa de vacaciones a cualquiera de ellas.

Pero también podría significar que el tiempo que habían pasado juntos no era más que un exótico interludio.

Guy trató de preguntarse por qué su lógica habitual lo había abandonado en aquella ocasión. ¿Y qué? No tenían ningún compromiso. Puede que Lauren fuese la fantasía de cualquier hombre, pero su idilio había acabado. Podía ir donde quisiera, acostarse con quien quisiera. Y él también.

—Mi padre es un encanto —dijo ella, y se unió a él en la terraza —. Guy, ha sido fantástico. Muchas gracias.

—Pareces una niña pequeña al final de una fiesta —dijo él, exasperado por el tono de su voz.

Ella se puso seria. Sin moverse lo miró a los ojos.

—Quizá porque así es como me siento. Ha sido una fiesta fantástica pero, como todo lo bueno, se ha acabado.

Ocultando su rabia con un control disciplinado, Guy relajó las manos.

—Será mejor que me des una dirección para poder contactar contigo si lo necesito.

Al principio pensó que ella se iba a negar, pero asintió y buscó en su bolso un pequeño cuaderno. Escribió la dirección y le entregó el papel.

—Estaré ahí durante tres semanas —le dijo.

Guy quería romper el papel en pedazos. «Madura», se dijo a sí mismo. «Hacer el amor con una mujer durante unos días no te da derecho a nada».

—Bien, será mejor que nos vayamos –dijo él, y agarró las bolsas.

Regresaron a Valanu poco antes de que el avión de Lauren despegara. Mientras la barca atravesaba la laguna, Lauren miraba a su alrededor, fingiendo que nada había cambiado, que Guy no estaba gobernando la embarcación con esa expresión de autoridad

que la dejaba sin palabras.

Un coche los esperaba en el muelle. Guy debía de haberlo organizado. La llevó hacia el vehículo y, cuando el conductor metió su bolsa en el maletero, ella se dio la vuelta y tendió la mano para despedirse.

—Adiós. Gracias por todo.

Igualmente formal, con sus ojos dorados oscuros e indescifrables, Guy se inclinó sobre su mano. Pero no hubo nada de formal en el modo en que le levantó la mano para llevársela a la boca. Su beso ardió sobre su piel como un carbón, acelerando su corazón y tensándole los músculos.

—Ha sido un completo y absoluto placer —dijo él con voz sedosa.

Ella se puso colorada y apartó la mirada. En la distancia vio la figura de un hombre.

—Lo mismo digo —dijo Lauren.

Él abrió la puerta y ella se metió en el coche. Se alejó y Lauren no miró hacia atrás. Ni siquiera advirtió al hombre que se quedó mirando al coche cuando pasó y que luego se enderezó para examinar a Guy.

Durante el vuelo de vuelta a Sant'Rosa y luego a Fiji, Lauren tuvo que luchar contra una horrible sensación de vacío, y no quiso comer ni beber nada excepto agua y zumo de fruta. Una vez dentro del gran avión hacia Nueva Zelanda, observó en la distancia la joya que era la isla principal de Fiji, y se obligó a sí misma a comer una cosa que a ella le supo a plástico y aserrín.

Poco después vio al sol ocultarse en el horizonte y culpó a sus ojos por sentirse pesados y secos, pues pensaba que, si se relajaba, se rellenarían de lágrimas.

«Para ya», se dijo a sí misma. «Sabías desde el principio que una vez que te marcharas no ibas a volver a ver a Guy en tu vida. Lo sabías y lo aceptaste. No puedes romper el trato ahora».

No estaba enamorada de Guy Bagaton.

Pero a medio camino hacia Nueva Zelanda finalmente aceptó algo que se había estado negando a reconocer. Había hecho exactamente lo mismo que su madre, sin considerar nada que no fueran sus propios deseos. Se había embarcado en una aventura salvaje y desafiante con un hombre al que no conocía.

Al menos no estaba casada, como le había ocurrido a su madre. Y no habría embarazo. Una tristeza vacía la pilló por sorpresa.

Pero Isabel Porter había sabido más de su amante de lo que Lauren sabía del suyo. El padre que Lauren compartía con Marc

Corbett había sido un hombre de negocios, amante de las mujeres bellas y un marido infiel famoso por sus aventuras extramaritales. Aunque su madre había sabido en su momento que estaba casado, y ella también lo estaba, había sido incapaz de resistirse a su poderoso magnetismo.

«Como yo», pensó Lauren apretando las manos sobre su regazo. «Se nota que soy hija de mi madre. Y de mi padre».

Bueno, de su padre genético. Su verdadero padre era Hugo Porter, que había descubierto que la hija que creía suya era el producto de un adulterio de su mujer cuando Lauren tenía veintipocos años. Como tenía el corazón débil, la noticia casi acabó con su vida, pero había perdonado a Isabel y le había asegurado a Lauren un amor que nunca le había faltado.

Lauren apretó la boca y trató de sacar eso de su cabeza. Guy podía ser un cultivador de algo, arroz, o copra o lo que fuera que se cultivara en las islas tropicales. Podría ser vigilante para alguna de las compañías de selvicultura que compraban los bosques.

Medio pirata, medio guerrero, vivía en una isla en mitad del océano Pacífico. Aparte de compartir una atracción sexual alucinante, no tenían nada en común. Ella vivía y trabajaba en Londres. Le encantaba su trabajo y su ciudad favorita era París.

Recordó que tendría que pagarle el dinero que le había prestado, pero eso no requeriría contacto personal. No tenía su dirección, pero pronto la encontraría. Todo el mundo podía ser encontrado a través de Internet. E, incluso si no podía encontrarlo, cualquier carta dirigida a él en Sant'Rosa lo encontraría. Todos allí parecían conocerlo.

Y él tenía su dirección.

Durante el resto del viaje a Nueva Zelanda estuvo mirando sin ver, mientras recordaba imágenes de ella en brazos de Guy.

Una vez que llegara a casa de Marc en Nueva Zelanda, estaría bien. Se recuperaría de aquel inconveniente y volvería a ser ella misma.

Lauren acarició la cabeza de la perra.

—No, Nancy —dijo--. No quiero ir a dar un paseo por la playa, no quiero que vayamos Cabbage Tree Bay, no quiero subir a la colina, ni quiero lanzarte la pelota.

«Sólo quiero», se dijo para sí, «tumbarme al sol y llorar por un hombre al que nunca volveré a ver».

Sin dejar de mover el rabo, Nancy le dio un lametón en los dedos y se tumbó al sol. Lauren entornó los ojos mientras miraba hacia la bahía. Aunque aquello también era el Océano Pacífico, era

mucho más frío que los mares tropicales que rodeaban Valanu o Sant'- Rosa.

—Pero igual de bonito —dijo.

Lauren sabía que, desde ese momento, compararía cada isla en la que estuviese con Valanu, donde Guy le había enseñado el maravilloso placer del sexo.

Durante unos minutos se quedó quieta, recordando, como había estado haciendo los dos últimos días. Dos días y cuatro horas exactamente. Al menos no contaba los minutos.

Nancy se sentó, con las orejas levantadas y posición de alerta, y miró hacia el cielo.

—¿Qué pasa, chica? —pero para entonces ella también lo había oído. Un helicóptero que se acercaba con rapidez.

¿Su hermanastro, Marc? Ni Paige y él aún estaban de segunda luna de miel en las Seychelles, habiendo dejado a las gemelas con la adorable madre de Marc en París.

Un instinto secreto hizo que Lauren contuviese el aliento. Diciéndose a sí misma que no fuese idiota, se apresuró dentro a cambiarse los pantalones cortos y la camiseta por unos pantalones de lino y una camisa de seda.

—Por si acaso —murmuró. Claro que no sería Guy.

Y si, por alguna casualidad, era Guy, lo mandaría a paseo. Incluso aunque él quisiera, ella no podía pasar el resto de su vida en una isla tropical.

—Serás idiota —se dijo a sí misma mientras se ponía una capa de cosméticos en la cara—. ¿En qué momentos empezaste a pensar en el resto de tu vida? Desde luego él no pensaba en una permanencia.

Se peinó mientras se preguntaba qué diablos había ocurrido con su cerebro racional.

—Estás dejándote llevar por la tentación. Tú dejaste claro que estabas libre y no pusiste objeción cuando él te llevó a un lugar apartado durante días de sexo caliente y pasión salvaje.

De acuerdo, la gente hacía cosas así todo el tiempo, pero ella había sido completamente irresponsable. Debería haber volado a Nueva Zelanda en el momento en que recuperó el pasaporte.

Incluso entonces, ya era demasiado tarde. Aquel falso matrimonio realizado tras los disparos era el tipo de historia de interés humano que a un periodista le encantaría. Para evitarle a su madre la humillación y a su padre el estrés que empeoraría su salud, Marc y ella nunca habían querido llamar la atención sobre su relación.

Mientras se ponía unos pendientes de oro, el helicóptero se posó cerca de la casa.

Era afortunada, porque parecía que su irresponsabilidad no había suscitado el escándalo que esperaba. Seguro que, si algún periodista se hubiera enterado de los días que había pasado con Guy, la historia ya habría salido en los periódicos.

El ama de llaves dio un golpe en la puerta.

—Es un tal señor Bagaton, Lauren —dijo la mujer—. Insiste en que quiere verte.

A Lauren se le contrajo el estómago y habló intentando no tartamudear.

—Gracias, señora Oliver. Lo conozco.

Él estaba esperando en una sala, completamente relajado con pantalones informales que se ajustaban a sus musculosas piernas. Las mangas remangadas de su camisa revelaban sus brazos fuertes y bronceados. Se había afeitado.

Aunque no había nada de informal en el modo en que la miró atravesar la sala, con los ojos entornados por el interés.

Aquél era un hombre muy distinto al hombre de Sant'Rosa, al hombre de acción, al amante. Era más duro, con un aura de control a su alrededor, y había algo en su oscura mirada que la ponía nerviosa.

Aunque su cuerpo había reaccionado nada más verlo. Aquella ansia que la consumía asomaba por cada poro de su piel hasta encontrarse a sí misma ardiendo de deseo.

Nunca había pensado encontrar a alguien que se pareciese a su hermanastro, Marc; sin embargo en ese momento otro hombre estaba en su casa, vestido con la misma autoridad y derrochando el mismo tipo de dominio.

—Buenos días, Guy. Es un placer inesperado.

Su compostura a la hora de saludar hizo que él sonriera. Antes de que ella se diera cuenta de lo que intentaba hacer, Guy recorrió la distancia que los separaba en tres pasos y le dio un beso en su boca asustada, antes de retroceder y decir:

—Me alegro de que sea también un placer para mí.

—Por supuesto –dijo ella, ocultando su incertidumbre—. ¿Qué te trae por aquí?

—Pareces pálida. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

«Bien» era una palabra muy inadecuada. Estaba aterrorizada por lo viva que se sentía en ese momento, como si hubiera vuelto a nacer gracias a su presencia.

—Siéntate –dijo él con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—No traigo buenas noticias.

—Cuéntame.

Pero hasta que Guy no la volvió a observar de arriba abajo como para asegurarse de que teía lo que hay que tener para soportar la noticia, no dijo de golpe:

—El matrimonio que contrajimos en Sant'Rosa puede que sea legal.

Capítulo 6

—¿Es legal? —preguntó Lauren con la cara encendida.

—De acuerdo con mi abogado, podríamos estar pisando terreno peligroso si asumimos que no es vinculante —dijo él sin mostrar ninguna expresividad.

—Pero si no había licencia, ni identificación, nada más que la hoja que... que...

—Josef —dijo Guy.

—Que Josef tenía consigo —dijo ella—. No puede ser legal.

—En Sant'Rosa parece que la ceremonia y la hoja de Josef son suficientes.

Lauren caminó hacia la ventana y miró el precioso jardín. La perra, Nancy, caminó sobre el césped y se tumbó en la terraza, al sol, bostezando perezosamente, preparada para otra de sus interminables siestas.

Lauren sintió pánico en el estómago. ¿Casada con Guy Bagaton?

—No –dijo ella de pronto—. No lo aceptaré.

—Aceptarlo o no, no cambiará nada –dijo Guy con una franqueza brutal—. Y no es seguro. Mis abogados están trabajando en ello. Pensé que deberías saberlo para estar preparada.

—Gracias –dijo ella, y se obligó a pensar con claridad.

Incluso si el matrimonio era válido, sólo sería un incordio. Le llevaría tiempo y dinero que ella no se podía permitir, eso era todo. Eso tenía que ser todo. No podía dejar que los recuerdos de los días que habían pasado juntos la afectaran. A él claramente no lo afectaban.

—¿Cuándo lo sabrás? —preguntó tras tomar aliento.

—Las cosas aún están revueltas en Sant'Rosa, pero mi abogado está seguro de que tendrá la respuesta en dos semanas. Yo te lo haré saber inmediatamente.

—Gracias –dijo ella de nuevo.

Guy observó su cara.

—Sin embargo, si esto se sabe, puede que los periodistas intenten ponerse en contacto contigo para preguntarte por tu escapada a Sant'Rosa.

A Lauren le dio un vuelco el estómago. Antes de poder evitarlo dijo:

—¡Oh, Dios, no! Lo último que quiero es que los medios anden indagando en mi vida.

Él alzó las cejas y la miró como un depredador observando a su presa.

—¿Por alguna razón en particular?

—Es sólo una antipatía innata a salir en los titulares.

—Que es por lo que te he avisado. No contestes al teléfono, dile al ama de llaves que diga que no estás aquí.

—Pero seguro que el interés público por una pequeña guerra en una diminuta isla no es muy grande. He visto que casi no ponía nada en el periódico. Estoy segura de que les encantaría descubrir la identidad del misterioso hombre inglés que luchó para los habitantes de Sant'- Rosa, aunque eso ahora serán noticias sin interés.

—Por desgracia unos imbéciles trataron de abatir un avión que salía del aeropuerto —dijo Guy—. Ha vuelto a despertar el interés.

—No puedo imaginar que Josef le vaya a decir a nadie lo que ocurrió.

—No es probable —convino él con decisión—, pero había más personas en la terminal aquella noche.

—Seguro que no vieron nada —dijo ella, con un millón de pensamientos en su cabeza—. Y los periodistas serán corresponsales de guerra. Seguro que no están interesados.

—Un reportero siempre es un reportero. La curiosidad es su razón de ser —dijo él, y al ver que ella no decía nada, prosiguió—. No es exactamente una sentencia de muerte el que aparezcas en un titular o dos.

La elección de sus palabras la asustó, pero se obligó a sí misma a no actuar exageradamente. Incluso aunque alguien averiguara lo de su matrimonio, no significaba que fueran a indagar más en su vida. Incluso silo hacían...

—Si te preocupa que alguien descubra que pasamos unos días juntos en Valanu...

—No –dijo ella con rapidez—. Bueno, no creo que a nadie le interese eso. Claro que, de ese modo, tú serías más héroe de lo que ya eres —finalizó ella señalando un periódico que había sobre la mesa.

—Eso no significa nada —dijo él encogiéndose de hombros.

—Lo sé –dijo ella rígidamente—. Es sólo que valoro mi intimidad.

—Como todos —dijo él mientras observaba la elegante sala—. Esta casa es completamente diferente a Valanu. ¿No vas a enseñarme la playa?

—Sí, por supuesto.

Los dos salieron al sol y Nancy se unió a ellos. Guy se agachó para acariciar a la perra con una habilidad que demostraba que estaba familiarizado con los perros.

Nancy, por supuesto, lo adoraba y se retorcía mientras él le acariciaba justo el lugar adecuado detrás de las orejas. Bueno, la perra era hembra, pensó Lauren. Guy se incorporó de nuevo y miró a su alrededor con cara inexpresiva.

—Si estamos casados, si la ceremonia fuera real, ¿qué podemos hacer?

—La anulación basada en la no consumación está fuera de lugar –dijo él—. Así que supongo que habrá que divorciarse.

Una punzada de amargura recorrió el cuerpo de Lauren. Tomó aliento tratando de recuperar el control y se dirigió a la playa. Se quitó las sandalias y las dejó sobre el césped junto a unos árboles.

—Seguro que es inválido en cualquier lugar que no sea Sant'Rosa.

Arrepentida por el tono de plegaria de su voz, cerró la boca ante la inminencia de más palabras. Al ver que Guy no contestaba se dio la vuelta para mirarlo.

—Un matrimonio contraído legalmente en un país normalmente es legal en cualquier otro, a no ser que sea polígamo. Incluso los matrimonios entre cónyuges menores de edad pueden ser válidos.

Lauren trató de relajar los músculos mientras caminaba junto a él sobre la arena, cálida bajo sus pies. Una gaviota dio un chillido frente a ellos, pero parecía más una carcajada.

—Gracias por avisarme –dijo ella lentamente.

Nancy se coló entre ellos, ofreciendo confort para una emoción que ella nunca había comprendido, una que Lauren ni siquiera reconocía.

La cara de Guy era una hermosa máscara que ocultaba sus pensamientos.

—Si alguien contacta contigo, simplemente niégate a hacer comentarios. Por supuesto, no tienes que preocuparte porque yo exija derechos maritales.

—No me preocupo –dijo ella con las mejillas rojas—. ¿Por qué Josef no nos dijo que podía ser legal?

—Si recuerdas, nos advirtió que podía ser válido sólo en Sant'Rosa. ¿Qué otra cosa podía hacer? Es un buen burócrata. Incluso aunque el mundo se derrumbe a su alrededor, no te enviaría a otro país sin papeles.

Lauren se mordió el labio inferior por un segundo. Enfrentado al horror de la guerra, Josef había hecho lo posible por salvarla a ella

de un destino similar.

—Si querías hacerme sentir como una porquería, lo has conseguido. ¿Cómo está él?

—Todo lo bien que puede estar un hombre que ha perdido a su hijo mayor.

—Lo siento —dijo ella con los ojos llenos de lágrimas mientras sacaba un pañuelo para enjugárselas—. Contra eso no tengo mucho de lo que quejarme.

—No mucho —dijo él con un tono tan seco que podría haber vaciado un lago o dos—. No es un desastre, Lauren. Es un inconveniente, más bien, y con la posibilidad de que se haga cierta publicidad sobre el tema si sale a la luz, pero nada más, nada por lo que aterrorizarse.

—Claro. Pero yo no me considero a mí misma casada contigo.

—Eso es completamente mutuo. Nuestro idilio en Valanu fue rápido, pero los actos a posteriori son más sabios que a priori –dijo él. Se giró y observó la casa, un lugar blanco repleto de años de amor y cariño—. Si resulta que la ceremonia es real, contactaré contigo para recurrir a cualquier corte que sea capaz de disolver el matrimonio.

—Gracias –dijo ella automáticamente.

—Tienes un jefe muy indulgente. ¿Permite que todos sus ejecutivos se vayan de vacaciones a su casa de la playa?

¿Cómo sabía él que Marc era su jefe?

Entonces Lauren se dio cuenta de lo que él estaba insinuando.

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

—Supongo que ese miedo que tienes a salir en los medios es porque tu amante pueda enterarse de tu desliz en Valanu –dijo él.

—¿Qué?

—No me mientas. Sé que eres su querida, desde antes incluso de que se casara con su adorable neozelandesa.

Una de las primeras cosas que Marc le había enseñado era que, si perdía los nervios, estaba en completa desventaja. Con aquel consejo en mente, Lauren se había mantenido serena en reuniones poco amistosas, rechazando favores sexuales y tratando con los vendedores de alfombras de los mercadillos del Medio Oriente.

Pero aquel dolor fue tan fuerte que perdió el control.

—Mi vida no es asunto tuyo –dijo con suma frialdad.

Guy alzó las cejas para indicar que no se lo creía.

—En el momento en que me invitaste a tu cama y a tus brazos comenzó a ser asunto mío.

—Eso fue una... una aberración –dijo ella sintiendo una mezcla

de horror y escándalo.

—Una aberración muy placentera para mí –dijo él riéndose.

—No soy la querida de Marc Corbett –dijo Lauren.

—Estoy de acuerdo en que «querida» es un término un poco antiguo. ¿Prefieres «amante»?

—Tampoco —exclamó ella, y trató de recuperar la compostura antes de continuar—. Antes de decidir lo que hacer, consultaré con mi abogado. Puede que encuentre algo que el tuyo no ha sido capaz de encontrar.

Guy se detuvo y la miró con los ojos entornados.

—Métete esto en la cabeza. Tú no decides. Estamos los dos en esto.

—No quería decir que fuese a tomar una decisión unilateral –dijo ella con la boca seca.

Tras una pausa Guy dijo:

—Háblame de tu relación con Marc Corbett.

—No sé si puedo confiar en ti.

—Yo no puedo forzar tu confianza –dijo él sintiendo furia en su interior.

Ella miró hacia arriba con los ojos brillantes e inteligentes y, tras una pausa, dijo llanamente:

—Me salvó la vida.

—¿Cómo? —preguntó él sorprendido. Desde luego no era eso lo que había esperado escuchar.

—Justo después de graduarme en la universidad —dijo ella, y tragó saliva—. Desarrollé leucemia.

—Continúa —dijo él habiéndose quedado helado.

—Necesitaba un trasplante de médula, pero no podían encontrar un donante que fuera apropiado. Finalmente descubrimos que Marc era el donante perfecto. Si no hubiese sido así, yo habría muerto.

—Ya veo —dijo Guy. Era increíble que aquella hermosa mujer, tan vital, hubiera estado amenazada por la muerte.

Lauren se detuvo para recoger una caracola. Manteniendo la mirada en su superficie brillante y en sus intrincadas espirales, dijo:

—Después de eso lo idolatré un poco.

—Lo comprendo –dijo él tratando de ocultar su crispación. Pero en su cerebro se sucedían las preguntas.

¿Cómo habían descubierto los médicos que Marc Corbett era un donante apropiado? El sentido común le decía que probablemente habría aparecido en la lista del registro mundial, pero ¿por qué? Además se suponía que los donantes eran anónimos.

Lauren lo miró con unos ojos tan traslúcidos que parecía

imposible que pudiese ocultar un solo pensamiento.

—Me dijo que cuando mejorara me daría un trabajo, si yo quería y si valía para ello. Por supuesto a mí me encantó la idea y cuando estuve curada del todo me incorporé. Tuve que pasar por el mismo proceso que todos los demás, pero lo conseguí, y desde entonces hemos tenido una especie de… cercanía. Trato de no molestarlo, pero es un encanto, y su mujer, Paige, también.

La boca de Guy se tomó en una sonrisa irónica. A él le gustaba Marc Corbett y lo respetaba, pero «encanto» no era una palabra que habría usado para describirlo.

Una vez más ella alzó sus ojos límpidos hacia él. Su voz sonaba a verdad, lo miraba directamente a la cara, pero el instinto de Guy le decía que le estaba mintiendo. O, al menos, revelándole sólo parte de la verdad.

Con frialdad y cinismo decidió que, si su historia era la tapadera de un romance, tenía la ventaja de ser original. Incluso si era cierta, aun así podía ser la amante de Marc Corbett.

En cuanto a su evidente afecto hacia Paige Corbett, no sería la primera, ni la última mujer que tenía una relación con el marido de una amiga.

Lauren se preguntaba, incómoda, qué se le estaría pasando a Guy por la cabeza. ¿La creía? ¿Aquello habría sido suficiente para satisfacer su curiosidad?

Deseó poder confiarle toda la verdad. Si sólo hubiese sido ella, lo habría hecho, pero al fin y al cabo no era su secreto.

—Es una vieja historia, y no una que quiera recordar. Hay gente que dice que si le salvas la vida alguien, eres responsable de esa persona durante el resto de tu vida. Odiaría que la gente creyera que Marc me dio el trabajo por eso.

—Lo comprendo –dijo Guy con una sonrisa. Sacó la cartera de su bolsillo, escribió algo en una hoja y se la entregó a Lauren.

—Por si me necesitas –dijo.

Sus dedos se tocaron y el corazón de Lauren se aceleró.

—Y para recordarte cómo ha sido lo nuestro —añadió, y la tomó en sus brazos. Cada terminación nerviosa de Lauren ardía de deseo —. No, no lo has olvidado.

Entonces la besó y ella pudo sentir su aliento cálido sobre su piel.

Las defensas de Lauren cayeron hechas pedazos. Aquello era todo lo que había estado esperando, aquella sensación de plenitud.

Los labios de Guy tomaron los suyos en un beso que acabó con cualquier noción de tiempo y espacio. Ella se derritió en sus brazos

sin poder evitarlo y le dio todo lo que él pedía, respondiendo con ferviente pasión.

Pero, aunque Lauren sólo quería dejar que aquello llegase a su inevitable conclusión, finalmente se esforzó por liberarse de aquella ansia que la consumía para negar con la cabeza y decir:

—¡No!

Un brillo posesivo apareció en los ojos de Guy.

—Pero si estabas diciendo que sí hace sólo un momento.

—No —repitió ella, porque sabía que nunca estaría segura, porque sabía que el único modo de detener su caída en picado hacia la infatuación era detenerse ahí.

Pero era muy duro de decir, con toda la fuerza de Guy intentando seducirla, con su sexy y evocador aroma que le nublaba el cerebro, y su sabor en sus labios, en su boca.

—¿Por qué?

—Porque no quiero esto —mintió. Aquella mentira le dolió, pero le dolió más saber que era una mentira—. Te encuentro muy atractivo, pero la idea de estar casada contigo es ridícula. Y la verdad es que no quiero un romance contigo.

Lauren vio perfectamente cómo él registraba sus palabras. Sonrió, la soltó y se separó de ella.

—¿De verdad? —dijo educadamente—. Se me ocurren muchas palabras para describir nuestro matrimonio, pero «ridículo» no es una de ellas. En cuanto a lo del romance, creía que ya lo habíamos tenido.

—Pasamos unos días juntos —dijo ella sintiendo una angustia horrible. Aun así tenía que sacarlo de su vida—. Lo siento, pero no se supone que una aventura tropical deba durar más allá del trópico. Siempre te estaré agradecida por salvarme la vida, porque supongo que es lo que hiciste.

—No digas más –dijo él con una inflexión tan fría en la voz que ella se quedó paralizada—. Si estás diciéndome que te acostaste conmigo por gratitud, tendré que mostrarte que te equivocas. Hicimos el amor porque nos deseábamos el uno al otro.

—Claro que sí, lo hacíamos. Sabes muy bien que era mutuo. Pero se acabó.

Durante un momento él la observó y finalmente dijo:

—Entonces no hay nada más que decir —dijo, se dio la vuelta y añadió—: Adiós, Lauren.

Temblando con una mezcla de dolor y pérdida, Lauren vio cómo se alejaba hacia los árboles tras los cuales estaba el helicóptero. El destino y la guerra los habían unido hasta que pudieran librarse de

ese matrimonio.

Fuera lo que fuera lo que sintiese por Guy Bagaton no podía ser amor. Eso implicaba más cosas aparte de gratitud y sexo fantástico.

Sólo una perdedora amaría a un hombre que pensaba que ella era la querida de otro hombre, y ella no era una perdedora. Ni siquiera lo conocía.

No realmente.

El sonido del las hélices del helicóptero hizo que ella saliera corriendo a refugiarse bajo las ramas colgantes de uno de los árboles que rodeaban la playa. Mientras escuchaba el sonido de la máquina que se llevaba a Guy de su lado, pensaba en los aspectos en que lo conocía.

Quizá cuando la gente se hubiera olvidado de la guerra de Sant'Rosa sería más seguro volverlo a ver. Sin el peso de aquellas circunstancias podrían verse quizá como gente normal.

No. Lo había mandado a paseo.

Y Lo volvería a hacer. Cuando le había preguntado a su madre porqué, entre todas las personas del mundo, la médula de Marc era compatible, la confesión del adulterio de Isabel ya había sido suficientemente devastadora, pero lo que la había horrorizado había sido la respuesta de su madre al preguntarle si su padre lo sabía.

—Lo sabe. No hables con él de eso. El estrés podría matarlo —había dicho su madre.

Lauren no sabía cómo sus padres habían superado aquella crisis, pero su amor los había mantenido unidos en aquel momento.

Cuando el sonido del helicóptero desapareció en la distancia, Lauren volvió a la casa y llamó a Londres.

—¿Cómo está papá?

—Está bien —dijo su madre—. ¿Tú cómo estás, cariño?

—Bien también. Pero acabo de recibir una visita desasosegante del hombre que me sacó de Sant'Rosa —le contó a su madre todo lo que Guy le había dicho y acabó diciendo— Creo que iré a casa tan pronto como pueda.

—No –dijo Isabel con firmeza—. Necesitas esas vacaciones, Lauren. Tu salud no es para tomársela a la ligera.

—Me siento perfectamente normal de nuevo –dijo Lauren. Bueno, aparte de tener que preocuparse por los periodistas, el matrimonio y obsesionarse por Guy—. Pero si algún reportero se entera de este matrimonio, probablemente irán a buscarte.

Tras un silencio durante el cual su madre asumió aquellas palabras, Isabel respondió con más firmeza aún.

—Entonces los ignoraremos.

—Puede que empiecen a indagar.

La dubitación de su madre al otro lado de la línea reveló que ya había pensado en eso.

—No encontrarán nada –dijo Isabel finalmente— Si ese falso matrimonio sale a la luz, será cosa de tres días. Ah, cariño, tu padre acaba de entrar.

Lauren esperó y sonrió cuando escuchó la voz de su padre al teléfono.

—Quédate ahí –dijo él—. Por cierto, ¿cómo es ese hombre que te sacó de Sant'Rosa?

—Formidable y vigoroso –dijo Lauren.

—¿Me gustaría?

—Sí, creo que sí. Te gusta Marc, ¿no?

—Mucho –dijo su padre—. Ten en cuenta que Marc te salvó la vida, pero puede que ese hombre lo haya hecho de nuevo. Cuando este lío termine, me gustaría estrecharle la mano. Quédate ahí y termina tus vacaciones, Lauren. Quiero ver color en tus mejillas cuando regreses.

—Sí, papá —dijo ella con una obediencia burlesca. Luego se despidió de su padre.

Él resistía en su posición como un soldado, luchando contra las adversidades de la vida. Lauren se despidió de su madre y luego llamó a la persona que se ocupaba de todos los preparativos de su viaje. Por mucho que dijeran sus padres, si el matrimonio con Guy acababa saliendo en los medios, quería estar en casa, no atrapada al otro lado del mundo.

Con el ceño fruncido mientras miraba el horizonte de Singapur desde la ventana de su hotel, Guy maldijo en voz baja.

El hombre al otro lado del teléfono dijo secamente:

—Cuando estabas en la escuela solía envidiar tu capacidad para maldecir en cinco idiomas. Ahora yo puedo hacerlo en veinte. Pero sigo sin poder llamar la atención como tú.

—Malditos tabloides.

—Tienen su lugar en el mundo.

—Se alimentan de basura. ¿Tienes idea de cuándo va a salir?

—Mañana —dijo su amigo—. Tienen mucho de donde sacar. Las dramáticas circunstancias de un matrimonio que podría ser real además de la insinuación de que ella podría ser la amante de Corbett. Naturalmente quieren sacarle el mayor partido.

—Naturalmente —repitió Guy, conteniendo la necesidad de matar a alguien—. ¿Cómo has averiguado todo esto?

—Tengo amigos en las altas esferas –dijo su amigo, el

corresponsal de guerra—. O en las bajas.

—Muy bien, Sean, muchas gracias. Te la debo.

—No te preocupes, yo te debo más. Después de todo, una vez salvaste mi miserable vida.

—Olvídalo –dijo Guy brevemente, y luego colgó.

Se quedó un rato en pie mirando a la nada y finalmente alcanzó de nuevo el teléfono. Con el cambio horario serían las ocho de la tarde en Nueva Zelanda.

Mientras marcaba recordó el modo en que el sol brillaba a través de las ventanas de la casa de Marc Corbett, reflejando su luz en el pelo de Lauren, y en su cara, haciendo que su piel pareciese blanca como la leche.

Piel como el satén contra su mano.

Como la señora Oliver no estaba en casa, Lauren descolgó el teléfono.

—¿Sí? –dijo ella.

—¿Puede alguien escuchar lo que estamos diciendo?

—¡No! —Marc se había asegurado de que el sistema de comunicaciones fuese incapaz de ser pinchado—. ¿Qué ocurre?

—Sé de buena tinta que la noticia sobre nuestro matrimonio está a punto de saltar a primera plana –dijo él, y esperó una respuesta—. ¿Estás ahí?

—Sí —dijo ella temblorosa—. Gracias por decírmelo. Llamaré a mis padres ahora mismo y se lo diré.

—¿Saben lo del matrimonio?

—Sí.

—Muy sensato por tu parte decírselo –dijo él calmadamente—. ¿Cuándo vuelves a casa?

—Me marcho mañana.

Él le preguntó los datos del vuelo y la hora de llegada.

—Sugiero que cambies la reserva para abandonar el avión en Roma.

—Eso es ser demasiado paranoico –dijo ella bruscamente—. Estaré bien. Nadie estará esperándome. La compañía aérea no le dirá a nadie cuándo llego, y mis padres son las únicas personas que lo saben. No creo que vayan a confiar en ningún periodista simpático.

—Está bien –dijo él—. Que tengas un buen vuelo.

Y colgó.

Lauren colgó el auricular tratando de controlar unas lágrimas totalmente innecesarias. Se sentía como un animal oculto, con los lobos dando vueltas a su alrededor.

Capítulo 7

PERO, aunque Lauren había estado preparándose durante el viaje para lo que pudiera ocurrir, el grupo de fotógrafos y reporteros que la recibieron en Heathrow la sorprendió y la asustó. Todo explotaba en su cara mientras todos decían su nombre y le sacaban fotografías.

—¡Mira aquí, Lauren!

—Hola, Lauren, ¿puedes hablarnos acerca del matrimonio con...?

—Lauren, Lauren, aquí.

Lauren cerró la boca y trató de pasar a través de la multitud, hasta que vio la salvación en forma de dos hombres del personal de seguridad.

—Por aquí, por favor, señorita Porter —dijo el más grande de los dos mientras el otro le llevaba el carro con el equipaje.

Lauren tuvo que resistir el impulso de salir corriendo y se dejó escoltar de las hordas de gente. Se detuvieron frente a una puerta y uno de ellos la abrió para ella.

Alucinada, Lauren pasó por la puerta.

Y se detuvo cuando la puerta se cerró tras ella y vio a Guy Bagaton de pie junto a ella. Le dio un vuelco el corazón y consiguió decir con voz temblorosa:

—Oh, hola. Me temo que ha estallado la noticia.

—Esta mañana –dijo él. Sonaba tan harto como parecía, pero su tamaño y aquel indescriptible aire de competencia y autoridad daban una sensación de tranquilidad.

Ella se frotó las manos. Aquella sala impersonal le recordaba a aquella otra sala donde ella y aquel hombre habían intercambiado los votos que en ese momento los unían mediante una falsa relación.

—Ya veo –dijo ella—. Esperaba cierto interés, pero nada tan exagerado. ¿Cómo sabían que yo llegaba hoy?

—Siempre hay alguien que se va de la lengua –dijo Guy, y entornó los ojos para mirarla fijamente—. Pareces cansada. ¿No has dormido nada en el vuelo?

—No mucho –dijo ella. La cabeza le iba a estallar, la excitación y la sorpresa le producían una mezcla de sensaciones: intenso alivio, porque confiaba en que él lo solucionara todo, y una carga sensual y feroz alimentada por la ausencia—. El avión iba lleno de

estudiantes de viaje de intercambio a Europa. Estuvieron una hora de aquí para allá.

—Ya veo. Venga, vámonos —la tomó por el brazo aún con el ceño fruncido y la condujo hacia la zona de embarque.

Aunque debido al cansancio Lauren estuvo a punto de dejarse llevar, finalmente reaccionó.

—¿Qué ocurre? ¿Adónde vamos?

—A Dacia.

Lauren se preguntó dónde estaba Dacia antes de recordar un pequeño principado en el Mar Mediterráneo.

—¿Por qué?

—Tus padres ya están allí —dijo él con la fuerza justa para que ella se moviera.

¿Qué diablos estaba ocurriendo? La mente le iba a mil por hora y lo único que pudo decir fue:

—Mi padre no puede viajar en avión.

—Puede si lleva una enfermera con él —dijo Guy mientras la escoltaba—. Está bien. Acabo de hablar con tu madre. Siento que hayas tenido que enfrentarte a la multitud.

Reuniendo el poco sentido común que le quedaba, Lauren se quedó parada en seco.

—Espera. No estoy segura de que esto sea una buena idea. ¿Qué ocurre? ¿Por qué a Dacia, por el amor de Dios?

—Porque es un lugar tranquilo y pacífico y tú querías estar alejada de todo —dijo Guy—. Unos días allí y todo acabará. No hay nada tan aburrido como las noticias de la semana anterior.

—Pero yo...

—Tus padres coincidieron en que esto sería una buena idea.

—Pero no comprendo...

—Es todo lo que puedo hacer para protegerte de este tipo de cotilleos que podrían destruir tu vida.

—¿Qué? ¿En esta época? Tienes una visión muy ingenua de la sociedad moderna si piensas que un matrimonio de conveniencia va a conseguir interesar mucho a los lectores.

—La ingenua eres tú. Para empezar, puede que tengas que decirle adiós a tu carrera.

El dolor que Lauren sentía en su corazón se convirtió en una roca tan grande que casi no podía respirar.

—No seas ridículo.

—No seas idiota –dijo él con los ojos fríos—. A no ser que tengas las suficientes pruebas para chantajearlo, Corbett no seguirá contigo cuando sepa que hemos sido amantes. Y con los periodistas

alrededor de Sant'Rosa y Valanu, no creo que tarde mucho en enterarse.

—No creo que importe –dijo ella. Le dolía pensar que él seguía creyéndose aquel viejo cotilleo.

Y aquello era peligroso, porque a ella no debería importarle lo que él pensara de ella.

—No me parece el tipo de hombre al que le gusta compartir a sus mujeres, y dudo que ceda ante el chantaje.

—No –dijo ella—. No lo haría.

Estaban enfrentándose como si fueran enemigos, con los ojos desafiantes. Él la despreciaba.

—Te darán mala fama. Nadie te tomará en serio. Puede que recibas ofertas para la televisión o contratos como modelo, pero tu carrera se acabó. Afróntalo. Si te quedas una semana en Dacia, todo se calmará y podrás regresar.

Aceptando su silencio como una respuesta, Guy la llevó hacia el avión. Poco después, Lauren estaba convencida de que el jet lag había acabado con su fuerza de voluntad. Esa sería la razón por la que se había dejado convencer tan fácilmente.

Una vez dentro se dio cuenta de que el avión era privado y que ellos eran los únicos pasajeros.

—Tendrás una vista excelente desde la ventana –dijo Guy, echándose a un lado para dejar que se sentara en un confortable asiento de cuero.

Cuando él se inclinó, ella tuvo una ardiente sensación de necesidad. Tragó saliva para acabar con su garganta seca y cerró los ojos al fijarse en su mandíbula perfecta y en su boca sensual.

Pero cuando él le abrochó el cinturón de seguridad, Lauren no pudo evitar apreciar la sutil esencia que sólo él desprendía. Los recuerdos aparecieron en su cabeza. Recuerdos de las noches calurosas del trópico cuando el perfume erótico y evocador de las flores y el sonido del mar habían sido un marco perfecto para su pasión. Y recuerdos de Guy, llevándola al cielo, con sus habilidosas manos y su conocimiento del cuerpo de la mujer.

Él se enderezó.

—Voy a la cabina. Tú trata de dormir.

Lauren vio cómo se alejaba, con su enorme cuerpo moviéndose con fluidez y seguridad en sí mismo.

Lo que ella y Guy habían compartido no era nada más y nada menos que sexo trascendental. Ni ahí ni en Nueva Zelanda ninguno de los dos había pensado en amor.

Cuando la puerta se cerró tras él, ella desvió la mirada a la

ventana. Sin darle importancia al hecho de poner un avión en el aire. Él no podía ser el piloto.

¿Pero por qué no? Él conocía al hombre que había evacuado a los huéspedes del complejo en Sant'Rosa. ¿Acaso cuando no estaba combatiendo en guerras se dedicaba a llevar vuelos chárter?

Un movimiento de detrás llamó su atención hacia un auxiliar de vuelo, que sonrió y le ofreció algo de beber.

—Agua, por favor —dijo ella.

Una vez que le trajo el agua y le hubo explicado las medidas de seguridad, el avión se dirigió a la pista de despegue. Ella se hundió en el asiento y dejó que el agua resbalase por su garganta hasta terminarse todo el vaso.

Cuando estuvieron en el aire, el auxiliar de vuelo volvió a aparecer, ofreciéndole más comida y bebida.

—Sólo un té, gracias —le dijo ella agradecida.

Había viajado a veces en aviones privados porque Marc y su familia los usaban para ir tranquilamente desde París, donde vivían, hasta Nueva Zelanda, donde veraneaban.

Pero ése en concreto tenía un toque personal que significaba que alguien se había preocupado por su decoración. Tenía una elegancia serena que invitaba a la relajación. Decidió que le gustaba quien fuera que hubiese elegido el color y la alfombra.

Su mirada se posó en el panel que había entre la cabina y la cocina. Frunció el ceño al ver una imagen que le resultó familiar. Un leopardo con sus garras en el aire. Algo vibraba en su memoria. Cerró los ojos e intentó recordar lo que era.

¡El anillo! Abrió los ojos de golpe. El anillo de Guy, el que le había colocado en el dedo durante la boda. Entornó los ojos y miró la imagen fijamente.

Era la misma, sin duda.

Recordó la nota de orgullo que había apreciado en la voz de Guy al hablar de Dacia. ¿Acaso aquel avión pertenecía a las líneas aéreas de Dacia?

—¿Desea algo para leer? —le preguntó el auxiliar tras traerle el té.

—Sí, gracias.

Le llevó un par de revistas de moda muy caras.

Justo lo que necesitaba, algo ligero y agradable. Con una fuerte determinación se fijó en las modelos que llevaban lo que parecían ser trajes de diseño antes de volver la página para leer el horóscopo, que anunciaba que acababa de conocer al único hombre que siempre amaría.

Lauren cerró la revista de golpe y miró por la ventana.

¿Acaso Guy sería de Dacia? En parte, quizá. Tenía una corpulencia demasiado impresionante como para ser enteramente mediterráneo, pero los genes de esa Lona explicarían su piel morena y su hermosa boca.

Retomó la revista rápidamente. Nada de lo que había en sus páginas podía hacerle olvidar las noches y los días en Valanu, el brillo del sol sobre la piel húmeda de Guy, y el tono de su voz cuando decía su nombre.

Soñaba con él todas las noches.

Se sobresaltó cuando la puerta de la cabina se abrió y apareció Guy. Así que era parte de la tripulación.

Cuando se detuvo a hablar con el auxiliar, Lauren lo observó. Parecía diferente, menos salvaje, más sofisticadamente europeo. Y no era sólo la desaparición de la barba. Siempre había sido muy consciente de su aire de autoridad, pero en las islas no había notado aquel aire urbano.

En ese momento aceptó algo que había estado tratando de evitar desde que lo conoció. En algún momento durante su estancia en Valanu, había traspasado la fina línea entre la atracción y el amor.

Aquella certeza la golpeó profundamente, enviando una oleada de adrenalina a través de su cuerpo. Durante unos preciados segundos se permitió a sí misma saborear la exquisita emoción de amar a Guy. Luego se obligó a encerrar ese amor en su corazón y tirar la llave.

Porque Guy no la amaba. Todo lo que había hecho había sido porque era protector y caballeroso. La había rescatado dos veces de situaciones indeseables. Le había prestado dinero y le había comprado ropa, y se había asegurado de que no se quedase embarazada. Había hecho el amor con ella con absoluta ternura y con un deseo feroz, pero eso sólo significaba que durante aquellos días la había deseado, a pesar de pensar que era la amante de Marc.

Pero la lujuria elegía sin discriminación y desaparecía con rapidez el padre que ella compartía con Marc también había deseado a su madre, durante una semana, a pesar de haber estado casado.

No podía permitirse amar a Guy.

Él dijo algo que trajo una sonrisa a la cara del auxiliar, y luego se giró. Justo a tiempo, Lauren centró la atención en la revista que tenía en el regazo. Luego miró hacia arriba ligeramente, porque ignorarlo habría sido igual de sospechoso que mirarlo embobada.

Se sentó junto a ella con una sonrisa que a Lauren le recordó a

Sant'Rosa.

—Vosotros los ingleses y vuestro té.

—¿Es que la gente de Dacia no bebe té?

Su sonrisa desapareció.

—No mucho. Mayoritariamente bebemos café.

—Hablas un inglés excelente —fue todo lo que a ella se le ocurrió decir.

—Pasé algunos años en un colegio en Inglaterra, y tengo suerte de ser un buen lingüista.

Ella asintió, recordando su maestría con el idioma de Sant'Rosa.

—Gracias por sacar a mis padres de toda esa locura. No tenía ni idea de que un grupo de periodistas pudiera ser tan… intimidatorio.

—Tus padres son lo suficientemente sensatos para saber cuándo la retirada es la mejor opción. Y según creo, tú todavía tienes vacaciones.

—Dos semanas más.

—Tus padres dijeron que habías estado enferma.

Ella se encogió de hombros.

—Un brote de neumonía. No fue serio y ya estoy curada.

—Aún estás pálida.

—Siempre estoy pálida, y ahora mismo estoy bajo los efectos del jet lag —admitió ella con una sonrisa—. Estaré bien tras una noche de sueño —y para convencerlo finalizó diciendo— Nunca he estado en Dacia, pero creo que es precioso.

—Tanto como Sant'Rosa o Nueva Zelanda —dijo él con ironía—. Pero de manera muy diferente.

Ella se relajó un poco mientras él le hablaba de su sangriento pasado y de la conquista final por parte de un pirata cuatrocientos años atrás.

—Llegó al puerto e impuso una ley despiadada y autocrática, pero sorprendentemente mejoró con el tiempo.

—Suena familiar —murmuró ella.

Él le dirigió una mirada enigmática y su corazón se aceleró.

—¿Me estás llamando despiadado y autocrático? —preguntó Guy con ojos encendidos. Ella se carcajeó.

—¡Qué intuitivo eres! Claro que sí. No dudas en pasar sobre cualquiera que se ponga en tu camino.

—Admite que siempre trato de convencer con dulzura antes de sacar la artillería pesada.

—No lo admitiré —contestó ella—. Pocas horas después de haberte conocido me encontré casada contigo y yo ahí no veo ninguna dulzura.

Y pocos días después ya estaba en su cama, prisionera de la irresponsabilidad y de la pasión.

Pero no podía lamentarlo, aunque las consecuencias parecía que iban a traer problemas.

—Y ahora me secuestras para llevarme a Dacia.

—Algunas situaciones necesitan de una acción rápida —observó él.

—Sí —dijo ella muy quieta—. No recuerdo si te di las gracias por sacarme de Sant'Rosa. Te estoy muy agradecida. Sé lo que podría haber ocurrido si me hubiera quedado allí.

—Yo habría cuidado de ti.

Asustada, se quedó mirándolo a la cara, tan implacable que un escalofrío recorrió su columna. Lo había conocido como un hombre de acción, un vividor, como un amante, pero su primera impresión había sido la de un pirata.

En ese momento sospechaba que la personalidad del pirata revelaba su verdadera naturaleza.

«Dios», pensó ella. « ¿Pero qué te pasa? Deberías haberte quedado en Londres».

—Yo habría sido un incordio –dijo ella—. Y como tú bien dijiste, te habría puesto en mayor peligro del que ya estabas.

—Ya se ha acabado. No te preocupes por ello –dijo él, se puso en pie y la miró—. Bébete el té y luego trata de dormir. Te veré cuando hayamos aterrizado.

Con la garganta seca por la emoción contenida, Lauren lo vio marcharse, recordando los momentos que había pasado tumbada en su cama en Valanu.

Trató de no pensar en ello y se dio cuenta mientras se bebía el té de que la porcelana también tenía la imagen del leopardo.

Si hubiera tenido algo de sentido común, le habría preguntado a Guy por el dueño del avión. Por desgracia su mente parecía no funcionar cuando él estaba cerca.

Se bebió el té y se comió uno de los deliciosos sándwiches. Luego se recostó en el asiento e intentó dormir. No lo consiguió. No podía dejar de pensar en él así que, para darle un descanso a su cabeza, agarró la revista y se puso a leerla fervientemente.

Tras un rato se dio cuenta de que había estado mirando la misma página. Trató de concentrarse. «Vaya», pensó al ver varios hombres guapísimos en la revista.

Uno de ellos era Guy. Incapaz de creer lo que estaba viendo, meneó la cabeza y volvió a mirar la fotografía. Sí, era Guy.

¿Era modelo?

Alucinada, comenzó a leer el texto que había bajo la foto.

Y el más guapo de todos. Si te gusta la realeza ruda, magnífica y difícil de pillar, es el príncipe Guy de Dacia, billonario…

Lauren parpadeó de nuevo, el corazón le dio un vuelco. ¿Realeza? ¿Príncipe Guy?

…y a sus treinta y dos años aún no está casado y rompe corazones por todo el mundo. Nos preguntamos si seguirá los pasos de sus primos, el príncipe Luka, gobernante de Dacia, y la princesa Lucia, la señora de Hunt Radcliffe. Ambos se enamoraron de neozelandeses.

Lauren se quedó alucinada. Conocía ese nombre. Príncipe, hombre de negocios, amante de las mujeres hermosas, y esquivo con la prensa. Había oído hablar de él, había visto fotos. ¿Por qué no lo había reconocido cuando lo había visto en Sant'Rosa?

Porque la barba había emborronado sus rasgos aristocráticos y porque, bueno, porque simplemente no esperaba encontrar a un príncipe europeo en una isla en mitad del Pacífico.

Y porque había estado tan pendiente de él que se le había ido la cabeza.

¿Por qué no se lo había dicho? Se mordió el labio. Seguro que esperaba de ella que supiera que Bagaton era el nombre de la familia real de Dacia. Pues no lo sabía.

Una turbulenta mezcla de emociones borró todo pensamiento de su cabeza. Había sido una completa idiota.

Por fin comprendía por qué la prensa la había recibido de ese modo en el aeropuerto. Y aquel avión tan lujoso y elegante sería suyo o de su primo, el príncipe gobernante.

La distancia entre Lauren Porter y su mundo de privilegios era evidente, peligrosa e inconmensurable.

¿Cuánto tiempo pasaría hasta que alguien comenzase a indagar en su pasado? Se le encogió el estómago. Si es que aquello no había comenzado ya. Ya estaba unida a Marc. Quizá alguien investigara y descubriera que ella y su jefe eran hermanastros.

Si alguien hacía tales conexiones, ella sería descubierta como la hija bastarda del padre de Marc Corbett. Ella podía enfrentarse a ello, pero sus padres estarían expuestos a múltiples insinuaciones que les harían daño y que empeorarían la salud de su padre.

Todo con tal de vender unos cuantos periódicos más.

Tratando de tragarse el nudo que tenía en la garganta, Lauren volvió a mirar la fotografía de Guy. Por la expresión de su cara, seguro que estaba furioso cuando le habían sacado la foto. Lauren se obligó a sí misma a leer el resto del artículo.

El príncipe Guy probablemente sea el más rico de los príncipes playboys. Heredó millones de su madre, una heredera rusa y de gran belleza, y fundó su propia compañía de software tras dejar la universidad. Ahora esa compañía factura millones cada año. Feroz protector de su privacidad, también es humanitario y le interesa la ecología.

Lauren cerró la revista y trató de combatir su desesperación. Si hubiera sabido quién era, se habría arriesgado en Sant'Rosa.

En cuanto a hacer el amor con él, ¡jamás!

En algún lugar de sus entrañas, hubo una voz que se carcajeó. «Claro que te habrías acostado con él», decía la voz. «Lo deseabas desesperadamente. Aún lo deseas. Y estar furiosa con él por no habértelo dicho significa que no confía en ti».

Lo cual era ridículo, porque ella no había confiado en él con respecto a su historia.

Los oídos se le taponaron cuando el avión comenzó a descender. Lauren miraba al frente, tratando de convencerse a sí misma de que nadie lograría averiguar que Marc era su hermanastro.

Era muy poco probable que descubrieran que le había donado médula. ¿Y por qué iban a retroceder veintinueve años en el tiempo para descubrir que su madre y el padre de Marc habían coincidido en un crucero por el Caribe?

No, sus padres estaban a salvo de los medios y, aunque no lo estuvieran, Guy los había apartado de todo y los había colocado a salvo temporalmente.

Cuando la señal del cinturón de seguridad se encendió y comenzó a sonar, ella relajó las manos y comenzó a respirar profundamente. Aunque la molestase infinitamente, iba a mantenerse calmada, porque no se atrevía a hacer otra cosa.

Capítulo 8

EN EL AEROPUERTO de Dacia el auxiliar de vuelo escoltó a Lauren hasta una sala privada, vacía a excepción de unas flores y unos pocos muebles, y luego fue a por su equipaje. Ella esperó con tensión hasta que Guy apareció en la habitación.

Se le encogió el corazón. «Puedes hacerlo», se dijo a sí misma, decidida a no sucumbir bajo su escrutinio. «Serás educada y muy, muy contenida. Estás embobada con este hombre pero no durará, porque no lo permitirás».

Tomó aliento.

—Tu equipaje estará aquí en unos minutos. ¿Has conseguido dormir?

—No —dijo ella con una sonrisa forzada—. Estoy bien, gracias.

Él no pareció notar ninguna diferencia en su actitud, pero ella no era tonta. Como todo depredador, estaba acostumbrado a sus alrededores.

Ninguno de los dos habló mientras bajaban en un ascensor para salir fuera del edificio, donde el sol calentaba con intensidad. Más adelante, una limusina los esperaba. Aparte del sonido del coche y del avión, había completo silencio. No había prensa acosándola por ningún lado ni flashes que la cegaran. Un hombre uniformado saludó a Guy y abrió la puerta trasera. Era el conductor.

Tras sentarse en el asiento, Lauren dijo sin expresividad alguna:

—Hace tanto calor como en el trópico, pero no hay nada de humedad —y como no podía aguantarse la pregunta por más tiempo, preguntó tratando de sonar casual—. ¿Qué estabas haciendo en Sant'Rosa exactamente?

—Tengo intereses allí. Y amigos —dijo él mirándola. Su tono también era inexpresivo—. Hace algunos años pasé algunas semanas allí como rehén.

¿Rehén?

—¿Cómo diablos ocurrió eso? —preguntó ella horrorizada.

—Les proporcioné suministros médicos durante la guerra civil, y el gobierno de Sant'Rosa encontró la manera de utilizarme. Me secuestraron para persuadir a mi primo de que actuara como intermediario entre ellos y los rebeldes.

—¿Qué ocurrió?

—Me escapé la segunda noche —dijo quitándole importancia, y su sonrisa le recordó a Lauren al bucanero que había conocido al

principio—. No fue difícil. Eran unos carceleros muy desganados.

—Escapaste, ¿pero te quedaste en la isla? ¿En medio de una guerra civil?

—Estaban desesperados —dijo él—. Y a mí me caían bien. Sabían que la república estaba lista para mandar tropas para cruzar la frontera si había alguna posibilidad de tregua entre los dos bandos. De hecho, acabamos con una incursión mientras yo estaba allí.

—¿Acabamos? —preguntó ella horrorizada al ver la cantidad de riesgos que había corrido.

—Yo estaba implicado de todas las maneras posibles –dijo él—. Eran mucho mejores guerrilleros que yo, pero el terror crea aprendices rápidos.

—O muertos.

—La vida es para vivirla. No vale mucho si estás siempre mirando por encima del hombro.

El coche circuló por una carretera por la que a veces circulaba también algún burro o motos, conducidas por hombres jóvenes con unos dientes muy blancos que saludaban a la limusina que pasaba.

Lauren tuvo que apretar los labios para dejar de culpar a Guy o apreciar tan poco su vida.

—Nos dirigimos hacia el interior, a una villa en las colinas. Pensé que tus padres preferirían eso antes que la costa porque hace más fresco –dijo él.

—Gracias –dijo ella tratando de no sentirse desilusionada. Por alguna razón había pensado que estaría en el mismo lugar.

Se sentía como una estúpida. Una mujer sensata habría deseado poner tanta distancia como fuera posible entre ellos.

Pero en lo que respectaba a Guy no era nada sensata. Desde el momento en que lo conoció, había luchado contra un apetito feroz y elemental que no tenía nada que ver con el amor ni el respeto.

—Mi primo, Luka, y su mujer querrían conocerte, pero suponen que tú y tu padre tendréis que descansar hoy, así que probablemente será mañana.

—Lo estoy deseando –dijo ella.

Él alzó una mano para saludar a un hombre que iba montado en un burro. Los olivos estaban por todo el camino, con sus hojas brillando al sol. Plantas pequeñas y flores salvajes crecían a los lados de la carretera.

Guy la observó.

—¿Cuál es el problema?

—Ninguno –dijo ella con frialdad tratando de contenerse—.

Bueno, ninguno excepto estar casada con un hombre que se ha negado a decirme que era un príncipe.

Él alzó las cejas, y dijo con suavidad:

—No me pareció relevante en ese momento.

—La mayoría de la gente lo consideraría relevante. No tenía ni idea de que fueras miembro de la familia real de Dacia hasta hace —miró a su reloj—, hace media hora, cuando vi un artículo en una revista. Cuando nos casamos en Sant'Rosa, el apellido Bagaton me parecía familiar, pero no tanto como para hacer sonar las campanas de alarma.

—¿Campanas de alarma? —preguntó él—. ¿Por qué ibas a estar alarmada?

—No estoy acostumbrada a casarme con príncipes, ni siquiera para salir de una mala situación.

—No te lo dije porque no lo preguntaste —respondió él—. Me encontraste útil, así que me usaste. Además, no importaba, es sólo un accidente de nacimiento. Lo importante en Sant'Rosa era ponerte a salvo. No me preguntaste quién era cuando me acerqué a ti en Valanu.

Lauren tuvo que guardarse las palabras que quería decir, pero no pudo evitar decir:

—Creía que sabía quién eras.

—Quizá —dijo él— debería hacerte la verdadera pregunta.

—¿Qué es? —preguntó ella, sabiendo que se arrepentiría.

—¿Por qué te ofreciste a mí en Valanu?

—Sentía pena por ti —dijo ella humillada.

Él bajó los párpados y por un segundo ella se estremeció al sentir la amenaza en sus párpados.

—Tienes una manera muy encantadora y afectiva de sentir pena por los hombres –dijo él con cierta indiferencia en la voz—. No es que importe. El título es completamente irrelevante. Aparte de afecto por mis primos y los isleños, sólo tengo lazos sentimentales hacia Dacia. El príncipe Luka tiene un hijo de cuatro años muy prometedor, y otro en camino para antes de fin de año, así que Dacia está muy bien sin mí, una situación que me encanta.

—Qué afortunado –dijo ella—. Toda la deferencia y ninguna responsabilidad.

—Supongo que me estas culpando por todo el lío con la prensa en el aeropuerto.

—No —dijo ella con tranquilidad—. Podías haberme dicho quién eras cuando fuiste a Nueva Zelanda para advertirme que el matrimonio podía ser legal, pero supongo que siempre existía la

posibilidad de que yo te reclamara una suma importante por el divorcio.

—Sé tratar a los chantajistas –dijo él—. Quizá debería habértelo dicho, pero parece pretencioso anunciar que soy un príncipe a la gente que no le importa.

—Supongo que sí.

—En cuanto a los medios –dijo Guy endureciendo aún más la voz—. Sí, si yo no hubiera sido quien soy, dudo que hubiera habido reporteros esperándote en Londres. Siento que te veas envuelta en todo esto, pero no soy responsable de la gente a la que le gusta desayunar con los cotilleos sobre príncipes, estrellas del pop y deportistas.

—Claro que no –dijo ella sintiéndose pequeña.

Él le cubrió las manos con una de las suyas.

—Pero haber sabido quién era yo no habría cambiado nada en Sant'Rosa. Te habrías casado conmigo aunque hubiera tenido que apuntarte con una pistola.

A Lauren se le aceleró el corazón, al igual que el pulso de sus muñecas.

Por supuesto que él lo notó.

—Me prometí a mí mismo que no te tocaría.

—Entonces no lo hagas. No es necesario –dijo ella, esforzándose por contestar.

Él levantó la mano pero, cuando el coche abandonó la carretera principal y comenzó a subir, dijo:

—Parece que no puedo olvidar que, durante unos pocos días, fuimos amantes. ¿Tú puedes?

Lauren se derritió al recordar las imágenes de aquellos días.

—Fue un momento fuera del tiempo, una fantasía tropical, pero ahora estamos en el mundo real y se ha acabado.

La risa irónica de Guy la petrificó. Le dirigió una mirada de reojo y se estremeció al ver la determinación en su cara.

—Mentirosa —dijo él calmadamente.

Cuando Lauren abrió la boca para objetar, él se la selló con un dedo. En silencio, con el corazón a mil por hora, miró su cara arrogante y hermosa.

—No importa lo mucho que tratemos de fingir —dijo él—. Cuando te toco, los dos sentimos la electricidad. No trates de convencerme de que no existe. Lo que tenemos que hablar es cómo vamos a tratar el tema.

Le quitó el dedo de la boca y se recostó en su asiento.

—No haremos nada al respecto –dijo Lauren con cabezonería.

Aún temblorosa en su interior, giró la cabeza para mirar por la ventana, inquieta al ver que Guy no contestaba. Simplemente lo escuchó hablar en el idioma de Dacia a través del interfono con el conductor. Su voz, relajada, le hizo sospechar que él no sufría en absoluto.

Lauren recordó que su padre una vez le había dicho que el tono del sirviente de un hombre dice mucho sobre el maestro. Escuchando al conductor, decidió que su respuesta respetuosa estaba libre de servidumbre y que a aquel hombre le caía bien Guy.

El cual no dijo nada sobre su evidente atracción mutua. Simplemente se limitó a hojear una guía de viajes, explicando la antigüedad de varias ruinas del camino, y hablando de los planes de su primo para el futuro de la isla.

La villa en las colinas era una casa alta. Los jardines se extendían a su alrededor, los árboles y los arbustos se mezclaban con los olivos.

Lauren se echó hacia delante en su asiento, encantada por el paisaje.

—De acuerdo con la tradición familiar, la casa fue construida para la amante veneciana de uno de los príncipes del siglo XIX. Pasó gran parte de su tiempo aquí.

—¿Por qué no se casó con ella? —preguntó Lauren.

—Ya estaba casado con una mujer que, según la historia, nunca sonreía.

—Yo tampoco sonreiría si mi marido alardease de tener una amante —dijo Lauren alcanzando su bolos mientras el coche disminuía la velocidad.

Según habló, se dio cuenta de que había cometido un error. Guy alzó una ceja y la observó con una sonrisa.

—¿Es la infidelidad o el hacer alarde lo que no te gusta?

—Ambos –dijo ella secamente, deseando poder contarle la verdad sobre su relación con Marc. Pero no podía porque no era su secreto.

Su madre salió de debajo de la sombra del porche. Estaba sonriente y sus movimientos eran tranquilos.

Lauren salió corriendo del coche y le dio un abrazo.

—¿Cómo está papá?

—Bien. Está esperándote dentro.

Mientras Lauren subía corriendo los escalones oyó a su madre decir:

—Guy, muchas gracias por organizar esto. No sé qué habríamos hecho sin ti.

Su tono revelaba que le caía bien. Como a todas las demás mujeres, pensó Lauren con cinismo mientras entraba en la casa y encontraba a su padre en una sala decorada con tonos ocre y pastel.

No tenía nada que ver con el exotismo tropical.

—Hola —dijo ella, y abrazó a su padre con fuerza. Aliviada, se apartó y lo miró—. Ahora ya sabemos que puedes volar sin problemas. Ya no tienes excusa para quedarte en casa en un futuro.

—Parece que necesito una enfermera para cuidar de mí, pero he llegado aquí de una pieza. ¿Cómo estás, cariño?

—Un poco cansada por la falta de sueño —dijo, y le explicó rápidamente lo de los estudiantes de intercambio.

Cuando terminó, Guy dijo desde detrás:

—Tengo una cita en unos minutos, así que debo marcharme. Espero que disfrutes tu estancia aquí.

—Saldré contigo –dijo Lauren.

Él se apartó para dejarla pasar. Una vez que la puerta se hubo cerrado tras ellos, Guy dijo:

—Ven a dar un paseo conmigo por los jardines durante unos minutos.

—¿Por qué?

—Porque hace más fresco que de pie al sol. En Dacia no hace tanto calor como en el trópico, pero aun así el sol sigue quemando.

—Oh, sí, claro –dijo ella sintiéndose como una tonta. En el jardín desde luego hacía menos calor. A la sombra de un árbol, Guy le dijo con astucia:

—¿Estás ya convencida de que a tu padre no le ha pasado nada durante el viaje?

Ella parpadeó para contener las lágrimas y le dirigió una sonrisa.

—Tiene buen aspecto. Los dos lo tienen. Guy... oh, ¿en público debería llamarte alteza?

—No –dijo él con rapidez.

—No quiero romper ninguna norma.

—Entre nosotros –dijo él sardónicamente—, ya hemos roto tantas que no importa. La primera vez que veas a Luka llámalo su alteza real. Después de eso será señor, hasta que te diga que no te molestes con las formalidades. Lo mismo con Alexa, aunque tiene tendencia a reírse cuando alguien la llama madame.

—Gracias —dijo Lauren—. De hecho, gracias por todo. Me imagino que nos estamos interponiendo en tu agenda. Lo siento.

—No seas tonta. Naturalmente me siento responsable de esta situación. Debo hacer lo que esté en mi mano para hacerte esto más fácil. Ahora ve dentro, come y habla con tus padres. Luego vete a la

cama tan pronto como anochezca. ¿Montas a caballo?

—Sí. Bueno, al nivel de un club de poni.

—Entonces te llamaré mañana después del desayuno con la montura adecuada –dijo Guy, y le rozó la mejilla con un dedo—. Duerme bien.

—No, Guy, no es buena idea.

—¿Qué? ¿Dormir? Creo que es una excelente idea.

—No quiero seguir alimentando a los medios. ¿No deberíamos mantenemos lo más alejados posible por si acaso el matrimonio ha de ser anulado?

—Descubrir que el matrimonio puede que sea válido no me ha convertido en un violador —dijo él con frialdad.

—Ya lo sé, pero...

—Mi primo Luka está tan cerca de ser un gobernante absoluto como se puede estar hoy en día sin aspirar a dictador. Está organizando lentamente un sistema democrático de gobierno, contra los deseos de la mayoría de sus miembros, pero de momento puede prohibir que entre en la isla quien él no quiera. Y si alguien se cuela, él se asegurará de que lo echen con educación. ¿Por qué crees que te he traído aquí?

—Espero que tengas razón –dijo Lauren dubitativa con una sonrisa.

Su corazón se aceleró cuando él le devolvió la sonrisa. Aquella sonrisa asesina prometía muchos deseos, deseos que se dibujaban cada noche en sus sueños de modo que se despertaba siempre sudando y frustrada.

¿Cuánto tiempo tardaría la prensa en olvidarlos? Si tenía que quedarse allí por más de una semana, estaría en serios problemas.

Guy inclinó la cabeza y le dio un beso en la mejilla.

—En cuanto a los habitantes de Sant'Rosa, no te preocupes por ellos. Créeme, no tienen costumbre de leer las columnas de cotilleo. Tienen cosas más importantes de las que preocuparse.

La tomó del brazo y la condujo a la casa. En la puerta dijo:

—Descansa bien esta noche. Las ojeras no te pegan mucho.

Cerca de la mañana, Lauren abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba mirando el techo de una cama con cuatro postes. Era como estar dentro de una tienda de campaña, en el centro del techo había un medallón incrustado en relieve.

Un leopardo.

Estaba en Dacia, y estaba enamorada del príncipe. No, no estaba enamorada, estaba embobada, ensimismada, a causa de la lujuria, pero nunca enamorada. Tan pronto como regresara al trabajo lo

vería todo tal como era, un encantamiento sexual temporal, tan fuerte que podía acabar con la rutina del día a día.

En otras palabras, exactamente lo mismo que su madre había sentido por el hombre que había sido su amante durante una semana. Isabel siempre había amado a Hugh Porter, y cuando recuperó el sentido común, regresó a él.

Lauren frunció el ceño y se preguntó por qué le resultaría tan difícil convencerse que lo que sentía por Guy no era más que una pasajera infatuación.

¿Porque había resultado ser valiente y caballeroso? ¿O por algo tan simple como ser capaz de hacerla reír?

Fuera lo que fuera, no podía dejar que la afectara. Los cuentos de hadas eran para los niños. Ella no era la Bella Durmiente y Guy era demasiado autocrático como par ser su príncipe azul, y no habría un felices para siempre en su caso.

Aquella certeza le hizo daño, pero el no afrontarla la hubiera conducido a un dolor más intenso. Mejor aceptarlo, ignorar el dolor de corazón y seguir con su vida. Pero le habría resultado más fácil si no hubiera tenido síndrome de abstinencia. Aquella estancia en Dacia iba a ser una refinada y sutil tortura.

Menos mal que el apetito voraz de los medios por ese tipo de historias pronto acabaría.

Aunque no lamentaba haber conocido a Guy. En cuanto a hacer el amor con él, temblaba sólo de pensar que podía habérselo perdido.

Su mente comenzó a recordar las tórridas imágenes de su aventura, y tuvo que esforzarse por controlarlas. En vez de pensar en eso, se acordó de su ordenador portátil y se preguntó dónde habría acabado en Sant'Rosa. Si lo hubiera tenido consigo en Dacia, habría podido contactar con Marc en las Seychelles. Debía advertirle que su relación podía salir a la luz. Además, necesitaba su consejo.

Finalmente volvió a quedarse dormida.

Durante el desayuno observó que su padre jamás había tenido mejor aspecto. Mientras subía a ponerse los pantalones y el jersey que había llevado de Nueva Zelanda, pensó que cualquier molestia valdría la pena para evitar que él sufriera.

Un golpe en la puerta anunció a su madre.

—Tienes mucho mejor aspecto —dijo Isabel con una sonrisa.

—Papá también.

—Le encanta el clima. De hecho parece que le gusta mucho Dacia en general. Cariño, me alegro mucho de que estés aquí.

Nunca le estaré lo suficientemente agradecida al príncipe por haberte rescatado las dos veces, de Sant'Rosa y luego de los periodistas. Ayer estuvo fantástico. Se ocupó de todo, en el avión y luego aquí. A tu padre le cae muy bien, y a mí también. ¿Qué piensas de él?

A Lauren se le encogió el corazón.

—Le estoy muy agradecida, pero se parece mucho a Marc, inclinado a tomar posesión de las cosas.

Volvió a sonar la puerta y apareció una de las criadas para decirle que el príncipe Guy había llegado para llevarla a montar.

—Asegúrate de ponerte crema solar —le dijo su madre. Ella se rió—. Lo sé, lo sé. Los cosméticos modernos tienen protección solar. Supongo que dejaré de ser una madre sobreprotectora cuando te cases. Cuando te cases de verdad, quiero decir.

—Eso no está en mis planes de momento.

—Espero que cuando encuentres a un hombre al que puedas amar, no dejes que ninguna consideración pese sobre ti más que la posibilidad de tener una vida feliz con él.

—Cuando lo conozca —dijo Lauren tranquilamente—, te lo haré saber.

Su madre asintió.

Guy estaba montado sobre un caballo capón color avellana. Lauren pensó que parecía un centauro montado sobre el animal. Cuando ella salió de debajo de la sombra del porche, un mozo se bajó de otro caballo.

Tras saludarlos a los dos, Lauren se subió a la silla de montar y pasó los siguientes minutos tratando de no caerse. Guy le dio instrucciones y se mantuvo cerca por si las cosas iban mal, dándole cada consejo que necesitara.

Nunca se había sentido tan segura.

Al fin, cuando se sintió segura de sí misma, miró a su alrededor. Sintió como si hubiera vuelto a nacer, con sus preocupaciones temporalmente olvidadas por ir cabalgando junto a Guy en aquella mañana dorada y fresca, con el mar a lo lejos.

Cuando el silencio comenzó a ser incómodo, a Lauren no se le ocurrió nada mejor que decir que:

—Este caballo tiene un temperamento estupendo.

—Es un caballo de enfermería –dijo Guy, que controlaba con maestría su montura.

—Muy apropiado –dijo Lauren con una sonrisa.

—La próxima vez te encontraremos algo mejor que el viejo Carlos. Montas lo suficientemente bien como para intentar probar

con algo más rápido.

Era ridículo que un cumplido como aquél hiciera que se pusiese colorada como una niña. No se había sonrojado así en mucho tiempo, pero no hacía falta más que una mirada de Guy para que se pusiera como un tomate.

—Eso no es justo para Carlos. Es muy dulce –dijo ella—. Yo no soy ni la mitad de experta que tú.

—En nuestra familia –dijo Guy—. Hemos de aprender a montar casi antes de a caminar.

Lauren se dio cuenta una vez más de que sus mundos no tenían nada que ver. Aunque Marc era muy dado a todo tipo de eventos sociales, ella nunca había ido con él por si acaso la gente murmuraba, una precaución que, evidentemente, había fracasado.

Observó el perfil arrogante de Guy. Aquella mañana era todo un aristócrata, y ella sintió una distancia que no había sentido antes. ¿Quizá la villa había sido una indicación de lo que él deseaba de ella? No, pensó, no con sus padres en la residencia.

—¿Es todo Dacia tan bonito como esto? —preguntó.

—Yo pienso que sí –dijo Guy—. Pero yo no soy imparcial. ¿Cuál es tu lugar favorito?

—Un bosque en primavera —dijo ella rápidamente—. Pero me encanta París en todas las estaciones.

—¿Recuerdos sentimentales? —preguntó él arrastrando cada palabra como una cuchilla de acero.

¿Estaba celoso? No, ésa era una palabra demasiado fuerte, pero podía ser que se sintiera posesivo. Probablemente sabría que Marc vivía en París.

Capitulo 9

—Mis padres me llevaron allí de vacaciones cuando tenía ocho años. Fuimos al Arco del Triunfo en el día de la bastilla, y me quedé boquiabierta. Cada vez que he regresado siempre he encontrado algo nuevo y estupendo.

—Tu... jefe, es medio francés, creo.

—Pues sí –dijo ella. La parte materna, el padre de ambos era neozelandés—. Me encanta pasear por un campo de flores como éste, pero me parece una pena que los caballos pisen las flores.

—Son resistentes. ¿Quieres galopar?

—Si recuerdo cómo.

Para su sorpresa, le resultó fácil.

—Es como montar en bicicleta, nunca te olvidas –dijo ella, encantada cuando llegaron a su primer destino, una pradera rocosa con la hierba comida por las cabras. En el horizonte se extendía el

territorio principal de Europa, con el mar de por medio.

Después de desmontar para atar a los caballos a un grupo de cipreses, ella caminó junto a Guy sobre la hierba.

—Hay algo especial en estas islas –dijo ella—. Me pregunto qué es.

—La libertad —afirmó Guy girándose para señalar un par de islotes junto a Dacia—. Las islas representan un misterio oculto, lugares alejados del tiempo y de la vida cotidiana. Casi todo puede ocurrir en una isla. ¿Por qué crees que las naciones del Pacífico emplean tanto esfuerzo en mantener alejados a los merodeadores?

—Quizá tengas razón —dijo ella—. Quizá las playas saquen la faceta aventurera de todos nosotros.

—¿Estás sugiriendo que fue la arena y las palmeras de Valanu lo que te llevó a mi cama?

Lauren mantuvo la mirada centrada en la línea de la costa mientras se sentaba sobre una roca.

—Sabes que no.

—Hablé con mi abogado anoche –dijo él de pronto.

—¿Y?

—No son buenas noticias. El matrimonio es legal, y la anulación no es legal puesto que ya lo hemos consumado.

—Desearía que nada de esto hubiera ocurrido.

—No tanto como yo, créeme —dijo él con voz juiciosa.

Lauren se miró las manos. Aunque estaba de acuerdo con ella, su respuesta la hirió.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Lo aceptamos –dijo él—. Y anunciamos una fecha para la formalización de nuestro matrimonio en la catedral de aquí.

Ella se puso en pie de un salto

—¡No! No lo aceptaré.

—Ayer, mientras volábamos hacia aquí, uno de los tabloides más importantes de Inglaterra dio detalles en primera página sobre los días que pasamos en Valanu. La única manera de protegerte de los cotilleos es que reconozcamos el matrimonio.

Lauren recordó los días y las noches que había pasado en sus brazos. Apartó la mirada, notando con angustia que él no había perdido ni una pizca de confianza en sí mismo.

El dolor se extendía en su interior.

—Puedo resistir esto y sé que tú también –dijo ella—. Después de todo, no es la primera vez que tienes una amante y sale en la prensa.

—Es la primera vez en la que mi amante no sabía en lo que se

estaba metiendo. Si hubieras sabido quién era yo, no habría importado tanto.

Ella estaba de acuerdo. Se sintió aliviada por un momento, pero las siguientes palabras de Guy la tensaron de nuevo.

—Haremos las cosas como tú digas, pero sugiero que permanezcamos casados un par de años. Después de eso, podrás divorciarte. Por supuesto yo me aseguraré de que no tengas que preocuparte por el dinero nunca más.

—¿Quieres decir que me liquidarás? No, gracias. Casarme contigo no es una opción.

—Lauren, ya estamos casados. Nada cambiará eso excepto el divorcio, ahora o dentro de dos años. Antes de que digas más, quisiera que echaras un vistazo al tipo de basura que están publicando.

Sacó un periódico doblado de su bolsillo trasero y se lo entregó.

¿Es real este matrimonio?, ponía junto a las fotografías. Una de ellas era de Lauren, con cara asustada a la salida del aeropuerto.

Horrorizada, Lauren examinó la página.

—Detalles exclusivos. Nido de amor tropical para el príncipe y su novia plebeya.

Sintió que se mareaba, cerró los ojos, pero el coraje la obligó a abrirlos de nuevo y a seguir leyendo. Alguien había entrevistado a la encantadora familia dueña de la choza de la playa, y de sus palabras habían sacado múltiples conclusiones.

Cuando recuperó la fuerza para hablar dijo:

—Supongo que podría haber sido peor.

—No mucho –dijo él con rabia en sus palabras.

Ella se encogió de hombros y le devolvió el periódico.

—No cambia nada —dijo ella con tono distante.

—¿El qué?

—No cambia mi respuesta a tu propuesta.

—Era una proposición —dijo él.

—Por las razones equivocadas.

—¿Es que hay razones correctas?

Aunque aquello le dolió muchísimo, Lauren tuvo el coraje de añadir:

—No quiero un matrimonio que no signifique nada y que esté programado para destruirse dos años después.

—En Sant'Rosa no le dabas tanta importancia –dijo él con una franqueza brutal.

Ella alzó las manos.

—Lo sé —admitió—. Te estoy realmente agradecida.

—¡No quiero tu gratitud! —exclamó Guy con los dientes apretados.

—No imaginé tales repercusiones —prosiguió ella—. Sólo quiero que esto termine para poder volver a mi vida real.

—¿Y olvidar que una vez te conocí? ¿Puedes hacer eso? —preguntó él.

No la tocó, ni siquiera se movió, pero ella pudo sentir la fuerza de su autodeterminación a su alrededor. La tentación de rendirse era tan fuerte que estuvo a punto de acercarse a él.

En ese momento aceptó que, si seguía adelante con aquel matrimonio, se enamoraría irrevocablemente de un hombre que no la amaba. Aquella pasión feroz los conduciría a brazos del otro, y al finalizar esos dos años, ella se alejaría con el corazón hecho trizas hacia un futuro sin esperanza.

No se atrevía a arriesgarse a matar su espíritu de aquella manera.

—Puedo intentarlo –dijo ella mirándolo a los ojos—. Guy, no puedo hacer esto. No sé cómo comportarme en tu mundo.

—Alexa es muy popular, y sin embargo no fue educada para ser princesa. Aprendió. Como lo harás tú.

—No puedes obligarme –dijo Lauren escuchando el latido de su corazón.

Él sonrió con aire de dominación, con un atractivo peligroso y feroz.

—Creo que podría —dijo—, pero no será necesario.

—No soy quien crees —dijo ella—. Marc Corbett es mi hermanastro, aparte de mi jefe. Mi madre tuvo una aventura de una semana con su padre, y yo soy el resultado.

Observó la cara impasible de Guy mientras pasaban los segundos en silencio, interrumpido sólo por el relincho de uno de los caballos y el canto de un pájaro.

Cuando Guy habló, ella estaba tan tensa que dio un brinco al oír sus palabras.

—Ya veo. Sin embargo eso no cambia nada. Es sabido por todos que Alexa, la mujer de Luka, es el resultado de una aventura entre el por entonces príncipe de Iliria y la abuela de ella.

—Seguro que ayuda si el resultado de una relación tiene sangre real –dijo ella—. En mi caso no.

—¿Lo sabe tu padre, Porter?

—Lo descubrió después de que yo tuviera leucemia.

Él se mantuvo en silencio. Los rasgos angulosos de su cara no revelaban ni condenación ni interés, nada sino una concentración

que le provocó a Lauren un escalofrío.

—Así que tu madre no hizo nada y dejó que tu padre pensara que eras su hija –dijo él. Aunque su tono fue neutral, ella apreció la nota de rechazo.

—No voy a juzgar a mi madre —contestó Lauren.

—Es algo terrible, mentir a un hombre haciéndole creer que la niña que adora, que cuida y protege es sangre de su sangre.

—Sí, pero para todos los efectos, yo soy su hija. Él me convenció de eso cuando me recuperé.

—Eso es evidente. Gracias por decírmelo, pero no cambia nada —dijo él con una sonrisa, y le tomó las manos.

—Pero, si alguien lo descubre... —dijo ella temblorosa.

—Protegeré a tus padres tanto como pueda —dijo él quitándole importancia, y llevó las manos de Lauren a su boca, besando la palma de una de ellas y la muñeca de la otra.

—No te atrevas a utilizar el sexo para intentar convencerme.

—¿Podría? —preguntó él con un tono peligroso que le puso los pelos de punta.

—No –dijo ella mintiendo. Su cuerpo estaba preparado para él. Si él quería, ella se tumbaría sobre las flores y dejaría que la poseyera.

—Mentirosa –dijo él, pero lo dejó correr—. Luka ha hablado conmigo esta mañana. Anoche lo visitó una delegación de isleños. Piensan que el asunto es muy romántico, pero quieren que nuestro matrimonio se formalice aquí, en Dacia.

Lauren se acercó a donde los caballos estaban atados. Cuando uno de ellos alzó la cabeza, ella le acarició el morro, tratando de luchar contra una oscuridad que amenazaba con derrumbarla.

—Pensé que tu primo podía mantener a los medios bajo control.

—No tiene poder sobre las ondas, y los equipos de televisión pueden captar cadenas italianas, que están llenas de noticias. Yo perdería el respeto, igual que Luka, si la gente aquí creyese que he usado la excusa del matrimonio para conseguir una amante y luego dejarla colgada. Sería visto como un sacrilegio de los votos matrimoniales.

Lauren tragó saliva para acabar con su sequedad de boca.

—Entiendo el aspecto personal de esto, pero ¿por qué iba tu primo a perder el respeto?

—Porque es mi primo, y es el cabeza de familia. En Dacia eso importa. Sería visto como alguien que no puede tener autoridad sobre mí, y si no puede controlar a su familia, ¿cómo iba la gente a confiar en que los gobernara con justicia?

—¡Pero eso es algo de la Edad Media! —protestó ella.

—Ellos no han tenido el beneficio de la democracia. Luka tiene la esperanza de que él o su hijo sean finalmente capaces de renunciar a la absoluta responsabilidad sobre Dacia, pero antes quiere asegurarse de que hay un sistema democrático en condiciones. Para eso necesita tiempo, aparte de la confianza de la gente.

Lauren cerró los ojos y pensó: «No puedo resistirme a esto».

Para Guy, perder su reputación de aquella manera supondría arrancar esa parte de él que había sido educada para sentir un deber heredado hacia los isleños.

Todo lo que ella tenía para oponerse a ese deber era su corazón, y eso era demasiado ligero para tales niveles. No podía permitir que la miseria personal del amor no recíproco se opusiera a sus esperanzas para el futuro de los isleños, sobre todo porque los dos habían experimentado el terror que podía causar la gente que no estuviera preparada para la independencia.

Pero como era una luchadora, tomó aliento e hizo un último esfuerzo.

—¿Así que se apoya en ti para que ratifiques un matrimonio de conveniencia?

—No es fácil apoyarse en mí, y Luka no haría eso, pero entiendo la situación y estoy de acuerdo con él.

—Esto es importante para ti, ¿verdad?

Se quedó callado por tanto tiempo que Lauren se volvió para mirarlo. Con una honestidad dolorosa, Lauren pensó que nunca lo había visto tan amenazador, un hombre acostumbrado a tener la autoridad y el poder se enfrentaba con una decisión que le desagradaba.

Un hombre que aceptaría un falso matrimonio por su sentido del honor. ¿Acabaría teniendo una amante, como había hecho su distante antepasado?

Pero luego pensó que no. Su honor no lo permitiría.

—Les debo mis mejores esfuerzos a mi familia y a la gente de Dacia.

Aquello le dolió tanto que se quedó sin aliento, pero consiguió poner una sonrisa.

—Así que me equivoqué al decir que tenías la deferencia pero no la responsabilidad. ¿Por qué es esto tan importante para la gente de Dacia?

—Son una gente conservadora y religiosa. Tienen los votos matrimoniales en alta estima.

No dijo que nada de aquello estaría ocurriendo si ella no lo hubiese seducido en Valanu. No necesitaba hacerlo, al igual que no necesitaba decir que sus padres odiarían la especulación que su continuada negativa habría causado.

Con el sabor amargo de la derrota en la boca, Lauren se dio la vuelta y se alejó para mirar desde lo alto de la colina rocosa hacia las tierras de abajo, con filas de olivos y viñedos que formaban patrones a lo largo del campo.

Como su madre, ella había seguido a su corazón hasta el peligro. Si hubiera mantenido la cabeza fría, no se encontraría en aquella situación, dirigiéndose irremediablemente hacia un amor que sólo podría herirla y humillarla.

Aceptaría porque era importante para él.

—Entonces parece que no tengo elección. No es justo que pagues por algo que he hecho yo.

—Por seducirte en Valanu.

El súbito brillo en sus ojos la sorprendió, pero no tanto como la nada comprometedora inflexión de su voz.

—Me diste pasión, calidez y ternura. Me enseñaste que hay más cosas en el mundo aparte de la brutalidad que vi en Sant'Rosa. Aunque lo sabía en la teoría, encontré la práctica en tus brazos.

—Y no hice el amor contigo por pena —dijo Lauren.

—No importa —dijo él con una sonrisa—. Podría haberme marchado, así que estamos los dos en esto, Lauren. Este matrimonio no es algo que tú desencadenaras por dejarte llevar por la luna tropical —se giró y añadió— La secretaria de prensa de Luka puede anunciar la fecha mañana.

—¿Y después? ¿Qué pasará?

—Eso depende de ti. Si quieres vivir aquí, tengo una casa en la costa que será tuya durante el tiempo que desees, pero también tengo casas en Londres y Nueva York.

«Y una en Valanu», pensó ella. Pero aún no había contestado a la pregunta real. ¿Qué tipo de matrimonio sería ése?

—Si la historia de tu nacimiento se descubre, el matrimonio conmigo te proporcionará la posición para enfrentarte a cualquiera que moleste a tus padres. Yo tengo poder, y lo usaré en tu beneficio.

Lauren trató de encontrar las palabras adecuadas pero su lengua parecía no funcionar. Sabía que iba a decir que sí, porque lo amaba y además eso era importante para él.

Finalmente dijo con tranquilidad:

—Está bien.

Guy se rió levemente y la besó.

Cuando se separó, ella estaba temblando, pero mantuvo la cabeza bien alta.

—No te pongas tan trágica, Lauren –dijo él sardónicamente—. Sugiero que regresemos a la villa. Dejaremos el resto de las decisiones para cuando los dos estemos más relajados.

Era un amante fantástico con más carisma en un solo dedo que muchos hombres en todo su cuerpo. A sus padres les gustaba mucho. Lauren sabía que era brillante y un buen hombre de negocios, pero no se había enterado de que era príncipe hasta un día antes.

Presumiblemente tendría otros secretos. Y ella acababa de aceptar casarse con él.

De vuelta en la villa él se negó a la oferta de la madre de Lauren para quedarse a comer, pero preguntó si la esposa de su primo, Alexa, podría pasarse a visitarlos la tarde siguiente.

—Qué amable de su parte —dijo Isabel—. Nos encantaría conocerla y agradecerle darnos cobijo.

—Probablemente os fotografiará —advirtió él—. Es brillante.

—Vi su exhibición en Londres. Absolutamente soberbia —dijo Isabel.

—Os gustará —dijo Guy—. Es entretenida e inteligente, con el corazón más grande del mundo. Está deseando conoceros.

Guy miró a Lauren, quieta pero con compostura. El sol entraba por las ventanas dándole calidez a su piel. Ella le sonrió, aunque él sentía la tensión bajo su fachada, cierto desafío en su mirada.

Porque ambos sabían que cada vez que la tocaba se ponía roja y que cuando la besaba, su boca se ablandaba y le daba todo lo que él deseaba.

Y sería mejor que saliese de aquella casa, porque la deseaba en ese mismo instante.

Pero primero tenía que tomar una decisión.

—Señor y señora Porter, Lauren y yo tenemos algo que decirles. Hemos planeado otra ceremonia en la catedral para regularizar nuestro matrimonio. Espero que nos den su bendición.

—Parece la decisión más sensata –dijo el padre de Lauren—. Así no tendré que comprarme un rifle.

—¡Hugo! —exclamó Isabel.

—No lo culpo, señor. Le daré a Lauren el mejor de mis cuidados —se puso en pie—. La visita de Alexa será la primera de una serie de encuentros sociales. Será un mes ocupado, pero no demasiado cansado. Eso espero.

—Podré arreglármelas —dijo Hugo.

Guy asintió y luego dijo:

—Tengo que volar a Estados Unidos esta tarde, así que os veré de nuevo dentro de tres días. Hasta que regrese, disfrutad de Dacia en primavera.

Capítulo 10

LA visita de la princesa fue bien. Era cálida y vivaz y habló de fotografía con Isabel, de literatura italiana con Hugo y compartió recuerdos de Nueva Zelanda con Lauren.

Pero Lauren sabía que detrás de aquella fachada encantadora la princesa la estaba juzgando, y cuando sugirió que fueran a comer a palacio dos días después, Lauren pensó en cualquier manera de negarse.

Pero tenían que ir, y así fue.

Aquella noche, cuando estuvieron solas, su madre le dijo tratando de parecer casual:

—Lauren, ¿estás segura de que quieres casarte con Guy?

—Completamente segura —dijo Lauren, contenta de que fuera verdad—. Con todo mi corazón. Pero no de este modo.

—Me lo temía. ¿Cómo se siente Guy?

—Es su deber hacer esto.

—¿Y eso te duele?

—Sí.

—Las pasiones repentinas a veces se extinguen con rapidez.

Lauren sabía que su madre estaba recordando su aventura de tiempo atrás.

—Al principio pensé que sólo era eso —dijo Lauren—. Pero yo... bueno, no es sólo sexo.

—Oh, cariño —dijo Isabel poniéndose en pie para darle un abrazo—. No has de pensar que debes casarte con él sólo porque hayáis sido amantes. Los cotilleos no son agradables, pero siempre desaparecen. Y nunca nadie se ha muerto avergonzado.

—Conozco la diferencia entre el sexo y el amor —dijo Lauren—. Lo amo. Siento por él lo que Paige siente por Marc, lo que tú sientes por papá –dijo temblorosa, porque aquélla era la primera vez que lo decía en voz alta—. Es real, lo prometo. Bajo ese formidable exterior, es amable, valiente y honorable.

Isabel frunció el ceño.

—Ya conozco las partes valientes y honorables de su personalidad. Son cualidades fantásticas, pero un marido necesita algo más que eso.

—Creo que podemos dar su inteligencia por hecha –dijo Lauren —. Y sabe reírse de sí mismo. Hace que se me derritan los huesos. Quiero pasar el resto de mi vida con él.

Pero no iba a ocurrir. No mucha gente se había casado con la fecha del divorcio ya a la vista.

Para Guy era una situación de victoria. Mantendría su honor, tendría sexo a su antojo y en un par de años se lavaría las manos y encontraría a otra persona más apropiada.

—En ese caso, no hay nada que decir –dijo su madre—. Hagas lo que hagas, tu padre y yo te respaldaremos. ¿Se lo has dicho a Marc?

—Sí —dijo Lauren—. Opinaba como tú, no estaba nada convencido de lo que iba a hacer, pero Paige y yo conseguimos convencerlo para venir aquí y ver lo que ocurre. Dijo que vendría a Dacia tan pronto como regresara de las Seychelles.

Aquella noche, en su habitación, Lauren trató de relajarse. Un baño no funcionó, ni un té de hierbas que le ofreció una de las criadas.

—Para un corazón dolorido –dijo la mujer—. La ayudará a dormir.

Pero después de bebérselo seguía sintiéndose nerviosa. Finalmente se levantó y se puso a mirar por la ventana, hacia los jardines. Observó a lo lejos el palacete donde iría a comer días después. Se llamaba palacete porque el otro palacio de Dacia era un edificio medieval enorme, parte museo y parte administrativo, construido sobre una antigua fortaleza romana.

De aquel viejo palacio había salido ya el comunicado de su matrimonio. La prensa enseguida se había hecho eco de la noticia, haciendo todo tipo de especulaciones. Pero ella y sus padres se habían mantenido al margen.

Cuando por fin el cansancio pudo con ella, se entregó con placer a los sueños eróticos, todos ellos protagonizados por Guy. A la mañana siguiente se levantó más despejada.

Las acciones le despejarían aún más la cabeza. Y sabía adónde ir. Minutos después salió de la casa con el traje de baño, cubierto por uno de sus pareos.

En mitad del jardín había una piscina. Era muy elegante y tenía una fuente a uno de sus lados. Había sido construida años atrás, quizá para aquel príncipe y su amante.

Era irónico, pues la amante seguro que había ansiado la seguridad del matrimonio y sin embargo ella lo único que deseaba del matrimonio era el amor de Guy.

El agua aún estaba fría, pero ella se sumergió y comenzó a nadar hasta agotarse.

Aquello no funcionó, y aceptó que sólo pasar el síndrome de abstinencia de Guy Bagaton podría exorcizarla.

«Y a causa de una nación que no conoces, cuyo idioma y cultura no comprendes, no puedes hacer eso. Estás atrapada», se dijo a sí misma mientras se ponía de nuevo el pareo tras haberse secado.

Pero la ceremonia con Guy no era por los habitantes de Dacia. Lo haría porque lo amaba, y porque era importante para él.

Recogió su sombrero y la toalla y salió a la luz del sol, sintiendo un gran contraste entre el frío de su corazón y el calor que acariciaba sus hombros. Se detuvo para observar las acrobacias de un par de pájaros con crestas doradas que correteaban entre las ramas.

Sonrió durante unos segundos hasta que tuvo la extraña sensación de que estaba siendo observada. Se enderezó y se dio la vuelta. Ahí estaba Guy, entre los árboles.

Sintió alegría dentro de ella. Tuvo que morderse los labios para no sonreír de puro placer.

No la besó. En vez de eso la examinó con una deliberación que le hizo sentir escalofríos.

—No pareces tener éxito para quitarte esas ojeras —dijo él finalmente.

—Mientras que tú tienes un aspecto estupendo.

—¿Quieres que lo dejemos?

Por un momento Lauren no pudo creerse lo que acababa de oír. Lo observó detenidamente y él sonrió.

—Si este asunto te va a volver loca, lo terminaremos ahora mismo.

—¿Y que pasa con la sensibilidad de los habitantes de Dacia de la que tanto hablabas hace días?

—Se sentirán heridos —dijo él encogiéndose de hombros.

Ella dijo algo en francés, y él se rió suavemente, la besó y le dijo en el mismo idioma:

—Tienes un acento soberbio.

—Tú también —murmuró ella. Muchas más palabras se le acumularon en el cerebro, pero no fue capaz de expresar ninguna.

—Por favor, no —susurró ella cuando él la tomó en sus brazos. Pero era demasiado tarde. La besó en la frente y luego en la sien y ella se rindió sin poner resistencia.

—No te culpo si no quieres volver a yerme en tu vida. Por mi culpa toda tu vida está patas arriba. Pero no soy un sádico. No me gusta nada ver esas sombras bajo tus ojos.

—No me echo atrás cuando hago una promesa —dijo Lauren—. Y si cancelamos ahora, habrá una orgía de especulaciones. Mi padre se abandonará por completo si sale a la luz la verdad sobre mí, y no

soportará que mi madre tenga que sufrir la humillación. No estoy dispuesta a hacerle pasar por eso.

Guy la soltó.

—Si estás decidida, deja de marchitarte o la gente comenzará a pensar que te pego.

—¿Alguien te ha dicho que eres un cerdo arrogante?

—Únete al club —dijo él con una sonrisa cínica.

Por supuesto su madre le dijo que se quedase a desayunar, y por supuesto él accedió. Lauren tuvo que beber el doble de café del que bebía habitualmente para poder sobrellevar el desayuno, hasta que Guy dijo:

—Me gustaría llevarte a que conocieras a mi primo.

No era una pregunta.

Lauren parpadeó pero él siguió hablando.

—Es el príncipe de Dacia y el cabeza de familia, así que será apropiado visitarlo ahora.

—Excelente idea –dijo el padre de Lauren—. Como vuestra relación ha sido tan rara, supongo que un poco de propiedad no vendría mal.

—Pareces una tía abuela victoriana —le dijo Lauren a su padre.

—De momento me siento como un padre victoriano.

Así que así fue, pero de camino al palacete Lauren dijo:

—De ahora en adelante me gustaría que discutieses las cosa conmigo en vez de venir a exponerme el plan delante de mis padres, que piensan que eres maravilloso.

—Tu padre no –dijo Guy.

—Ya te has redimido.

Guy giró el coche y se dirigió a la puerta, donde dos guardias presentaron armas y saludaron. Por primera vez ella se dio cuenta de verdad de lo diferentes que eran sus vidas.

—¿Seré una princesa?

—Me temo que sí –dijo él—. ¿Te gustan las esmeraldas?

—Claro que me gustan las esmeraldas. Son preciosas.

—Es una tradición familiar que cada novia de los Bagaton elija una esmeralda de la casa del tesoro para su anillo de pedida, pero si prefieres otra piedra, lo haremos así —al ver que ella no contestaba añadió— El carmesí te va muy bien, así que si prefieres un rubí, eso es lo que tendrás.

—No quiero un...

—El anillo de compromiso es una tradición —dijo él—. Piensa en ello como el disfraz de una obra.

—Una esmeralda estará bien. Por supuesto la devolveré cuando

acabe nuestro matrimonio.

Vio cómo su cara se endurecía, pero antes de que pudiera contestar, Lauren se apresuró para seguir hablando.

—Lo siento, eso ha sido una grosería, aunque es verdad. Estoy nerviosa. ¿Qué pasa si tu primo me odia?

—Le gustarás –dijo él calmadamente, y le colocó la mano sobre la suya, manteniéndola ahí durante unos segundos antes de volver a agarrar el volante.

—Me pregunto qué haré después de que... una vez que todo se calme —dijo ella. — Estoy acostumbrada a trabajar.

—Hay muchas cosas que puedes hacer. Las organizaciones de caridad siempre están buscando alguna patrona con título.

—No sólo quiero darle mi nombre a las cosas. Necesito hacer algo o me volveré loca.

—Lauren, relájate.

Ella apretó la mandíbula y se miró las manos, imaginando cómo quedaría una de las esmeraldas de los Bagaton en su anillo. Si él se lo colocaba con amor, ella lo llevaría con suma alegría.

Pero eso no iba a ocurrir.

—¿Le vamos a decir a tu primo la verdadera razón de nuestro matrimonio?

—No —dijo él—. Luka y yo somos grandes amigos, pero nuestra relación, que no nuestro matrimonio, no es asunto suyo —echó el freno y colocó el coche a un lado de la carretera—. Para cualquiera que pregunte, nos conocimos en Sant'Rosa, nos enamoramos al instante, y sellamos nuestro amor durante los días que estuvimos en Valanu.

—Suena muy romántico –dijo ella tratando de ocultar su miseria bajo una capa de cinismo.

Él se inclinó hacia ella y abrió su puerta.

—Sal —dijo.

—¿Qué? —le preguntó ella con los ojos muy abiertos.

—Sal del coche —repitió él—. Estás más tensa que un tornillo. Caminaremos un poco para que descargues algo de energía.

Pareció una buena idea, así que salió del coche y fingió observar las flores que había a su alrededor.

—Y para asegurarnos de que le damos una imagen convincente a Luka –dijo Guy colocándose tras ella—, debemos hacer esto. Le colocó las manos sobre los hombros y la giró.

—No creo que... —comenzó a decir, pero las palabras se perdieron en su boca al tiempo que ella se perdía en la pasión que había estado conteniendo durante tanto tiempo.

No tenía ni idea del tiempo que estuvieron besándose, pero cuando él alzó la cabeza ella se sintió furiosa y frustrada, con una turbulenta mezcla de emociones, a cada cual más fuerte.

—Sí —dijo Guy—. Así está mejor.

—Odio mentir –dijo ella cerrando los ojos.

Guy se carcajeó.

—Me deseas, eso no es mentira. La pérdida de control siempre da miedo. Me pregunto qué es esta extraña mezcla de necesidad y deseo.

—Leí en algún lado que es un cóctel de elementos químicos en nuestro cerebro.

—Lo sentí desde el momento en que te vi –dijo él.

—Yo pensé que eras un vividor.

Él levantó las cejas y miró a su reloj.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Pero en el coche, mientras ella comprobaba su aspecto en el espejo, él preguntó:

—¿Un vividor?

—Eras arrogante, abrupto, despreciativo –dijo ella.

—Tú también.

—Yo sólo estaba decidida a llegar al pueblo.

—Me miraste y tus ojos se oscurecieron; entonces supe que podía tenerte.

La vaga satisfacción en su tono la llevó de vuelta a aquel complejo con la amenaza de la muerte colgando sobre él.

—He dicho arrogante –dio ella—. Y engreído. Me preguntaba si estarías allí para entretener a alguna mujer.

—¿Un gigoló? ¿Qué te hizo cambiar de opinión? —cuando ella se negó a contestar él se rió—. En cuanto a quién era el más arrogante de los dos, ésa es una cuestión que discutiremos más tarde. Por el momento deberíamos dejarla, porque aquí está el palacete.

Por supuesto era enorme, un edificio magnifico color champagne, muy apropiado para un paisaje mediterráneo.

Lauren tragó saliva y observó las escaleras que subían hacia el pórtico.

—No sé qué decirle a tu primo.

—Te lo pasaste bien hablando con Alexa, ¿no?

—Sí, por supuesto, mucho.

—Entonces te gustará Luka. Y será mutuo. Después de todo, él se casó con una mujer con espíritu y fuerza, y se enamoró de ella cuando pensó que era lo que más odiaba en el mundo, una paparazzi. Lo suyo sí que es la historia de la media naranja.

¿Acaso él deseaba lo mismo? Sus palabras no revelaban nada, y su cara menos aún. Lauren se mantuvo erguida, producto de su orgullo, mientras eran conducidos a los departamentos de la familia real. Cuando vio a un niño que venía corriendo, se relajó un poco.

La princesa y su hijo, el gran duque, hicieron que cualquier intento de formalidad fuera imposible, pero el primo de Guy la estuvo observando y ella supo que se estaba reservando el juicio.

Pero se decidió cuando estaban a punto de marcharse.

—Si tus padres lo aprueban, celebraremos la ceremonia en la catedral, no en la capilla del palacio; así habrá un desfile de carrozas por las calles. A la gente de aquí le encanta celebrar cosas, y después de ésta, no habrá más bodas reales hasta la próxima generación —dijo el príncipe.

La expresión de Lauren debió de notarse mucho porque Alexa se carcajeó.

—Una ocasión formal en Dacia no es como las ocasiones formales en cualquier otro lugar, Lauren. Estarás bien. Puedo ayudarte a hacer los preparativos —dijo Alexa—. Me dará algo que hacer mientras este bebe crece.

—Tengo que admitir que una ceremonia privada sería más de mi estilo, pero si crees que es buena idea, lo haremos —dijo Lauren.

—No ha sido tan malo, ¿verdad? —preguntó Guy mientras regresaban a la villa.

—No —dijo ella con un suspiro silencioso—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por tu ayuda.

—No necesitabas ninguna ayuda —dijo él—. Lo has hecho muy bien y, por si acaso te lo preguntas, sí, a Luka le has caído bien.

Lo que Lauren había notado durante la inspección real, fue el gran amor que había entre el príncipe y su esposa. No lo mostraban de manera descarada, pero era como una cadena de oro que los unía.

Eso era lo que ella quería.

De vuelta en la villa, Guy les dijo a sus padres los planes que Luka tenía para la boda. Isabel levantó las cejas.

—¿Hugo, qué te parece?

—No tengo intención de morirme, puedo asegurártelo, hasta que haya tenido a mis nietos en brazos.

Lauren giró la cabeza hacia la ventana para ocultar las lágrimas que se le acumulaban en los ojos. Nunca tendría un hijo de Guy.

—En ese caso, a no ser que tengan ustedes una razón mejor para volver a Inglaterra, nos encantaría que se quedaran aquí hasta

entonces.

—¿Y qué pasa con los trajes para la boda? —preguntó Isabel.

—La costurera local es excelente —le dijo Guy—. Aprendió en París. Alexa le compra la ropa a ella, y así ayuda a la economía local. Los turistas se paran a comprarle ropa a la mujer que viste a las princesas.

—Sí, por supuesto —dijo Isabel, súbitamente asustada, como si acabase de darse cuenta de que la vida de su hija iba a cambiar irremediablemente.

—Y Alexa me pidió que dijera que estará encantada de ayudar en lo que sea. Mi prima Lucia, la señora de Hunt Radcliffe, fue una gran fuente de ayuda para ella cuando vino a Dacia para casarse, así que Alexa está encantada de hacer esto por otra princesa de Dacia.

Lauren apretó los dientes al escucharlo hablar. Era totalmente convincente en su papel de amante y novio. Actuaba como un hombre que realmente estuviese enamorado de su esposa.

Se marchó poco después, pero no sin antes decir que pasaría a recoger a Lauren en una hora.

—Necesitamos un anillo. Lo he organizado todo para que nos muestren unas cuantas piedras que pueden gustarte, pero como están en los sótanos del viejo palacio, tendremos que ir allí.

—Ya veo —dijo ella cuando los dos estuvieron fuera.

—Alégrate, mi amor. No será tan malo como ahora te parece.

—¿Es una promesa?

—Ya basta, Lauren —dijo Guy—. Lo siento si la idea te horroriza, pero va a ocurrir. Ahora trata de pensar en el diseño del anillo que quieres llevar.

—Me temo que no tengo ninguna idea.

—Sé que esto no es lo que tú esperabas, o lo que deseabas. No es por mí, pero como hemos sido los dos los que hemos causado esta situación, creo que es justo que seamos los que suframos las consecuencias.

Lauren no iba a dejar que viera lo mucho que la afectaban sus palabras, así que dijo:

—Tienes toda la razón. Guy, he estado pensando. Puedo emplear el tiempo que estemos casados para hacer un máster. Es algo que llevo tiempo pensando.

Él asintió y tomó una curva para unirse a la carretera principal.

—Excelente idea. Tendremos que entretenemos, pero también habrá que trabajar.

La carretera los condujo hasta la zona del puerto, donde había un pequeño pueblo que había mantenido el equilibrio justo entre

turismo y las necesidades de la gente del lugar.

—La casa del tesoro está en el viejo palacio —dijo Guy.

Una vez allí, la llevó hasta una sala pequeña que había entre los muros de la antigua fortaleza. Alguien había colocado una selección de esmeraldas sobre terciopelo blanco. Guy le presentó al joyero, un hombre de mediana edad, que miraba con profesionalidad las manos de Lauren.

—Preciosas —dijo—. Sugiero un engarce clásico, sin mucha ornamentación.

—Me gusta ésa —dijo Lauren señalando una de las piedras. Guy la tomó y se la puso en la mano.

—¿Esta?

La piedra estaba fría.

—Sí, ésta.

—Excelente elección –dijo el joyero—. Una piedra gloriosa casi carente de defectos. ¿Sabe que casi todas las esmeraldas tienen defectos? Lo llamamos garden o jardín, porque cuando la miras parece como si fuera hierba —sacó una carpeta con varios diseños y extrajo uno—. Yo sugiero éste. En platino, no oro, para que pegue con el color de su piel, y con diamantes a cada lado para resaltar el magnífico color de la piedra. Le sentará de maravilla.

Lauren lo miró y luego miró a la piedra. Guy no había dicho nada, pero cuando lo miró, la estaba observando con los ojos medio cerrados y ella se puso colorada y volvió a mirar a la esmeralda.

Mientras Guy y el joyero hablaban de tecnicismos, Lauren pensó que si podía conformarse con una esmeralda defectuosa, ¿por qué no conformarse con un matrimonio defectuoso? Ella amaba a Guy y, aunque él no la amase, al menos la deseaba.

Puede que no fuese suficiente, pero poner sus emociones como excusa para protegerse era de cobardes, y ella nunca había sido cobarde. Cuando había estado enferma había luchado por su vida, y cuando había tenido la oportunidad, había luchado para hacerse valer en su carrera.

Si no luchaba por aquel hombre, no sería capaz de volver a mirarse al espejo nunca más.

—¿Aún estás segura de que quieres ésa? —preguntó Guy—. Esta no tiene defectos, si la prefieres.

—No —dijo ella—. El color es impresionante, y me gusta la idea de tener mi propio jardín en el dedo.

Ella lo miró a los ojos durante un momento y sólo consiguió relajarse cuando él se giró hacia el joyero y le dijo:

—En ese caso, nos llevamos ésta. Gracias.

Capítulo 11

LA ELECCIÓN del anillo y el comunicado de prensa señalaron el comienzo de un mes de intensa actividad.

El día antes de la ceremonia Lauren se sentó en una silla en el salón de la villa y se quitó los zapatos de los pies doloridos.

—Ya debo de haber conocido a todo el mundo en la isla que tenga algo de interés en la boda —le dijo a su madre—. Había más de quinientas personas en la fiesta del jardín, y todas querían decirme lo mucho que les gustaba Guy, y lo afortunada que era. Sobre todo las mujeres.

—También es muy popular entre los hombres, lo cual es muy importante. A tu padre le cae muy bien.

Cuando Guy apareció junto a su padre, Lauren se recostó en la silla y lo miró fijamente.

—Creo que dijiste una vez que, aparte de un afecto sentimental por la isla, no tenías mucho que ver con ella. Es evidente que los habitantes de Dacia no sienten el mismo tipo de afecto sentimental hacia ti. Yo lo describiría más bien como adulación.

—Te dije que les encantaban las bodas –dijo mientras colocaba un vaso con zumo de fruta en la mesa que había junto a Lauren.

—No es eso –dijo ella—. Les encantas tú. Alguien me ha dicho hoy que tú le habías proporcionado al gobierno de Sant'Rosa la red de telefonía móvil que mantiene en contacto a los jefes de cada pueblo.

—Buena publicidad —dijo él.

—¿Para Sant'Rosa? También me ha dicho que creaste una ambulancia aérea allí que ya ha hecho que descienda el índice de mortalidad.

—Mejor publicidad aún.

Su tono aburrido la silenció. Se limitó a beber el zumo de fruta mientras él hablaba con sus padres.

Durante aquel mes había aprendido mucho sobre el hombre que amaba, siempre de los demás. Guy se había convertido en un extraño sofisticado que llevaba el poder y la posición como una extensión de su cuerpo.

Veinticuatro horas después se convertiría en su marido y todavía no sabía si pretendía que el matrimonio fuese real o sólo una fachada. A causa de sus actividades públicas y de la constante presencia de sus padres, no habían podido hablar de esos temas.

Él no había hecho nada para procurarse a ellos mismos esos momentos de privacidad.

Sólo la había tocado cuando era necesario, y aunque había besado su mano, sólo había sido por el beneficio de la familia y de los amigos que se agolpan para celebrarlo.

El pánico que había ido creciendo durante las semanas se le había agolpado en la garganta. Bebió más zumo pero aquello no hizo nada para acabar con la infinita tristeza que coloreaba cada hora de sus días.

—Vamos a dar un paseo por el jardín —dijo Guy como si hubiera notado su tensión.

Sorprendida, fue con él hasta la terraza y luego por el jardín, sin decir nada mientras su corazón palpitaba con un placer prohibido.

—¿Va todo bien? —preguntó él.

—Sí, por supuesto.

Él se detuvo bajo un árbol y observó su cara. Lauren aguantó el escrutinio sin estremecerse.

—Arrogante –dijo él—. Me encanta cuando tus ojos brillan como el fuego al mirarme. Tu madre está preocupada por ti.

—Son sólo las secuelas de cuando estuve enferma. Si parezco un poco cansada es porque no estoy acostumbrada a jugar a las princesas.

—Lo haces de maravilla.

—Veo a Alexa y sigo su ejemplo.

—Y ella aprendió de mi prima Lucia –dijo él.

Lauren asintió. No sabía si a la hermosa princesa Lucia le caía bien o no. Sospechaba que no.

—¿De qué tenemos que hablar? —preguntó ella.

Guy se metió la mano en el bolsillo y sacó un collar de esmeraldas.

—Quiero darte esto –dijo mientras se lo ponía en el cuello—. Sé que la mayoría de las novias llevan perlas, pero no las novias reales en Dacia —dijo él mientras daba un paso atrás para observar el efecto—. Se supone que las esmeraldas proporcionan a las que las llevan el poder para prever el futuro.

—Muy útiles —dijo mientras se llevaba la mano al cuello para palpar las piedras—. Muchas gracias. También tengo algo para ti, pero no es...

—No necesito más gemelos –dijo él.

—Pues mejor, porque no te he comprado unos gemelos —contestó ella.

—Lo siento. Eso no venía a cuento –dijo Guy—. Sé que cualquier

cosa que me hayas comprado será tan poco usual y tan hermosa como tú.

—¿Poco usual? —preguntó ella alzando las cejas.

—¿No lo sabías? –dijo él apoyándose en el tronco del árbol—. Por fuera eres el epítome de la sofisticación fría, aunque te has ganado el corazón de estos conservadores isleños con tu elegancia, tu risa y tu interés por ellos. Sospecho que ese exterior brillante es sólo una fachada.

—Nadie se abre del todo a los desconocidos —dijo ella.

—Tienes razón.

—Gracias por el collar. Es magnífico, y lo llevaré con orgullo por la tradición. Y creo que también es una tradición pelearse el día antes de la boda.

Él se enderezó mientras se reía. El sonido de los pájaros pareció cesar. Lauren abrió mucho los ojos y lo miró mientras se acercaba a ella.

—Así que, quizá —dijo él—, deberíamos terminar esta pequeña pelea de manera tradicional.

Ella levantó la cabeza con expectación y él la tomó entre sus brazos. Lauren cerró los ojos pero los volvió a abrir al ver que el beso que esperaba no llegaba. La estaba observando con intensidad.

—Pero no creo que éste deba ser el tradicional beso de la paz. No hay nada de pacífico en la manera en que te deseo. Me come por dentro, me roba la cabeza y acaba con mi sueño y con mi control. Eres un tormento para mí.

No había dicho nada de amor, pero daba igual, de momento. Puede que lo lamentara, pero en ese instante lo necesitaba.

Se estiró hacia arriba y tomó su cabeza entre las manos, abriendo la boca para recibir su lengua.

Fue Guy el que se apartó, fue Guy el que murmuró algo en voz baja en tres idiomas, uno de los cuales Lauren conocía, y fue Guy el que dijo medio riéndose:

—Cariño, alguien viene, muchas personas en realidad, hablando lo suficientemente alto para advertimos.

Entonces Lauren oyó las voces y volvió a la realidad dando un gemido.

—Estoy de acuerdo –dijo Guy con ironía, le dio un beso en la nariz y la soltó.

Los intrusos eran los padres de Lauren, seguidos de Marc y de su esposa, Paige, con sus dos hijas, dos gemelas de tres años, que habían llegado hacía unas horas y se hospedaban en otra casa también propiedad del príncipe Luka.

Hechas las presentaciones, Lauren se arrodilló para hablar con las niñas.
—Hola –dijo extravagantemente—. ¿Cómo están mis dos niñas favoritas?
Ellas balbucearon alegremente en una mezcla de francés e inglés mientras le daban besos en las mejillas. Ella las abrazó con fuerza. Cuando miró hacia arriba fue para ver a Guy observándola con cara inexpresiva. Lauren se sintió desilusionada, pero lo disimuló y estuvo jugando una hora con las niñas hasta que se marcharon.
Marc consiguió hablar un rato con ella.
—¿Va todo bien? —le preguntó.
—Tú también no, por favor. Mi madre ha estado observándome como un halcón, y me sorprende que Guy no me tome el pulso cada hora. Sólo tuve neumonía, por el amor de Dios. Y ya estoy bien.
—Te conozco muy bien. Pareces frágil.
Consciente de que Guy los estaba observando, se limitó a decir:
—Todas las novias llegan al altar agotadas. Es la tradición. Tú médula aún sigue haciendo un trabajo excelente.
—Si alguna vez me necesitas, contáctate conmigo, o con Paige.
—Gracias pero no os necesitaré –dijo ella.
Más tarde, después de lo que Alexa había denominado «una cena familiar para ocho personas en el palacete», Lauren vio cómo Guy les encantaba a todos.
Su madre se reía con los comentarios de un duque austriaco, y su padre obviamente disfrutaba de la compañía de una mujer joven cuya cara le resultaba tan familiar que tenía que ser famosa.
—Tienes una expresión triste –dijo Guy por detrás.
Ella se volvió y lo miró a los ojos.
—Muy bien —dijo ella—. Admito que estoy un poquitín cansada. Todo ha ido como la seda, y tus primos han sido muy amables conmigo y con mi familia. También los isleños y todo el mundo al que he conocido, pero la verdad es que estoy ansiosa por que esto termine.
—Mañana a estas horas podrás relajarte.
Habían decidido pasar su primera noche en la casa que Guy tenía en Dacia. Guy nunca la había llevado allí, así que sería una sorpresa. Después volarían a una isla del Caribe propiedad de un amigo de él.
Él le tomó la mano y tuvo que contener el torrente de lujuria que había en su interior. Había estado un mes resistiendo la tentación de poseerla, y el beso que habían compartido aquella tarde había sido un consuelo. Fuera lo que fuera lo que ella sintiera

por él no tenía control sobre aquel deseo físico. Como él ella también era incapaz de controlarlo.

Una vez que la decisión había sido tomada, ella se había centrado en seguir los pasos de Alexa y Lucia, y lo había logrado, pero las ojeras que había bajo sus ojos lo preocupaban.

—¿Confías en mí, Lauren?

—Por supuesto. No pasaría por esto si no confiara en ti.

Sus palabras no lo dejaron satisfecho, pero como ni siquiera sabía qué respuesta quería, no lo sorprendió. Quizá él también estaba cansado.

—Es hora de irse —dijo—. Duerme bien esta noche, cariño.

Una mirada turbia y una sonrisa rígida fueron la única respuesta de Lauren, y él se preguntó qué se le estaría pasando por su maravillosa cabeza. A las otras mujeres siempre había sido fácil interpretarlas. Pero Lauren se guardaba los pensamientos y las emociones para ella. Sólo cuando estaba en sus brazos podía averiguar lo que sentía, e incluso entonces, su mente estaba cerrada para él.

De sus amantes nunca había pedido nada más que compañerismo y la predisposición a disfrutar de sus cuerpos, pero con Lauren sentía la necesidad de penetrar en su corazón.

Capítulo 12

LAUREN pasó el día siguiente aturdida: miles de isleños saludando mientras el carruaje pasaba por las calles, los caballos blancos, las velas, el momento en que Guy le deslizó el anillo en el dedo, el sonido de las campanas cuando abandonaban la catedral.

Les llovieron pétalos de flores durante todo el camino de vuelta en el carruaje hacia el viejo palacio. Se le quedaban algunos en su precioso vestido. La costurera había recorrido el mundo buscando la seda apropiada.

—Tiene que ser de un rosa muy, muy suave —había dicho la mujer—. Porque si no, con su piel tan blanca, parecerá una estatua de mármol en vez de una criatura viva.

Estaban a punto de llegar al palacio cuando se giró y le dijo a Guy:

—Ya veo lo que querías decir cuando dijiste que a los isleños les encantaba una buena boda. Esto es impresionante.

—También les encantas tú —dijo él—. ¿Oyes lo que dicen? Guapa.

De pronto Lauren divisó un brillo metálico por el rabillo del ojo. El tiempo se congeló. Una cuchilla de palta voló directa al pecho de Guy.

La gente gritaba mientras ella intentó lanzarse hacia Guy, pero él la apartó y colocó su cuerpo como protección, de modo que el objeto golpeó a Guy en el hombro y calló al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Lauren—. ¿Dios, estás herido?

—No. está bien. No es una bomba –dijo él, la apretó contra él y le dio una orden al hombre de seguridad que apareció para recoger el objeto, un rollo de papel con una rosa atada a él con cintas de plata.

—Estoy bien –dijo ella ante el clamor popular—. Ni siquiera me ha tocado. ¿Qué es?

El sonido de la multitud cambió de pánico a venganza y Guy la liberó, colocándola de nuevo en el asiento.

Dio otra orden y el hombre que había lanzado el objeto fue empujado hacia ellos mientras la gente le gritaba.

Era joven, de unos dieciocho, y parecía aterrorizado. Lauren escuchó sin comprender nada la rápida conversación que tuvo lugar entre Guy y el joven. Cuando la multitud comenzó a reír, Lauren respiró tranquila.

Aunque Guy tenía el ceño fruncido cuando se giró para mirarla.

—Es una petición —dijo—. Desea disculparse por haberte asustado. Mira, ató una rosa al papel para que supieras que no era peligroso.

—Dile que si vuelve a tirarte algo… no, mejor no. ¿Qué debo decir?

—Que lo perdonas esta vez pero que le sugieres que use métodos más convencionales para hacer una petición –dijo Guy. Ella asintió y él se giró para decirle sus palabras al chico.

El carruaje siguió su camino y Guy le tomó la mano a Lauren.

—Podría matarlo –dijo él—. El muy tonto.

—Yo pensé… me siento como una idiota. Pensé que era una daga o algo similar.

—Reaccionas con rapidez –dijo él—. Si hubiera sido una daga podría haberte matado.

—Menos mal que no lo era —dijo ella—. ¿Cómo pudo ocurrírsele tal cosa?

—Desea casarse, pero su madre no quiere —dijo Guy—. Estaba seguro de que nosotros podríamos convencerla de lo contrario, así que eligió esta manera para dramatizar su situación. Pensó que, por la rosa, sabríamos que no debíamos tener miedo.

—Si empiezo a reírme ahora voy a acabar histérica, así que me lo ahorraré para luego.

—Sabia decisión.

Más tarde, tras el banquete, y tras decir adiós a sus padres y a Marc y a Paige, abandonaron el palacio, casi al anochecer. Guy conducía y pronto abandonaron la multitud de los isleños y se dirigieron a la otra parte de Dacia.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Guy tras un largo silencio.

—Aún sigo un poco atontada —admitió ella—. Y probablemente bebí un poco más de champagne de lo que debía. ¿Y tú?

—Yo dudo entre despedazar a ese crío o agradecer que sólo haya sido eso. Luka estaba furioso. El servicio de seguridad se va a ir a la cama con la mosca detrás de la oreja.

Poco después llegaron a una casa.

—Pensé que sería antigua –dijo ella sorprendida. Era un edifico moderno de dos plantas. Un hombre se apresuraba para recibir al coche.

—¿Te sientes decepcionada?

—No —dijo ella—. Es preciosa. Y te pega.

Dentro era espaciosa y podía olerse la esencia del mar desde los jardines. Todo estaba lleno de rosas y de velas.

—Es precioso —dijo Lauren casi sin aliento—. Dale las gracias a quien se le haya ocurrido.

—Lo haré –dijo él, y le presentó al ama de llaves y a un par de sirvientas, y a quienes les dio las gracias.

Luego el ama de llaves la llevó a una habitación enorme, señalando un baño suntuoso y unas puertas de cristal enormes que daban a una terraza. Había más flores en la habitación, y más velas, y Lauren vio que la cama había sido cubierta con pétalos de rosa.

Su ropa había sido enviada allí aquella mañana, como la de Guy, pero la de él no estaba en el mismo vestidor que la de ella.

Así que ella sería la única que dormiría en esa enorme cama. Probablemente Guy planearía hacer el amor con ella allí para luego irse a dormir a su propia habitación.

Salió a la terraza un rato y contempló las estrellas. Luego se metió otra vez dentro para cambiarse y ponerse algo más apropiado para pasar una velada con el marido que no quería otra cosa más que el uso temporal de su cuerpo.

Guy le enseñó toda la casa y cómo funcionaba el sistema de seguridad, y luego dijo:

—Pareces cansada. El jardín puede esperar a mañana. ¿Por qué no te acuestas pronto?

—Sí, lo haré –dijo ella sintiendo un dolor profundo.

Media hora después, preparada para irse a la cama con un pijama de algodón sin mangas, observó la enorme cama con su colcha de pétalos y se estremeció.

Hubo un golpe en la puerta de la terraza y se dio la vuelta. La alegría la inundó al ver a Guy allí, pero desapareció al ver que seguía con los pantalones y la camisa de algodón que se había puesto al llegar a la casa.

—Adelante.

Él entró y dominó la habitación con su sola presencia. A Lauren se le aceleró el corazón.

—Tienes un cardenal.

—No es nada –dijo ella. Se había hecho daño en los dedos cuando él la había empujado para esquivar el objeto.

—Lo siento. Quería quitarte de en medio. Pensé que podía haber sido una bomba. ¿Tienes algo para ponerte?

—Ya me he echado árnica.

Él inclinó la cabeza y le besó cada uno de los cardenales.

—Tenemos que hablar —dijo él.

—De acuerdo.

Guy se acercó a las puertas que daban a la terraza y, de espaldas

a ella, dijo:

—Cuando fui a Nueva Zelanda, me dije a mí mismo que iba a visitar a Lucia y a Hunt, pero en realidad quería ver cómo encajabas en el mundo de Corbett.

—¿Fue Lucia la que te dijo que yo era la amante de Corbett?

—No. Ya me lo habían dicho antes. Antes de conocerte.

Así que ya sabía quién era ella cuando había aparecido en Sant'Rosa.

—Lucia dijo que había alguna conexión ente tú y Corbett, pero no sabía cuál era. Todo parecía encajar. Ibas a su casa, y te aterrorizaba que los medios se enteraran de nuestro matrimonio.

—Incluso aunque hubiera sido su amante, ¿a ti qué te importaba?

—¿Cómo puedes decir eso después del tiempo que pasamos en Valanu?

—Oh, el sexo fue maravilloso —dijo ella—. Pero no nos comprometimos a nada.

Él se dio la vuelta y le dirigió una fría mirada.

—Te deseé desde el primer momento en que te vi. Cuando parecía que tú eras su amante, me desprecié a mí mismo por no poder apartar el ansia de mi cuerpo. Pero sabía desde el principio que no iba a poder olvidarme de ti.

—Pero entonces ¿por qué te apartaste cuando descubriste que no era la amante de Corbett? Desde el momento en que decidimos casarnos de nuevo en Dacia te volviste cada vez más frío, más distante.

—Porque por entonces –dijo él—, y sin reconocerlo, ni siquiera a mí mismo, estaba perdidamente enamorado de ti. Y tú no estabas enamorada de mí. Dejaste muy claro en varias ocasiones que lo último que querías era este matrimonio al que yo te había forzado.

Lauren negó con la cabeza.

—¿No te das cuenta de que fui yo la que salí ganando? Con el primer matrimonio me salvé de ir a la cárcel. Y la segunda vez en la que insististe para que formalizáramos nuestro matrimonio, en parte fue para protegerme a mí y a mi familia por si nuestros trapos sucios salían a la luz.

—Esa era en parte la verdad. Cuando regresé de Estados Unidos y vi que no habías dormido, me di cuenta de que tenía que darte libertad, que no podía encadenarte a mí. Y entonces supe que te amaba.

—Y yo te decepcioné –dijo ella, demasiado sorprendida como para creerlo.

—Sí. Te mostraste muy rígida con eso de mantener tus promesas. Entonces comencé a tener esperanza.

—Pero tú no…

—¿No te cortejé? —preguntó él cuando ella se quedó callada—. ¿Cuándo tuvimos la oportunidad? La decisión tenía que ser tuya, aún es tuya. Si me pides que regrese a mí habitación, lo haré. Por supuesto, no te prometo que dejaré de intentar que te enamores de mí.

—Para un hombre de tu experiencia —dijo ella, tan quieta que casi no podía oír sus propias palabras—, has sido sumamente obtuso. Claro que te amo. No lo admitía en un principio. No hacía más que pensar que era como mi madre, que estaba solamente embobada, pero no habría hecho el amor contigo en Valanu si no hubiera estado enamorada. Pero cuando llegué aquí y descubrí quién eras, supe que sólo había sido un sueño de amor, una fantasía.

—¿r qué? —preguntó él—. ¿No será por la historia de tu familia? Eso no desaparecerá, Lauren. No es que a nadie le importe, pero todos saben quién es el padre de Alexa.

—Su abuelo era un príncipe —dijo ella.

—Sí —dijo él riéndose—. Si tanto te preocupa, Hunt, el marido de Lucia, luchó por salir de su hogar de acogida con nada más que su determinación y su inteligencia.

—Sí —dijo ella—. Pero él es rico.

—Lucia no se casó con él por su dinero.

Ella quería que la convenciese con sus besos, con su amor, pero se quedó a tres pasos de distancia.

—Lo sé, pero no hay ningún escándalo en su pasado. Sólo pobreza. Y sabes perfectamente que los viejos escándalos arrastran largas sombras.

—Lauren, no importa. Nunca importará. Tienes coraje y cerebro además de un buen corazón y un encanto que hace que todos caigan a tus pies en minutos, desde el pequeño Nico hasta Luka, que es más cabezón que su hijo. Nunca hubiera pensado que te faltaba autoestima.

Lauren lo miró y vio la verdad en sus ojos y en su cara, y un peso tremendo desapareció en ese instante, dejándola tan ligera que casi se rió de la alegría.

—Creo —dijo ella—, que me convencí a mí misma de que mi pasado era vergonzoso en parte porque no quería que la gente molestara a mi madre, pero también porque me mantenía segura. El amor debía de ser terrible si mi madre había estado a punto de tirar

por la borda un buen matrimonio. Pero no era así. Mi padre verdadero la conoció en un momento muy vulnerable de su vida, cuando acababa de descubrir que probablemente no podría tener hijos. Decía que se sentía un fracaso como mujer. Él fue amable y la hizo sentirse femenina y deseada. Pero pronto recuperó el sentido común y descubrió que estaba embarazada de él.

—¿Y eso te duele?

—No. Mi padre, Hugo, nunca dejó de amarla, y ella también lo ama. No soy perfecta, ¿Por qué iba a esperar de mi madre que lo fuera?

—Yo tampoco soy perfecto –dijo Guy—, pero te querré hasta el día que me muera, y nunca te seré infiel.

Lauren tuvo que aguantarse las lágrimas.

—Te quiero. Puede que te matase si alguna vez pensaras en serme infiel, pero yo seré sincera contigo, te lo prometo.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rió, sintiendo cómo la tensión acumulada en las pasadas semanas iba desapareciendo.

—Matarme, desde luego, pondría fin a mis infidelidades —dijo él—. Pero no es algo por lo que tengas que preocuparte. Lo digo en serio. Eres todo lo que deseo —añadió mientras se acercaba a ella —. ¿Y esas lágrimas?

—Estas pasadas semanas han sido horribles. Me sentía como si estuviera viviendo dos vidas, y las dos eran falsas. Podía sentir cómo te alejabas y no sabía qué hacer al respecto, porque tú habías dicho que no querías casarte conmigo…

—Pero fue después de que tú dijeras que no soportabas este asunto —interrumpió él—. Quería que estuvieras a salvo, que supieras que no te forzaría a nada una vez que estuviésemos casados. Aunque tenía la intención de sacudirte.

—Qué idiotas —dijo Lauren con una sonrisa—. Los dos. Unos completos idiotas. Me sorprende que no comprendieras lo que me ocurría. Al fin y al cabo no soy tu primera amante. Y he visto el efecto que provocas en las mujeres. Llamas la atención de la gente simplemente con entrar en una habitación.

—Pero tú eres la única mujer a la que he amado —dijo él, y finalmente se colocó a su lado y los dos se unieron en un beso sin barreras—. Y la única mujer a la que siempre amaré. Es muy diferente. Amarte me hace vulnerable, y al principio lo odiaba. Pero luego seguí recordándote como habías estado en Valanu, cálida, amante y pasional, y me despreciaba a mí mismo porque algo que yo había hecho te había cambiado.

—Enamorarse tiene ese efecto en las personas –dijo ella contra

su cuello.

—Te prohíbo que vuelvas a llevar algo así en tu vida –dijo él mirando a su pijama—. Pareces demasiado joven e inocente con eso puesto. De ahora en adelante deberás llevar seda cuando vengas a la cama conmigo.

—Todo el mundo me ha dicho que un buen matrimonio implica compromiso, y como yo te quiero, llevaré seda, pero tú también tienes que hacer una concesión.

—Claro.

Ella lo besó en el hombro.

—Nada de ropa –dijo Lauren, y bajó la mano hasta la cintura de sus pantalones, para quitárselos.

Riéndose, Guy dejó que lo desnudara, y luego él hizo lo mismo con ella antes de llevarla a la cama, donde la risa fue sustituida por la pasión, y finalmente hicieron el amor sin defensas, sin inhibiciones, sin nada que estropeara la unión que ambos habían estado esperando.

Finalmente, cuando ella estaba tumbada sobre él, escuchando el sonido de su corazón, que regresaba a su ritmo normal, dijo:

—Pensé que ibas a dejarme sola esta noche.

—Eso había planeado, pero cuando ese joven hizo su absurda petición, trataste de lanzarte sobre mí. Lo único que me contuvo para no acabar con él allí mismo fue que aquello debía de significar que sentías algo por mí.

—Ya veo –dio ella.

—Me dio esperanzas. La maravillosa boda que Alexa preparó para nosotros no era necesaria, pero he de admitir que me hizo ilusión. Al menos una vez en su vida un hombre debería sentirse como me he sentido hoy yo, al verte caminar hacia el altar, al ponerte el anillo. Hasta entonces pensaba que quizá sería capaz de dejarte marchar si querías tras los dos años. Pero cuando te vi entonces, supe que haría cualquier cosa para hacer que me quisieras.

—Podrías habérmelo dicho –dijo ella—. Tú debías de saber cómo me sentía yo.

—No quería utilizar la atracción sexual que había entre nosotros para confundirte y que pensaras que me amabas. Necesito más aparte de la reacción de tu cuerpo, sin importar lo magnífico que eso sea para los dos.

—Lo disimulaste bien –dijo ella con cierta comprensión.

—Tú también —contestó él—. ¿Hacemos un juramento para no volver a ocultarnos las cosas importantes el uno al otro? No quiero

aburrirte con los detalles del negocio...

—Lo encuentro muy interesante.

—Era un ejemplo muy pobre —dijo él riéndose—. Pero si estás triste querré saber por qué, y si estás feliz querré compartir tu felicidad.

—Eso mismo se aplica a ti. No volver a aislarme nunca. Pensé que iba a marchitarme.

—Tenemos que encontrar un trabajo para que lo hagas tú. No creo que seas feliz organizando eventos de caridad.

—No –dijo ella—. ¿Dónde vamos a vivir?

—Donde quieras —dijo él, pero como ella no contestó, añadió—: En París, si te apetece.

—Me encantaría vivir allí —le dijo Lauren—. Pero a mis padres ya les encanta Dacia. Ayer mi padre habló de comprar una casa aquí. ¿Sería mucho inconveniente si nosotros también viviésemos aquí?

—No podrán comprar una casa. La propiedad de Dacia pertenece a sus habitantes, pero pueden alquilar. Y a mí me haría mucha ilusión quedarme en la isla. Cuando nazcan los niños, será bueno que tengan a sus abuelos cerca, y también poder jugar con los demás niños de la isla igual que hice yo, y con los hijos de Luka y Alexa. Además pienso que será mejor para la salud de tu padre.

Ella lo besó y luego confesó:

—Cuando hacemos el amor me siento como si fuera a morir de placer.

Guy se rió con suavidad.

—Nadie nunca se ha muerto de placer, cariño.

—Y si lo hiciera, un beso tuyo me devolvería a la vida —dijo ella con voz melosa—. Tu regalo.

—Ya lo tengo —dijo él.

—Tu regalo de boda —dijo ella riéndose mientras alcanzaba una pequeña caja de joyería.

Él la observó sorprendido. La abrió y vio el anillo que ella había hecho para él, un anillo de sello con el leopardo de Dacia incrustado en su cara. Una pequeña esmeralda brillaba en la cabeza de la bestia.

Lauren vio cómo se lo ponía en el dedo.

—Ya sé que el otro que tienes también es precioso —comenzó a decir.

Él se rió con aire satisfecho y la colocó a su lado.

—Lauren, te quiero –dijo con voz grave—, con todo mi corazón, con todo lo que tengo y todo lo que soy. Más y más cada día. Te

amaré hasta que muera.

La alegría explotó haciéndola sentirse plena. Mientras se iba quedando dormida en sus brazos, pensó que no importaba lo que pudiera pasar porque siempre estarían seguros juntos, ella y su príncipe.

Robyn Donald - Serie Nobles y plebeyos 3 - Guerra de amor (Harlequín by Mariquiña)